

Miguel Angel Asturias

El alhajadito



se

Lectulandia

«El alhajadito» tiene un lugar propio en la obra de Miguel Ángel Asturias. Su composición, abandonada, retomada, corregida, se extiende entre la década del 20 y la del 50. Sus raíces se nutren en esa vigorosa vertiente de la personalidad de Asturias que es su vocación mágica, mitológica, activa aun en aquellas novelas suyas más dedicadas a investigar y representar los conflictos de la sociedad hispanoamericana contemporánea. Entre «Leyendas de Guatemala» y «Mulata de Tal», esa savia ha prestado su alimento a las más variadas formas de la imaginación creadora del autor. «El alhajadito» es uno de sus relatos más misteriosos y fascinantes. En ese universo donde la naturaleza está habitada por dioses y demonios infatigables, donde la superstición y el catolicismo confunden sus creencias y sus ritos, donde los sueños son las puertas por las que puede recuperarse el pasado o atisbar a un probable futuro, un niño emprende una aventura fabulosa a través de las formas amenazantes o favorables de la violenta naturaleza tropical, de los símbolos, los presagios y los encantamientos que son la memoria latente y no dominada de su raza. Esa aventura también espera al lector. Como las obras mayores de Miguel Ángel Asturias, este relato es una experiencia lingüística y narrativa cuyo lugar en la literatura hispanoamericana contemporánea es indiscutible y definitivo.

Lectulandia

Miguel Ángel Asturias

El Ahajadito

ePub r1.0

Piolin 30.12.2017

Miguel Ángel Asturias, 1968

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

I

Bigotes de miel de caña de azúcar. Por las comisuras le bajaban como puntas de bigotes chinos, tostaditos, cosquillosos, dulces al lamerlos con lengua de gato. Tenía que defenderse de las moscas a manotazos. Defender sus bigotes. El zumbido, ligero del insecto al ataque y el ronco zumbido del insecto golpeado. Una como caída de algo que se recupera y sigue volando. Cuando el ataque de la mosca a sus bigotes era de vueltas calculadas en círculos y círculos, la manotada se convertía en ademán despacioso. Los moscones verdes, pesados, lustrosos, le hacían huir del sube y baja adormecedor de las moscas pequeñas, siempre chupeteando la caña, masca que masca el canuto de pulpa blanca, entre los cortantes filos de la cáscara apenas desgarrada y siempre jugosa.

La casa tenía olvidado muy a trasmano un trecho de corredor. No daba a ninguna puerta, a ninguna ventana. Simplemente a la espalda de una pared lisa que lo separaba de unos cuartos para aparejos y otros estropezos. Un alero inclinado caía a tres pilares de madera sentados sobre basas de piedra y servía de medio techo, techo de un lloro. Llovía y sólo de un lado caía el agua. Hay techos de dos aguas. Casas que lloran por los dos ojos. El corredorcito, su corredorcito, sólo lagrimeaba con un ojo, gota a gota, primero, y luego a lagrimitas de tejas que formaban arroyos de llanto dulce que por río más grandes iban a dar al Atlántico o al Pacífico. Las casas de dos aguas lloran para los dos mares desde aquellas alturas, un ojo para cada mar.

Pared lisa, techo de un lado, piso de ladrillos cuadrados y más abajo, en lugar de patio, el monte. El monte verde. Toda clase de monte. Más allá, el mismo monte.

Y más allá, el mismo monte.

Nadie cuidaba de este corredorcito. Una existencia ignorada. El viento enano lo barría. La lluvia sesgada lo lavaba. Una que otra vez descubrió caca de gallina en el piso. No agrandaba los ojos, pero pensaba abrirlas hasta donde le dieran las pupilas para expresar su sorpresa.

¿Gallinas...? ¿A qué hora vendrían...? ¿De dónde vendrían...?

Los gallineros quedaban del otro lado de la casa. Sólo que volaran. Pero él las habría sentido pasar sobre los patios, mitad volando, mitad arrastrándose.

El corredor aquél. Aquel *su* corredorcito. Una mañana descubrió una cáscara de aguacate. Un guacalito. No le dio importancia. Hizo como que no lo veía. Él no lo veía, pero alguien desde el guacalito lo miraba. Una pupila de agua brillante en el fondo morroñoso de color negruzco. Le dio un puntapié y se quedó dueño del corredorcito que olía a gente, a mucha gente, a gente sudada, a gente de humor fuerte, a gente que no se baña, a gente que ha caminado mucho.

Un tizón de carbón en la pared que fue blanca, amaneció un día como rajadura de temblor. Sol de mediodía, doloroso, claro. Un coronadito acababa de aparecer y se movía como en una balsa inestable a la orilla del corredorcito. Al instante subió al alero y dejó el espacio gozoso de alas.

¿Quién tizó la pared? ¿Quién vino anoche al corredorcito? Ayer no estaba aquella como rajadura. ¿Quién? ¿Quién...?

Ya tenía el invierno encima. Era imposible que en aquella duda de visitas nocturnas de gallinas y fantasmas que comían aguacate dejara su corredorcito sin su presencia durante todo el invierno.

Vendría a ver llover allí donde el monte se traga el agua, sin que suene como en los patios empedrados de la casa. Se la traga y nada más. Igual que si la esperara con la boca abierta.

Echó a andar a grandes zancadas. El corredorcito abandonado era como el muñón del brazo de una casa antigua.

Una, dos, tres... ¿Cuántas filas de ladrillos cuadrados? Tres, cuatro, cinco, seis, siete... Y del otro lado de la pared, en los cuartos oscuros, los aparejos de las bestias de carga y unos barriles estrechos y altos llenos de monedas oxidadas, hediondas, húmedas, perdidas en ceniza revuelta con papel quemado.

Siempre llevaba de esas monedas en sus bolsillos. Peso agradable del metal tintineante en el vacío de trapo de la bolsa. No todas las monedas eran iguales. Las más grandes, color de oro con sangre, mostraban de un lado dos mínimas columnas, abajo tildes de enes simulando olas y arriba, al fondo, el sol a medio salir del mar, y del otro lado, una mujer vendada con una rama de hojas en la mano izquierda, y en la derecha una balanza. Otras de estas monedas, menos pesadas, delgaditas, de color blanco, traían de un lado un número 9, que podía ser 6, según se viera, y del otro lado una mano abierta. Las más raras eran unas moneditas muy pequeñas, llamadas *cuartillos*, horadadas por el medio.

Al aproximarse el invierno, las monedas se sentían húmedas, pegajosas, hediondas a metal, perdidas en los barriles de cenizas que se regaba en el suelo, cada vez que su mano se hundía en son de ataque para buscar en el fondo más monedas. Cierta vez sintió que la ceniza le apretaba la mano. Sacó el brazo violentamente, y no supo bien —del susto le temblaban los dedos— si realmente la ceniza le había agarrado los dedos. Se le secó la boca. Apenas tura tiempo de alejarse enguantada la mano de polvo de huesos. Gritos... ayes... maderámenes que crujían... lengüetazos de fuego que devoraban lo que les salía al paso... hachazos a fondo... y más lejos detonaciones de arcabuces acompañadas de un penetrante olor a brea, pólvora, alquitrán y agua salada.

Estaba en su corredorcito. Nada era real. Imaginación. Sueños. Cuentos de las criadas viejas. Estaba en su corredorcito con una caña dulce, sus bigotes de miel pegosteados en las comisuras de los labios y las moscás volando...

Un ademán lento, una manotada...

La miel lo invadía de una sensación amorosa, caliente, de fruta y ángel. Como sonar una flauta de caña dulce. Solo que el sonido era almíbar. Ya traería su flauta para tocarla allí, igual que si chupara caña, y entonces el almíbar se convertiría en música. Sus dedos, patas de araña, tapando y destapando los agujeros de la flauta en

veloz carrera, para dejar escapar o cerrarle el paso al sonido. Otra miel. Otra fiesta. El corredorcito arrinconado estaría oscuro. La flauta se oiría en la oscuridad tan lejana y él mismo se sentiría tan lejos en su corredorcito, tan lejos, sin moscas, sin bigotes de miel de caña.

II

El pequeño visitante poco sabía del corredorcito. No había mucho que saber de aquel conjunto triste de materiales gastados por el tiempo y la intemperie. La pared, los pilares, el piso cuadriculado, el techo de un agua, teja sobre varilla de caña negra atada a los troncos rudos de las vigas con prietos y polvosos bejucos. Sí, poco sabia, pero siempre estaba como a la espera de algo inexplicable. Pasó la mano por la pared. Se abrazó a un pilar. Se sentó a la orilla del corredor, con los pies hundidos en el monte.

¿Cuánto estuvo sentado?

Palmoteándose la arenisca del pantalón en las asentaderas, se fue sin volver a ver.

El pedazo de corredor. La pared. El techo. Los pilares. El monte. El pedazo de corredor, incapaz de alzar los hombros en un qué-me-importa. Se fue silbando. Los chicos del campo silban como los pájaros. Pero un niño no debe silbar ni pelar la caña con los dientes, menos chupetearla haciendo ruido con la boca, y menos esparcir a escupidas el bagazo ya molido por las muelas.

Pero no se fue. Un moscardón verde apuraba el último poquito de ruido en lo que al irse él quedaría hundido el corredorcito en el silencio y la inmovilidad. No se fue. Se quedó espionando. Media cara y un ojo asomaban cautelosamente para ver qué hacía el corredorcito cuando él no estaba. En la superficie de la pared repellada y sucia, en las basas de los pilares, en los serpentarios de bejucos que ataban las cañas del techo a los maderámenes, en los uñazos de sol entre las tejas mal ajustadas, no pasaba nada.

Lo halagó aquel dominio suyo, estuviera o no presente, sobre el corredorcito. Al volver de donde se hallaba escondido tocó cosa por cosa dándole a cada una su nombre en alta voz, para apropiarse mejor de lo que ya sentía suyo. Oírse hablar le dio la mayor seguridad. Llamar al pilar, pilar, al ladrillo, ladrillo, pared a la pared, le creaba una superioridad, una majestad.

Un esfuerzo hablar a solas, conversar con las materias sordas, mudas, insensibles. Pero cuánta autoridad tiene la palabra.

Moscas, ademanes, palabras y el pedazo de corredor lo mismo, siempre lo mismo,

invariable, imperturbable.

Con un pilar que le faltara se vendría abajo, vencido el techo igual que ala quebraba de gallina, la pared escupiendo repello color de cáscara de huevo. El piso saltaría en pedazos o se hundiría al golpe de las vigas. Con sólo que de pronto le faltara un pilar.

Se detuvo a contemplarlo desde esta posibilidad. Ya no era su amigo. Lo vio con ojos intencionalmente duros. Con la mano empuñada golpeó el pilar que tenía más cerca. Un ruido de temblor cernido sobre su cabeza recorrió el techo. Y volvió a golpear más y más duro. Cada vez temblaba más fuerte. Sonrió maliciosamente de pensar que el corredorcito creyera que de verdad estaba temblando la tierra.

A los golpes escaparon por el techo de un lado a otro algunas arañas, ratones, un sinfín de cucarachas de todos tamaños y alcanzó a ver con la esquina del ojo una culebra pequeña.

¿Cómo?... ¿Había tanto ser vivo en aquel trecho de corredor del que él se consideraba único habitante?

El fingido temblor sacaba familias enteras de cucarachas, arañas y ratones. ¡Cuántos ojos, no sólo sus ojos..., gotitas de agua viva, luminosas gotitas de agua inteligente! ¡Cuántos movimientos en la oscuridad! No sólo él se movía en el corredorcito. Las arañas se disparaban en largas puntadas de hilván apresurado, las cucarachas indecisas, tontas, los ratones sin más ruido que el del escabullimiento. ¡Y él que creía estar solo y ser el único dueño del corredorcito!

Las cucarachas, detenidas en su fuga, se pasaban un ala sobre otra sacudiéndose el miedo. Una araña color ciprés corría de un lado, como mano que va midiendo cuartas. Un hociquito de ratón. Un alacrán...

Se precipitó y le puso el pie encima, instintivo. Toda la agonía de un resorte vivo. A decir verdad, los animales no eran del corredorcito, sino de la vecindad, del galpón de barriles de ceniza, monturas y aparejos para bestias de carga. Monturas y aparejos conservaban bajo su pequeña forma de puentes japoneses, el movimiento de las bestias, ligero, veloz. Hay cabalgaduras que andan como ríos que trotan, otras como ríos al paso.

Estaba inmóvil, furioso devorador de cañas dulces, fabricante de pequeños terremotos, dueño de un corredorcito habitado, como las casas, por muchos seres invisibles, y de un tesoro de monedas sucias de ceniza. Las cucarachas, las arañas, los ratones, todo volvía al tenebroso mundo de lo que no se ve, al dominio de la oscuridad, del moho y el polvo de las maderas apolilladas. Animales de saliva y pelo de tiniebla, ciempiés color de hoja seca, agujosos grillos con los ojos de fuera, lombrices ciegas, lagartijas. Nada había pasado, aparte de los golpes en el pilar. ¡Ah, sí, la muerte del alacrán cascarudo que aplastó con el pie.

III

En esa luz turbada de luna y sol de la madrugada, entre hombres enjutos que más parecían raíces de manglar, costrosos de harapos, de sombreros de palma aludos, amarillentos, asomaba los ojos detrás de las redes de pescar tendidas en el patio grande. Amanecía. Los hombres preparaban sus aliños para bajar a pescar en una laguna que vista desde allí parecía un gran charco de agua sucia. Por eso la llamaban *El charco del limosnero*.

Sus ojos de niño enfermo por el madrugón, no encontraban asidero, mientras cantaban los gallos, helados, tiritantes, sin ganas para nada, con el cuerpo todavía dormido, perezoso, callado, bostezando.

Los últimos remiendos a las redes con saliva de gente en ayunas, saliva que pega como sueño. Con los dientes detenían la red en alto, mientras dedos y manos anudaban aquí y allá las puntas de los hilos sueltos, las cadenitas desatadas.

Los perros esperaban, advertidos de la partida por el ánimo de los pescadores, husmeando de un lado a otro con las narices en carne viva, húmeda y fría, las árganas de pita con tasajos y tortillas, los tomatillos con agua limpia y café caliente, las cobijas, todo amontonado, bajo el signo de las escopetas mecheras y los machetes, sobre un montón de paja hedionda a estiércol seco.

Se borraron. Se fueron. Hombres y perros. La luna detrás de ellos. Una telita de huevo. Sólo el sol y el ir y venir de la casa, de las mujeres en la tasa.

—“...del gran lago quedó el charco, de la antigua casa, el corredorcito y del dinero que Corría en ese tiempo, monedas sin valor en barriles de cenizas...”

Y de ese frasear enigmático no pasaban los pescadores mientras remendaban las redes. Así lo oyeron decir a la gente de antes y lo repetían como él se quedó repitiéndolo, camino al corredorcito, al desaparecer los pescadores.

—El charco del limosnero...

Sí, pero no decían nada más. Fuerte viento agitaba los árboles. Se oía como agua golpeada. Contrastaba el día clarísimo con el viento destemplado. Pero en el corredor, donde todo amanecía lo mismo, él hallaba abrigo. Lo vio. Lo recorrió con los ojos. Un camino subía del monte al piso enladrillado, hasta el sitio en que estaba el alacrán muerto. Se pegó al suelo con la sangre, al ponerle él su zapato encima. Las hormigas lo habían despegado y ya lo tenían en movimiento. Se llevaban al alacrán. Debajo de aquella mole viscosa, cubierta de otras tantas hormigas, miles de patitas negras avanzaban. Era una carga preciosa. El alacrán, dura todo el invierno bien conservado. Por eso se lo disputan los hormigueros. Se llegan a declarar la guerra. Vale un tesoro. Esto quizá no lo sabían las acarreadoras. Su papel era transportarlo de inmediato y lo llevaban unas abajo, otras a los lados, otras encima. El alacrán muerto parecía recobrar sus peligrosos movimientos de las tenazas y la cola.

Pero no sólo él se hizo al alero del corredorcito, huyendo del viento. Algunas mariposas blancas, pesadas, húmedas, buscaban el abrigo de la pared y del techo,

bañadas por el sol. Alas blancas sobre el entierro del alacrán llevado en peso por las hormigas y seguido por un cortejo de miles de puntito negros, entierro que por momentos se detenía, Cuando descansaban o se cambiaban las cargadoras.

Se le acalabró un pie de tenerlo en alto apoyado de punta en una de las basas de los pilares, mientras contemplaba absorto aquel entierro de gran categoría, y lo somató varias veces en el suelo, hasta sentir, no sólo el peso muerto del zapato que golpeaba como un bolsón vacío, sino algo así como un hormiguero, como si las hormigas se le hubieran subido. Pero no le andaban afuera, siguió somatando el pie en el piso, sino adentro, entre la piel y la carne.

El alacrán, al que ya bajaban del corredor, fue abandonado por las cargadoras, al primer golpe de su gran zapato hormigueante de hormigas de calambre. El cortejo de las otras hormigas se desbandó y sólo el aleteo de, las mariposas en el aire tibio, perfumado a hoja de encino seco, quedó del entierro.

Se hizo el que no veía lo sucedido. Caminos de hormigas formaban redes negras de pescadores, en el verdor del monte, atarrayas de luto que se anudaban y desanudaban sin enredarse.

El charco del limosnero. Desde el corredorcito no se alcanzaba a ver ni empinándose mucho, ni subiéndose a las basas de los pilares. Mejor si hubiera ido con los pescadores. Allá andaría con ellos, callado, oyendo el agua entre las linfas de hojas verdes, carnosas y florones morados y blancos como mariposas acuáticas. Allá flotaría pensando en el corredorcito. De una manotada se espantó una mosca. No estaba comiendo caña. ¡Ah!, pero estaba pensando... El pensamiento es dulce, azucara los huesos de la cabeza y la cara, y las moscas gustan de su miel, tan impalpable y tan presente. Con ademán lento se espantó las moscas.

¿Por qué no podía estar simultáneamente en *El charco del limosnero* con los pescadores y en el corredorcito contemplando el entierro del alacrán que las hormigas acababan de retomar en peso?

Era una limitación sólo subsanable con el pensamiento, porque podía estar allí pensando que estaba allá, a la orilla de las aguas batidas por el viento, aguas con olor a metal y sabor a tierra de siembra. Mientras tocaba los pilares veía *el* monte transformarse en agua dormida entre los bananales de hojas afiladas como grandes navajones, enormes ceibas y tunales espinosos.

Y si estuviera allá con los pescadores, pues estaría aquí en su corredorcito, con sólo pensar en la pared, los pilares, el techo, las monedas, los aparejos.

Ni las mariposas, ni el entierro. Una que otra hormiga extraviada. Sólo él seguía allí presente. Sí, pero para estar presente en su corredorcito tenía que estar ausente de otros muchos lugares. Se pasó las manos por la ropa. Era él. Estaba allí presente, pero ausente de tantas partes. Eso sí, con el pensamiento podía estar aquí y allá, donde quisiera. Se marchó del corredorcito a pasos quedos, para que creyera aquel pedazo de casa que se quedaba allí presente.

IV

Los ojos de ceniza de brasa vieja, más-ceniza que carbón negro, se apoyaba en un bastón nudoso, para ir por los gallineros, hamaqueando el cuerpo de humo sobre las piernas en horqueta, bajo, enjuto, zambutido, la cabeza entre los hombros, las orejas casi tocándose los. Qué señor tan viejo. Se le ahogaba la palabra cuando farfullaba historias de ahogados.

—Por casual secaran *El charco del limosnero*, se encontraría un cementerio abajo... —así decía—, un camposanto sin cruces. Esqueletos lavados, pulidos, el pelo verde, los ojos sin ojos... Los echaron allí... Piratas capturados...

Cortaba una hoja con la mano temblorosa, la deshacía como un gusano entre los dedos y la olfateaba. A veces señalaba con el bastón hacia lo alto, alguna fruta en un árbol, alguna nube en el cielo.

Qué señor tan viejo. Ya no era, había sido. Hay un momento en la vida en que se empieza a decir *fui*. Nombre, edad, todo se esfuma.

Se quedó viéndolo pasar apoyado en el bastón, tembletemble. No pasó de largo. Se detuvo. Una rajadura sin dientes le desarrugó la boca.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Los viejos cuando ven a un niño, al sólo poner los ojos en él, le preguntan cómo se llama. Los nombres. Esa pobre orientación. Hijo. Nieto. Sí, nieto.

En la punta de la lengua tenía su nombre y apellido. Los dijo seguido en un obsequioso “para servir a usted”.

El viejo sacó un pañuelo de la bolsa de su chaquetón, tenazas de hueso y cartílagos, sus dedos. Una bolita de miel blanca pegostada al pañuelo. La despegó poco a poco y se la llevó a los labios. Y siguió viendo y viendo las cosas, la mano en el bastón, la cabeza muy hundida entre los hombros, menudo, huesoso, sin seguridad.

—¿Tu no querías bolita?

El “tú”, veinte leguas a la redonda no había quién hablara de “tú”. *El charco del limosnero*, camposanto sin cruces, el corredorcito parte de la casa hundida, las monedas, los piratas...

Se tragaba sus pensamientos frente al abuelo y como otras veces, más por tocarlo que por ayudarlo, le tomó del brazo. En su contacto tal vez adivinaba el misterio que rodeaba aquel mundo de su infancia. Pero ¿qué podía transmitir a sus dedos aquel brazo quebradizo? El anciano guardó el pañuelo oloroso a perfume marchito y al final del paseo tomaba asiento en cualquier parte, en una piedra, en un tronco y se dormía en plena mañana, bajo el sombrero de fieltro ya sin forma, largas y finas guedejas blancas sobre su nuca, chupándose los carrillos como si saboreara en sueños la bolita que se la había acabado, el bastón suelto entre sus piernas arqueadas, lejos la mano caída al final del brazo y un pie cerca del otro.

Por el monte, después de un gran rodeo, él asomaba al corredorcito, ojeándolo a distancia, igual que si tratara de sorprender a un enemigo. Esta vez se arrojó de pecho

al suelo. No era un enemigo solo, sino varios bandoleros. Y avanzó arrastrándose. Codos, rodillas, pecho... El monte en guerra. ¡Al asalto! Ya era suyo el corredor lleno de bandidos. Los desarmaba con su audacia. Huían. Algunos presentaban combate. ¡Pim! ¡pam! ¡pum...! Liquidados. Un caballo. La sombra de un caballo de aire entre las ramas. Una vuelta a la tierra en redondo, persiguiéndolos para volver allí, al corredorcito desconfiado, mohoso, pantomimo.

¿Por qué se dormía el viejecito? ¿Por qué no le contaba? (“¿Y tú querías bolita?”). En su voz gastada había un dejo de familiaridad viril y tierno. Los pescadores hablaban de fuentes ocultas que alimentaban *El charco del limosnero* y un río subterráneo que servía de desagadero, uno de esos ríos que con los terremotos salen a la superficie como serpientes de Iodo. Los culebrones de que hablaban las criadas. Un culebrón de éstos debe de haber pasado por la casa antigua y adiós gente, adiós animales, adiós árboles, adiós caminos...

Sólo quedó el corredorcito. Se volvió para buscar en el horizonte la exacta dirección de *El charco del limosnero*. Adivinaba lo que había pasado o lo estaba inventando. Un trecho de corredor perdido, donde no existían otros corredores, y que no servía para nada. Cuartos oscuros habitados por sabandijas, arañas, alacranes, unos barriles con formas de barriletes de ocho lados, llenos de monedas; una laguna que dicen que fue lago; el viejo dormilón que hablaba de tú...

Sus dedos animados de repentina nerviosidad, atenazáronse sin poder agarrarse, entrelazarse. Hasta el pensamiento le faltó en aquel momento de ahogo, antes de dar el salto hacia el misterio, antes de establecer la relación existente entre aquellos materiales con un pasado que había quedado vivo sobre esas tierras, pero del que nadie hablaba.

Levantó la cabeza. Las realidades misteriosas, el pasado palpable en lo impalpable, presente en lo que no se tocaba, en el aire que respiraban, en el agua que bebían, en las raíces de los árboles gigantes, en los esqueletos del cementerio sumergido, en los ojos del viejo que cabeceaba de muerte en un sueño dulce.

En la carne sentía como codornices. Trechos de su cuerpo que se quedaban temblando bajo sus ropas interiores. Algo así como ríos de cosquillas afluentes de su persona. Ríos secretos que alimentaban su secreto, el gran misterio.

Estaba como siempre inmóvil en el corredorcito, de pie o sentado, la espalda apoyada en la pared o en un pilar.

Sesteó un hogar caminante en el corredorcito. Una muchacha pestañuda, blanca, con el pelo rubio verdoso color de nance, le llamó para arreglarle el cuello de la camisa. Le llamó por su nombre. Sabía como se llamaba. Los quehaceres domésticos de familias de posadores que llegan y se van, después de una noche, no pasan de los oficios momentáneos. Apenas si extienden una que otra sábana de colores por el suelo para que los más viejos estiren el cuerpo. Medio sentados otros hablan por hablar. Las mujeres se ocupan ayudadas de sus hijos de juntar fuego para calentar café y tortilla.

Se dejó arreglar la camisa. Luego la muchacha le pasó la mano por la espalda y lo atrajo hacia ella que estaba inclinada para pegarle el cachete en la frente. Una tibia alegría se le regó por el cuerpo. Escondió los ojos y le dio las gracias con un como pujidito, algo inarticulado. Pero tras acariciarlo con el cachete se lo llevó de la mano. Asomaron lejos del corredorcito, después de andar por el monte adivinando caminos.

—¡Traé al muchachito, vos, Ildefonsa!

Se volvieron ambos al mismo tiempo al tocarles la voz de un señor de estatura mediana desaparecido en una gran camisa de cuero, el sombrero aludo, a la muñeca el chicote y en la boca un puro encendido.

La muchacha se apagó. Un guacalazo de agua helada sobre su ternura. Le soltó la mano, encogiéndose entre risa y llanto, botadas las pestañas sobre sus cachetes blancos.

Y volvieron todos, los tres, al corredorcito.

Sestearon y siguieron. Unos cuantos leños medio quemados, regueros de baba espumosa de café hervido sobre el enladrillado, ceniza rasguñada por las tortillas de maíz curas como uñas y vago olor a cecina. Pero el corredorcito estaba igual. Lo observó y estaba igual. ¿Por qué no les dijo que él era el dueño? Se los debía gritar ahora que se iban alejando por el fondo de la cañada.

La Ildefonsa, el de la camisa de cuero, los chuchos huesudos y chelones y la demás gente.

Sólo los perros se dieron cuenta de... ¿de qué se dieron cuenta...? A puros tirones, arrastrándolos de la soga que traían atada al pescuezo, los hicieron subir al corredor. No querían. Se clavaban en el suelo con las uñas de las patas delanteras, erizados, y no tuvieron paz ni sosiego atados a los pilares del corredorcito.

Se dieron cuenta de todo lo que pasaba secretamente en aquel estrecho rincón entejado y abierto de la pared al monte, al horizonte migajoso de nubes. No aullaban, pero enseñaban los dientes a cada escalofrío de miedo.

Sí, allí estaba el Alhajado, nombre que raras veces pronunciaban los pescadores, la gente de por ahí. El Alhajado.

Sacó los ojos de la presencia forastera. Aún veía a los canes a punto de arrancarle los pilares a su propiedad de suyo ruinosa. Una mancha blanca, rumiante, le penetró en la carne con suavidad de humo. Olor a nance. Se alejó del corredor. Gesticular, gritar, deshacerse de la loca que se lo había robado de la mano. Ella, como lo? perros,

también se había dado cuenta de la presencia del Alhajado en el corredorcito y por eso se lo llevó de allí para buscar por el monte salidas posibles al misterio: puertas que los que no se fugan cruzan una sola vez, ventanas que los suicidas apenas si rozan al arrojar a la calle como ángeles. Salió con él en son de juego por escapar ella y no verle la cara al Alhajado.

Ildefonsa. El nombre era de loca. La llevaban por caminos y caminos para que se curara andando. Las familias en que hay locos debían volverse nómades. Paso a paso recorrió el corredorcito. Todo seguía igual. Superficies, líneas, distancias, materiales, universos, purísima luz, las moscas volando bajo, sus pasos resonando en los ladrillos. Ildefonsa. Él habría dado a ojos cerrados todas sus monedas encenizadas por aquella loca. Pero cómo iban a vendérsela, cómo iban a deshacerse de ella por unas cuantas monedas si la llevaban de brújula, adelante entre perros atados a las sogas, la nagua enroscada a la cintura, el pelo amarillo llovido sobre los hombros gordos y la espaldas y los pies blancos, blancos.

Una caña de azúcar. El jugo dulcísimo entre escupidas de saliva con sangre al herirse las encías en las flautas astilladas de la cáscara de marfil morado. Se reponía de sus negros pensamientos en el gozoso sabor de la caña. Rasgaba, primero, la cáscara a dentelladas, para después de incisivos y colmillos, hundir labios, nariz, mejillas y barba en la caña que masticaba hasta arrancar el pedazo. Pedazo arrancado era molido en sus quijadas de rumiante busca que te busca, la última gotita de miel. Avaro de dulzura, no dejaba al infeliz bagazo más que su sed. Y esas últimas gotitas eran las más ricas, por escondidas, por no haberse entregado pronto. Con lentos ademanes se espantaba las moscas de la cara, enmielado hasta las orejas. El corredor, la pared y del otro lado... Pero ahora estaba en el corredorcito comiendo caña dulce y no tenía ganas de pensar...

VI

Un palomo pechugón golpeaba a las palomas. Pluma celeste, pico rosado. Carambola de amor aquí, carambola allá. Las palomas, entre coquetas y sufridas, corrían, revoloteaban, cucuruqueaban. De un estanque en que se daba de beber a las bestias, agua con nadado de patos, se derramaba el líquido. Tardaban en cruzar en anchuroso patio los que hacían el trajín de la verdura, la carne, el pescado, las gallinas, la leña y el carbón para la cocina. Los patachos, las vacadas de la leche para la casa y familias de cerdos, regábanse en aquel gran espacio del tamaño de una

plaza, rodeado de portales. Una plaza con una sola entrada.

Señores de espuelas, botas de montar hasta las rodillas, sombreros de copa apedreada y ala grande, pañuelos al ruello, se perdían por una puerta de piedra guardada por una imagen de Jesús desnudo, sentado en un banquillo, con una caña en las manos lastimosas de sangre, y corona de espinas. En las mañanas ardía un candil ante la imagen. Devoción de alguna de las criadas. Una gotita de oro se quemaba de día y de noche ante el irrisorio rey.

Si encontrara en el corredor, en *su* corredorcito, la más mínima abertura para espiar tanto misterio. Una rendija en la que sólo cupiera un cabello. La buscaba en la pared, en los pilares, en el piso, en el techo. Por la pared hendida daría su ojo a una alacena con las alhajas de su familia de Alhajados. Balanzas de pesar polvo de oro, cubiertos de plata pesados como lingotes, algún listón manchado de sangre, más bien lacre, medallas, tecolotes disecados, clavos grandes, calaveras y armas. Y si la rendija estuviera en el pilar daría a un agujero con una llavecita oculta. Se pegaba al pilar achatándose la nariz para acercar el ojo lo más posible, mientras imaginaba todo lo que abriría la llavecita.

Una frase de los pescadores le revoloteaba en la boca y hasta hizo el distraído ademán de espantársela, como a una mosca. “El camino del Alhajado fue de laja negra... nació de luto... vivió de luto... desapareció de luto...” Ninguno de los pescadores se atrevía a decir si había muerto. Desapareció. Y ése era el temor. El que desaparece puede volver. Los que desaparecen se borran cierto tiempo de su casa, de las cosas, de sus gentes, de los amigos, de los espejos solitarios. Se sabe de ellos porque pueden regresar, posibilidad que los mantiene de cuerpo ausente entre todas las cosas. Están ausentes y presentes. No están y están por no ser extraños a los que con ellos vivieron y se quedaron. Su presencia es un recortado vacío de su forma entre los contemporáneos. Si regresan ese vacío se llena de nuevo, se llena con ellos que son ellos y sus recuerdos.

“El camino del Alhajado fue de laja negra... nació de luto... vivió de luto... desapareció de luto...”

Desapareció...

Los pescadores le hacían un afirmado tan raro a la voz, como si expresaran o quisieran expresar con el “desapareció”, algo más que el haber partido sin dejar huella alguna, el haberse marchado con todos y con todo, con sus amigos, con sus mujeres, con sus sirvientes, con sus enseres de casa, con sus caballos negros, con sus joyas de luto.

¿Murió? ¿Murieron...? Quién sabe... ¿Se fue? ¿Se fueron llevándose todo y todos juntos, para no quedarse en ausencia presentes?

El que se va o se muere dejando quienes le recuerden, quienes lo sigan sintiendo vivir con ellos, no se ha ido del todo, ni se ha muerto definitivamente, seguirá yéndose y seguirá muriendo con todos sus parientes, amigos y conocidos que después de él se sigan marchando o muriendo, hasta que se hayan ido y desaparecido todos.

Y eso pasaba con el Alhajado, cuando los pescadores decían desapareció, faltaba que se fuera de ellos para que desapareciera totalmente. Rendía culto al Mal Ladrón. En su calvario, en lugar de Jesús colocó la imagen de Cestas, a la diestra Dimas, y a la siniestra Jesús. Hace mucho tiempo en el corredorcito se encontraron unos papeles amarillos con oraciones al Mal Ladrón.

En su corredorcito, allí donde estaba. Las telarañas se vidriaban con la joyería de las primeras lluvias seguidas de fulgurantes alumbrones. En los más visibles sitios el ojo no descubría esos hilos de araña, hasta que los combaban con su peso ínfimo las gotitas de las lluvias invernales. Y este evidente aparecer de diamantes, donde no se veía nada antes de alumbrar el sol, alimentaba su esperanza de encontrar la rendija para penetrar al interior de lo que ahora sólo era superficie inescrutable, repello de pared vieja, madera de pilar apolillada.

El Alhajado desapareció hacia el interior de las cosas para seguir presente en esa gran libertad de las materias oscuras. Seguía viviendo allí con ellos, seguía de rodillas ante el Mal Ladrón y degollaba piratas. Lo que urgía era una rendija en el pilar por donde sorprender su existencia entre las especies ciegas de gusanos que abren túneles en la madera, o en las piedras de la pared que el agua del invierno perfora gota a gota, o en la ceniza de los barriles de monedas, o en las habitaciones de la casa grande, podrida de goteras, bajo la tierra, entre las tumbas sin muertos o en *El charco del limosnero...*

¡Una rendija...! ¡Una rendija...!

VII

El aguacero sorprende aunque esté para caer el agua del cielo carbonizado. Junto a las viviendas sin gente, los árboles y los animales. El corredorcito se oponía al aguacero con su techo de tejas que bajo la lluvia simulaban plumas de gallinas mojadas. Y allí se refugió, derrotado y sonriente, tras soportar el comienzo del chubasco que le sorprendió a medio patio y que al fin le hizo correr. Las manos en los bolsillos del pantalón, el cuello del chaquetín levantado, el sombrero hasta las orejas y los zapatos como albóndigas heladas.

El naufragio del Capitán Sopas. Las manchas de los árboles, verdes globos cautivos, sueltos globos las nubes también formando manchones, nadaban en la oscuridad luminosa del aguacero entre nervios de cielo que se alumbraba con la tempestad, como al dolor de muela le alumbraba en la cara filamentos nerviosos entre

el hueso, la carne y el ojo adolorido, parpadeante, a punto de saltársele.

Apretó la espalda en la pared dura y helada. Contagiarse de lo inanimado para no sentir más el dolor de muela. La lluvia lo azotaba oblicuamente. El corredor, sostenido apenas por los tres pilares, amenazaba con cerrarse como un paraguas, mientras el Capitán Sopas, empotrado en la pared, hosco, medroso, con impensados movimientos de patas de rana en la muela que le dolía a cada descarga eléctrica, echaba de menos la casona grande, donde, tras cerrar las ventanas para salvar los cortinajes, las alfombras, los muebles, lo andaría buscando una servidumbre fantasmal de indios con trenzas.

Se le durmieron los ojos de ver llover. El dolor apagado bajo el cachete. Sin estar dormido sintió los ojos con sueño de ver llover. Sacó las manos heladas de los bolsillos y frotóselas en la cara para despertarse, cuidando de no hacerlo muy fuerte, donde la muela también se le había quedado dormida.

No se detuvo. Saltó desde la borda de la nave para salvar un charco y por pedregales lavados y trechos de camino lodoso, entre cercas caídas, ovejas sin pastor, bueyes echados, muías llovidas, llegó a donde el viejo del bastón dormía con los ojos abiertos. Lo vio del todo cuando lo tuvo en los brazos, la mano aún con el bastón, para alzarlo del suelo y cargar con él, más arrastrándolo que cargándolo. No pesaba. Hueso y pellejo, pelo y ropa. ¿A dónde llevarlo? Al corredorcito. Era suyo y allí estaba llevando a los sobrevivientes del naufragio. Enterraba los pies en el lodazal para no caer con el viejo, preso por momento en el cañamazo de la lluvia que al espesar sus hilos, lo inmovilizaba. El viento rompía las cristalerías y le daba paso. Ganó el corredor. El viejecillo no despertaba. Los ojos abiertos, fijos. Estaría soñando. Ya saldrían los criados de la casona en fila india a buscarlo y sueltos | como ratas blancas irían por todas partes, descalzos, gemebundos, arremangados los calzones, las camisas húmedas pegadas al esqueleto. Y si no lo encontraban, entrada la noche, al escampar el agua, volverían con hachones de ocote encendidos en llamas locas, hasta dar con él.

—¡Viejo maldito...! —detrás de las ventanas, resguardadas de la tormenta, las criadas gordas como el caldo mantecoso, le aplicaban tizón—. ¡Saber pa qué está vivo...! ¡Pa nada...! ¡Ni se-muere pa ser alma del camposanto ni revive del todo pa manejar sus cosas!

Y cegando los vidrios con su aliento, seguían las viejas:

—Antes que es el primer muerto que se va a ir al camposanto a ocupar lugar en el sepulcro de ellos. Tuvo razón el señor Alguacil cuando lo sacudió para volverlo en sí, aquella vez de los indios que eran como sapos arrugados, todos ancianos, reclamando sus tierras. Papel fojeado, sellos de lacre como mataduras, y el camino de los tesoros...

No lo encontraron. El aguacero a ráfagas y la noche oscura les apagaba el ocote mojado. Encontraron el bastoncito y el suelo rasguñado. Se lo llevarían los zopes o lo arrastraría la corriente, coloradito como camarón, con las barbas chivas.

Las criadas se santiguaban. Todos los de aquella casa desaparecían... ¡Don dejó la mesa puesta...! ¡Don la cama ya hecha para acostarse! Uno de todos el salón lleno de invitados...

Las puertas abiertas, por si regresaban, forraje en las caballerizas por si volvían montados, pues la mesa con platos colmados de frutas y pasteles, por si venían con hambre, el vino en las copas para los que vinieran con sed, sed de irrealidad y sed de la garganta, y las camas listas, tibias, mullidas, con la ropa de lino limpiísima, por si volvían cansados de no estar en su casa.

Todo dormía. En el cielo nocturno, allá muy lejos empezaba a subir la *luna*, entre montañas de nubes. Como si regresaran del sueño, la servidumbre fantasmal de indios trenzudos y criadas de carne de caldo gordo, alcanzó a oír pasos en el zaguán... pasos con eco... Sabido es que los pasos de los muertos no producen eco... ¿Quién sería...? ¿Quién regresaría a esas horas allí donde jamás, nunca, nadie regresó...?

VIII

Volvió a la casa grande desde el corredorcito con un bulto que pesaba como una pequeña araña mojada por la lluvia, echado por sus brazos contra su pecho palpitante. Al cruzar el portalón de piedra desnuda, abierto siempre de par en par, después de un estremecimiento que parecía de ser vivo, el viejecito se quedó rígido, y de poco sirvieron los pañuelos embebidos en agua florida que un criado puso sobre la frente del abuelo, abarcándole las sienes y de poco el masaje que le dio en las manos de dedos tiesos como astas en las que flameaban las diez banderitas de carey sucio de sus uñas largas. Otro criado iba cerrando apresuradamente las ventanas. Era su oficio, su sola ocupación. Abrir y cerrar ventanas. Una por una, muy despacio, con grandes ademanes, más bien acatamientos al desdoblar cada hoja de madera preciosa y extenderla sobre los cristales. El dueño del corredorcito se sacudió las manos, como si hubiera cargado un poco de tierra húmeda, y salió.

¿Se le murió en el corredor? ¿Ya estaba muerto cuando lo recogió? ¿Murió ahogado? ¿Murió de frío? ¿Murió de viejo...?

Se quedó con la cruz hecha para santiguarse, largo rato, ya subido en su cama, pensando que el viejecito se habría salvado si en lugar de acarrear con él al corredorcito, jugando al Capitán Sopas y a los náufragos, lo trae directamente a la cacona, donde los criados desdentados y trenzudos, lo habrían arrebatado de la

muerte con infusiones, botellas de agua caliente, frotaduras de humo de trapos a medio quemar y oraciones ronroneantes.

Se levantó de la cama, temeroso del silencio, y sin hacer ruido con los pies descalzos buscó la alcoba en que habían acostado al viejo abuelo. La lluvia seguía llorando fuera. Después de una larga tregua en que escampó y salió la luna, se la oía circular acongojada por los canales y alcantarillas de la casa que recogían el agua de los techos.

Nadie. Encontró la cama en que habían acostado al abuelo, pero sólo la cama. Las ventanas abiertas. Las luces en los candelabros ya más humo que llama. Cerraba los ojos y lo sentía allí. Abría los ojos y no lo encontraba. Deshizo la cama, sábanas y colchas, almohadas y almohadones cayeron al suelo. Buscó debajo. Nada. Nadie. Cerraba los ojos y lo sentía allí cerca, abría los ojos y no lo encontraba.

Pintó el día. Nunca se había vestido tan ligero. Pisoteó el camisón, oscuro, fantasmal. Camisa, calzoncillo, pantalón, medias, zapatos. Listo. En el comedor, sobre la mesa, los cubiertos de plata maciza al lado de su plato y su taza de porcelana con ribetes dorados. Ahora que faltaba el viejecito se daba cuenta que siempre había desayunado con él. Mientras lo tuvo enfrente nunca se fijó en el abuelo que ahora veía cerrando los ojos y recordándolo. Tomó su servilleta para desdoblarla. La servidumbre empezó a moverse. Al entrar una criada que traía café y la leche en sendas jarras de plata, la preguntó por el viejecito que todos los días desayunaba con él. La sirvienta, sin alterarse, palabreó:

—¿Por el señor pregunta...? ¡Desapareció...! ¡En esta casa todos desaparecen!

Apartó el café con leche, sin siquiera probarlo, sólo el humo caliente y sabroso le llegó a la cara, dejó la servilleta que cayó al suelo y bajó corriendo por las escaleras resonantes en busca de los pescadores.

Los interrogaba y todos le respondían con una mirada vaga, lluviosa.

—Pero, ¿no les sorprende —les decía— la desaparición de aquel hombre? ¡Qué es eso de desapareció y desapareció...!

Un pescador contrahecho preparaba cebo para los anzuelos. Las moscas no le dejaban paz, atraídas por el tufo de las vísceras que aquél iba partiendo en trozaduras. Unas moscas heladas que caían de golpe y no levantaban fácilmente el vuelo pegadas a la sangre, a los bofes, a las tripas.

Surilo. Así se llamaba. Así lo llamaban. Surilo. A veces comía de aquellas vísceras crudas, hediondas a muerto. Surilo se le quedó viendo entre risa y risa. ¿Qué le podía preguntar al infeliz aquél, ni a los otros, ni a nadie? Desapareció y... desapareció...

Algunas gentes de los alrededores llegaban a encargarse de pescar, adelantando dinero a los pescadores, unas monedas muy parecidas a las suyas, a sus dineros de los costales de ceniza.

La casa, por el lado en que no había edificios, daba a campo abierto, una llanada extensa donde varios hombres plantaban una carpa sin pedir permiso alguno a los

propietarios del terreno, porque no encontraron en aquel caserón deshabitado y habitado, a quién dirigirse para obtener la autorización, dado que los criados les informaron que los amos no estaban, pero que volverían.

Mientras los pescadores bajaban por la cañada al *Charco del limosnero*, los del grupo de la carpa, hombres y mujeres que fueron llegando, hombres picados de viruelas unos, otros con barbas, bigotes y cejas negras color azabache, y señoritas de tacones del suelo al cielo o señoras con peinetas cuajadas de pedrería, fueron extendiendo la carpa por el suelo, sobre la grama, como el pellejo de una gran bestia blanca listas las herramientas para agujerear los lugares en que irían los mástiles centrales, los postes laterales del rededor y los de los soportales de las gradas para los espectadores.

Un sirviente, el mismo que le recibió al viejecito anoche, vino a buscarlo. Salió de entre las jaulas de animales hediondas a meados que apeaban de carretones de cama baja y ruedas altas.

La novedad era el circo. Sus grandes cofres llenos de vestidos. La amistad sobrepuesta entre cirqueros y vecinos. Canturreos, dicharachos. La erección de los altos mástiles en los profundos agujeros, la piedra para afirmarlos, traída de lejos, en el llano no había piedras. La ida al *Charco del limosnero* con los caballos amaestrados, para bañarlos, menudos, crinudos, inteligentes. Un tigre que pasaba horas enteras en movimiento.

—Don, doncito, le quieren hablar... —acercóse a decirle el criado; el muerto o desaparecido, fue lo primero que él pensó, y no echó a correr, porque aquel trezudo barbilampiño, le señalaba en ese momento a un hombre bigotudo, cejijunto, con pelos en las orejas, muchos anillos en los dedos, una cadena de oro en el chaleco atigrado y pipa de terracota.

Le sorprendió que el que hacía de cabeza del circo le quisiera hablar.

—Vamos a su casa... —dijo el bigotudo, patilludo, dejando a loá cirqueros afanados en el trabajo de alzar la carpa que ya subía como un globo hasta las puntas de las lanzas que formaban el primer círculo, el más bajo, para luego, mediante poleas, argollas y cuerdas izarla hacia los mástiles más altos, aquellos donde los trapevistas se vuelven ángeles.

Al llegar a la casa, el jefe del circo esperó que tomara asiento en un sillón de alto respaldo y largos brazos revestidos de almohadillas de seda, traído por el criado, dejó que subiera los pies a un cojín de terciopelo con borlas doradas en los cuatro extremos.

—Me indicaron —dijo aquél con la pipa humeante en la mano cuajada de anillos —, que desde anoche es Su Merced el dueño de todo esto, por haberse ausentado el abuelo, y como a dueño y Alhajadito, le pido permiso para instalar el circo.

IX

El Alhajadito se oyó nombrar por primera vez *Alhajadito*, cuando cortando la persona hedentina a cosmético y caspa del que hacía cabeza del circo, después de darle permiso para instalar la carpa, fue por las galerías hasta el oratorio del Mal Ladrón, donde se detuvo como a contar los reclinatorios, las lámparas de plata que ardían en nevado silencio de luz blanca, los ventanales, para luego volverse a descender grada a grada hacia el patio.

—¡Alhajadito...! ¡Alhajadito...!

Así le llamaban al ir pasando. ¿Quién? No sabía quién. Alguien escondido en las cosas.

Hurtó su presencia a los del circo, ahora atareados en izar la carpa a lo más alto, dibujados como hormigas en el inmenso llano, y dirigióse apresuradamente al corredorcito, donde, al llegar, se sintió protegido por el alero, la pared, los pilares, el monte, aparentemente solo, pues ya se sabía que en verdad, su corredor estaba poblado por familiones de ratas, cucarachas, alacranes...

El recuerdo del naufragio lo distrajo. Reconstruir mentalmente, en el lugar de los hechos, todo lo ocurrido, hasta hacérsele palpable el viejecito con peso de muñeco. ¿Murió bajo el aguacero? ¿Murió en el corredorcito, cuando él lo rescataba? ¿Murió en su cama? No, no, no. Desapareció. Limpióse de la frente un hálito oscuro. A pequeños empellones lo sacaba el corazón fuera del corredor, a la intemperie en que se oía nombrar Alhajadito, que era como llamarle pequeño fantasma, futuro desaparecido, porque los Alhajados, todos los Alhajados, absolutamente todos, desaparecieron igual que el abuelo.

El ambiente se oía poblado de voces guturales de improvisados mandones, aullidos de animales presos, risas de mujeres, canciones tarareadas y músicas de bandas en reposo...

Sólo el corredorcito le permitía mantener una presencia anterior a todos aquellos ruidos extraños mezclados al ir y venir de la gente de los alrededores, noveleros que andaban curioseando las instalaciones del circo, y preguntaban cuándo era la primera función.

Haber dado autorización para que instalaran el circo atrás de la casa, primer acto de su poder de Alhajadito, halagó su orgullo. En el pecho guardaba una joya antigua que daba luz en la sombra y se oscurecía en la luz. De día azabache. De noche diamante. La alhaja de los Alhajados. Resbaló su mano enguantada de piel de venado por su traje negro, sin más adorno que los botones negros y se vio los zapatos negros y recordó que el criado le había dado, antes de salir de casa, un sombrero negro.

Sin tener a quién comunicar sus pensamientos, él mismo se dijo lo que hablando a solas parecía contar a otro...

—En casa no existe la muerte. De ninguno de mis parientes he oído decir que haya muerto. Última enfermedad, heridas, accidentes fatales, agonías largas,

testamentos, entierros, lutos jamás se conocieron en casa. Desaparecían. Mis parientes desaparecían. Nadie supo ni pudo decir cuándo estaban para marcharse, si se iban de casa definitivamente. Ni anuncio ni preparativo alguno. El caballo, las armas y el camino...

Y siguió conversando igual que los pescadores al final de las jornadas en que han pescado poco.

—Casual se quedara sin agua el *Charco del limosnero*. Se Vería un inmensísimo barranco y al fondo de la gran ollona un cementerio, un camposanto sin cruces... Esqueletos lavados, brazos y piernas, mano y pies en actitud de nadadores. El pelo verde, los huesos pegajosos de líquenes.... Ya una vez en una atarraya salió un esqueleto, creyeron que era un pescado cuando lo alzaron a la barca, pues entre los huesos tenía carne de engrudo escamoso. El que lo pescó por poco se accidenta del susto. Soltó la atarraya con todo y muerto y los demás, antes que cayera en la barca, echaron mano a los remos, para alejarse sin ver atrás.

Estiró el brazo que había doblado sobre su rodilla para sostenerse la barba, con la barba la cara, con la cara el pensamiento...

... Si sólo fuera lo de los desaparecidos, lo del camposanto en el fondo del *Charco del limosnero*, el agua con olor de mineral y siembra, el viejecito que murió en sus brazos y desapareció después, los criados vestidos de blanco, camisolas y pantalones que eran como fundas de fantasmas lampiños y con trenzas; si sólo fuera eso, pero ahora se agregaban los volatines, los payasos... (¡no debió dar permiso!), todos los del circo que andaban por el monte buscando raíces comestibles, después de instalar la carpa. Era un gozo saborear los pequeños tubérculos, como paladear la transición dulce y lenta de la vida que pasa de tierra a vegetal. Otros con sabor a arenisca y lluvia. Por esos montes anduvo él de la mano de Ildefonsa, mano de raíz con dedos, y se acercaron a muchos árboles a contemplar los frutos. ¡Cuánto azúcar de trino! Sólo el azúcar, porque los pájaros se alejaban temerosos de los pasos de la loca. No la recordaba bien. Era otra la Ildefonsa que formaba su memoria. La verdadera se fue. También desapareció. La que él recordaba era como uno de los muertos de la laguna, de los que salían de noche a bañarse en el plenilunio color de nance.

Alguien venía hacia el corredorcito. Se escondió antes que le vieran. Debajo la camisa le saltaba el corazón. Era Surilo. Los pies arqueados para afuera al final de las piernas cortísimas, los brazos muy largos, la cabeza en pico hacia atrás, las orejas como cuernos y el mentón en punta, muy pronunciado. En la mano traía una honda de pita armada de una piedra. Se detuvo en el corredor para orientarse en qué dirección andaban los del circo, pues se les oía por muchas partes y tras un momento de atención, púsose en actitud de ataque, levantó la honda dándole vuelo sobre su cabeza en vueltas y más vueltas y al máximo de fuerza y velocidad soltó uno de los lados de la honda para despedir el guijarro. Disparo a disparo. Surilo pataleaba y se reía sacando dientes de un montón de arrugas.

X

Los criados lampiños y con trenzas, vestidos de ceniza blanca, fantasmales; las habitaciones de la casa alumbradas de noche y de día, puertas y ventanas abiertas de par en par; los pescadores ateridos de fría agua metálica tendiendo como arañas las redes en el gran patio oscuro, tras volcar en bateas, troncos de árboles cavados, la platería del pescado grande y chico; las sombras de los vaqueros que se apeaban de las fornidas cabalgaduras á santiguarse ante el Mal Ladrón; el ladrido de los perros corraleros; las carretas de dos ruedas que entraban rodando renco, borradas al despegar los bueyes y salir los carreteros, las puyas en alto sobre el hombro, silbando al frente de las yuntas hasta el estanque del patio, donde las echaban a beber agua todavía uncidas, los yugos en juego de sube y baja entre el buey que hundía el hocico en el líquido frío y el compañero que sacaba la cabeza para sorber y respirar el aire caliente.

El Alhajadito asomó a una de las ventanas llevándose la nariz cosquillosa hasta la mano, igual que si hiciera un acatamiento para recibirse el estornudo.

El espacio profundo color de corola, las nubes algodonosas, el incendio de perfume de caña de los trapiches.

Paseó los ojos negros que parecían parte de su abotonadura de azabache, dos botones móviles tras dos ojales parpadeantes, hasta encontrar la carpa de circo en forma de tortuga gigantesca alumbrada por dentro, con una bandera azul desplegada en el mástil principal y banderines de colores, verde, rojo, blanco, amarillo, en los mástiles alrededor.

Hormigueaba de gente. El debut. La primera función. Bolas de trapos empapadas en gas y sebo para que ardieran continuamente daban luz a la entrada principal. Cabezas de cristianos quemándose. Una fanfarria de trompetas, bombo y platos completaba, al lado de la puerta en que el público se arremolinaba, la invitación llameante de los mecheros que soltaban escupidas de oro. Un payaso conversaba de dinero con el que vendía las entradas. Hablaba en serio. La seriedad del muñeco que ve lo que necesita tan cerca y tan lejos de su mano enguantada.

De una de las bolas de trapo ardiendo, como de un colgante nido de gusanos de fuego, escapó una gran mariposa de humo, las alas en forma de tirabuzones al llegar el Alhajadito, conducido en su litera por sus criados de calzón y camisola de ceniza que se borrarón siguiendo el vuelo de la mariposa blanca.

El cabeza de circo vino a saludarlo. Enseñaba los dientes de oro y quejábase de dolor de muelas. La neuralgia del debut.

¡Música, maestro...!

El pensamiento del cabeza de circo, que mordía la pipa para no gritar del dolor — ¡Música, maestro!—, se comunicó a los bandistas que uno tras otro, despertando de un sueño, acuerparon el pasodoble que silabeó el del pistón, cuyas manos sostenían fuera de su boca una gran dentadura de oro, en la que movía los dedos igual que

garras, como si a él también le doliera aquel instrumento, sólo que en lugar de punzadas, eran chorros de sonidos calientes los que salían de aquel mundo de llaves manejables.

Al compás del pasodoble fueron los bandistas a ocupar sus asientos al lado de la pista del circo, para amenizar la función y acompañar los números con música. Uno tras otro avanzaban en fila india, sin dejar de soplar a gordos carrillos, bañados por el relampaguear de los mecheros de trapo, gas y sebo.

¡Si el cabeza de circo hiciera un buche de alcohol, tal vez se le aliviara la neuralgia del debut! De momento quema, pero luego adormece el dolor. Siquiera para no rabiarse durante la función.

Le trajeron un vaso de aguardiente. No hubo alcohol. Pero aguardiente es lo mismo.

Sus dientes de oro tastearon metálicos en el borde del cristal y con el enjuagatorio en la boca, temblorosos los labios, inflado el cachete del lado en que guardaba el líquido que empezaba a aliviarle, las orejas calientes, los ojos añados en lágrimas, se hizo atrás para dejar pasar a los arrastra los pies de los músicos que iban hacia la pista tocando el pasodoble.

Los aborrecía, viciosos, tragones, haraganes, sentimiento que el dolor hizo tan agudo en aquel momento que no pudo disimular su rabia ni le dejó ver el peligro en que estaba al pie de una de las bolas de fuego... Peligro... No tuvo tiempo de pensar en lo que ya no era un peligro, sino un tremendo, un horroroso salirle de la boca chorros de llamas que le bañaban la cara.

¿Qué había pasado? Una de las luminarias de gas y sebo se desprendió sobre él. Al sentir encima la bola de fuego, el cabeza de circo quiso esquivarla, pero fue tarde, demasiado tarde. Su boca ardía igual que si su dentadura de oro se hubiera vuelto una gran llamarada. Corrió hacia el interior del circo, por la pista, sin oír los aplausos, pues los espectadores creyeron que efectivamente aquella prueba abría el programa.

Agitaba los dedos entre las llamas, como el pistonista y como el ángel en la trompeta del último día. Sonido con dientes que morderá a los muertos para que despierten, se vistan, se maquillen, se arreglen y comparezcan. Hasta ese día en Josafat volverá a tener el cabeza de circo sus labios, su cara, sus bigotes, sus cejas.

El Alhajadito se levantó para aplaudir. Todos aplaudían. Pero extravió las manos en el gesto. Junto a él había caído el cabeza de circo, sin bigotes y sin labios, con los dientes desnudos en una risa de calavera, fija. Sus dientes de oro ahumados, enrojecidos, candentes, parecían reír con fuego, mientras los payasos saltaban sobre su cuerpo para apagarle las llamas, pantomima que el público aplaudía a más no poder.

Una trapecista en malla color de rosa sin saber qué hacer, por coquetería, subió a vagar por el espacio de un trapecio a otro, y a otro, y a otro, algo así como el alma del infeliz quemado, cuyos párpados empezaron a caer, quedándole entonces más desnuda la risa de oro sin labios.

Al volver a la tierra la trapecista sacó un pañuelito de su cinturón lentejuelado y enjugóse de las manos y la cara, el sudor de la muerte que se percibe como zumbido de abeja sorda, en el triple salto mortal.

Se suspendió la función.

Del otro lado de las jaulas en que se paseaban las fieras, electrizadas por el domador, pisaduras y bramidos que se derrumbaban, seguía agonizando el cabeza de circo lejos de su pipa de terracota, sin sus bigotes, la camisa rasgada y bajo la camisa, en el pellejo rojinegro del pecho, el vello rubio quemado, vuelto ceniza.

Unos de pie, otros sentados, inmóviles o cambiantes de postura, a la luz de un quinqué, bostezo de vidrio que daba acabamiento, seguían los saltimbanquis igual que una familia numerosa (gentes, monos, perros, caballos, sólo las fieras y los gitanos estaban excluidos), la prolongada agonía del infeliz don Antelmo Tabarini.

Los bandistas callaban. Alguna culpa les cabía. Al pasar ellos tocando el pasodoble ocurrió la desgracia. El del pistón, chato picado de viruelas, se rascaba las pulgas. Música en negrita que leía al tacto. Con las yemas de los dedos pulgar e índice apretaba las más panzudas de sangre, notas llenas, sin faltar las corcheas y semicorcheas, pulguerío de solfa sin pentagrama.

Y pensar que el público aplaudió creyendo que se trataba del tan anunciado número del hombre tragafuego, personaje que contemplaba impasible la agonía de don Antelmo, limpiándose los dientes con un palillo de fósforo.

El Alhajadito estuvo acompañándolos hasta el final. La hija de don Antelmo pidió permiso para colocarle a su papá unos bigotes postizos. Así lo enterrarían bigotudo como fue toda su vida. A falta de labios casi se los pegó sobre los dientes de oro.

Los criados lampiños, trenzudos, blancos se juntaron uros con otros, para darse ánimo, temerosos de la ceniza de sus trajes, mientras con los pies desnudos escarbaban el panteón de la familia, donde, por voluntad del Alhajadito, reposaría don Antelmo Tabarini, con el privilegio de ser el primer muerto sepultado allí, porque de sus antepasados ninguno se dejó enterrar, todos desaparecieron, no era gente para podrir tierra.

XI

El Alhajadito imaginaba lo que creía que las criadas le callaban de sus antepasados, limpios de presente, vale decir personas siempre ausentes, siempre de viaje, siempre por desaparecer. La gracia pasajera que el nómada tenía y el sedentario

perdió. Unos tomaron el camino sin regreso, paralelo a la muerte, para cortar con la familia, de la que sólo se salvan los que se evaden, se mueren o se vuelven locos. Otros se quedaron vestidos de lutos por el pesar de lo cotidiano que convierte las migas de la sobremesa en arenas, la sal de la comida en lágrimas, el amor en fastidio y el reflejo de la lámpara hogareña en brocal de pozo sin salida. El Alhajadito los veía peleando con la parentela, con la servidumbre, con los muebles, con su sombra, como ellos, enlutada, vestida de negro de los pies a la cabeza, sin faltar aquel que reñía con su persona en los espejos golpeándolos para destrozarse y borrar su imagen. Desaparecía, se mataba en los espejos y tan real sentía su muerte que después andaba por la casa como ánima en pena, sobreviviente de su imagen deambulando por las habitaciones *como fantasma*.

¡Pobre imaginicida! Le llamaban el Azacuán por su traje de color negro amarillento, por su pelo ralo pegado a la redondez de la cabeza pequeña como peluquín de pluma y porqué, como los azacuanes, emigraba en invierno de una habitación a otra de la casa llevando su cama, su mesa, su silla, sus libros, fugas que coincidían con la cascada inmóvil de algún espejo hecho pedazos, agua de vidrio que los criados barrían como el granizo de las primeras lluvias.

Ligero como el tiempo bajaba el Azacuán el 13 de cada mes a medianoche desde su alcoba, en que era siempre pasajero, a encender velas de cera pintadas de negro, sobre las que brillaban más amarillas las llamas, ante la imagen del Mal Ladrón, crucificado para quien el cadáver es el término de todo lo del hombre que nace y termina en la materia por grande y poderoso que éste sea.

—Por tu muerte verdadera, perdona mis debilidades... —clamaba el Azacuán de rodillas ante el horrible crucificado—. No puedo asomarme a los espejos sin creer que hay algo más allá de la realidad, pecado que te confieso arrepentido. No una, sino muchas veces te ofendí gravemente; pero te ofrezco, Padre, no asomarme más a lo que me finja caminos que no son los que tú proclamaste con carcajada de moribundo, cuando el iluso te ofrecía el Paraíso.

Y en voz baja, el aliento hediondo a tripas, la cabeza de milano, temblequeante, posaba los ojos en la imagen del Mal Ladrón, al que veía formar el número 13: la cruz de corto brazo vertical, el 1, y el 3, el cuerpo retorcido del ajusticiado.

—¡Detesto a Lucifer —seguía—, ángel tonto que rodó al infierno porque quiso ser Dios, y te adoro a ti, porque consciente de tu condición humana, reo de existencia amarrado a una cruz, rechazaste la oferta del celestial asilo, seguro de que eras lo que somos, sólo materia.

Y siempre en voz baja, en un menudo idioma retaceado entre los labios, proseguía el Azacuán:

—¡Y allí estás colgado, amarrado, con el dolor espantoso de la muerte, la lengua de fuera como tu última blasfemia y el gesto del que se rebela contra las fuerzas ciegas del destino!

La luz de la mañana, vidrio grueso, vidrio quemado al fuego y después martajado

en polvo húmedo, rodeaba al enjuto imaginicida. Amanecía como en un inmenso espejo, en la infinita inmovilizada luna de un mundo azogado, y palpaba todo lo que había de cierto en su persona, sin quererse salvar más por ningún paraíso de aquella única realidad suya que era su cuerpo.

—¡No permitas que me pierda como imagen en el mundo de la fantasía! ¡Enduréceme para que no salga de la realidad, de lo positivo, de lo material! ¿Por qué dejas que me aparte de tu ejemplo en lo ficticio? ¡Mal Ladrón porque con tu actitud robaste ese mundo que no es de los que creen en él! ¡Asaltante que despojaste el reino de los espejos!

Desesperado, vagando entre el arrepentimiento y la culpa, el Azacuán clavó espuelas y se arrojó al *Charco del limosnero* con todo y su caballo, y esta vez el agua no devolvió ni su imagen ni su cuerpo sepultándolo en su espejo misterioso y dormido.

XII

Al terminar los funerales de don Antelmo Tabarini empezó la guerra entre los componentes del circo. Todos querían ser jefes. Murmuraciones, insultos, ataques nocturnos. Por último se declaró la lucha abierta. En las guerras domésticas usuales, los combatientes se defienden como pueden tras las columnas, los muebles y las puertas, de los trastos de uso pacífico convertidos en proyectiles, o bien se encierran bajo llave en las habitaciones dejando al enemigo chillar y patalear extramuros.

En el circo la guerra era a campo raso. Los combatientes, en el inmenso espacio de la carpa, apenas si tenían para esquivar los golpes de los objetos más diversos que se lanzaban unos a otros, los entarimados de las gradas de la galería y los cortinados de la salida de artistas y entrada del público, pues en todo lo demás estaban mortalmente expuestos y de no ser por la agilidad con que escabullían el bulto, desde el principio de la batalla campal rotas las hostilidades, habría habido más de un herido grave.

Pero no sólo el campo en que se combatía era distinto de las usuales guerras domésticas, sino las armas.

El Domador fuera, de si, no conseguía que le obedecieran después de haberse proclamado sucesor de don Antelmo Tabarini, anunció que soltaría las fieras, si no le hacían caso.

—¡De esa manera reconocerán mis derechos al gobierno! —gritaba con la voz

atrompetada, librándose de los proyectiles que los cirqueros le arrojaban a la cabeza, algunos con tal violencia que poco faltó para que le rompieran el cráneo siempre lleno de sus aventuras de cacerías en África.

—¡Mi autoridad, como jefe supremo, o las fieras... las fieras y el látigo!

En sonidos que se quebraban en zig-zag se oía restallar el látigo eléctrico, esgrimido por la mano medio cubierta por la bocamanga dorada del uniforme de gran gala.

Ana Tabarini, hija de don Antelmo, se le acercó medio desnuda, en paños menores la sorprendieron las amenazas del Domador, y simulando ponerse de su parte, al tenerlo cerca, mientras se metía las mangas de la bata, dejándose abrazar por aquel que creía llegados para él, el poder y el amor al mismo tiempo, le arrebató la fusta y le clavó los dientes de fiera en una oreja, empeñada en arrancársela de raíz, si no entregaba las llaves de las jaulas. Rojo de ira, ya violáceo, ya cárdeno, el pelo color cepillo de oro bronce, el infeliz histrión que había sido mordido por verdaderas fieras, bramaba del dolor, cada vez tomaba más cartílago el mordisco de la Tabarini, histérica, convulsa, pero no soltaba las llaves apretadas en los garfios de sus dedos.

El payaso Juan Zarco se las birló en un santiamén y echó a correr perseguido por un negro largo y delgado como anguila que al darse cuenta que el payaso se había quedado con las llaves, se le fue para encima resuelto a arrebatárselas y proclamarse jefe, y lo consigue si Juan Zarco no le esquiva el cuerpo, corre por la pista y alcanza a subir a uno de los trapecios por una cuerda que al llegar a lo alto quiso recoger, pero ya tarde porque el negro que lo perseguía trepaba por ella velozmente.

Sin esperar a verse acorralado, el payaso lanzó las llaves a otro de su partido, amigo de la Tabarini, que se hallaba detrás de las gradas de galerías, y se las reclamaba con enfáticos ademanes, gritos y más gritos.

El llavero cruzó el espacio de la carpa con tintineo de meteoro o como si un triángulo de metal hubiera sido batido en medio de una orquesta de golpes secos y notas de cobres y cristales que se destrozaban.

Dos bandos. El de Ana Tabarini defendía las llaves para evitar que el Domador abriera las jaulas y bajo esa terrible amenaza hubiera que aceptarlo como jefe máximo, apoyado por el hambre de las fieras.

¿Presentían las desasosegadas e iracundas tigresas y el león que estaban en juego su libertad y un banquete de cristianos saltimbanquis?

Presentían, o no, lo cierto es que se paseaban de un lado a otro, como fascinadas, los ojos llenos de tristeza fría, avivándose el andar felpudo con los latigazos por los rabos.

El Domador extenuado por la lucha con la desgonzada, mujer sin huesos, toda ella inasible como una lengua en movimiento, se apretó la mano lívida a la oreja mordida que sentía tiesa y quemante, igual que si se la hubiera mordido, no la hija, sino don Antelmo Tabarini con su dentadura de brasas de oro.

Las llaves iban y venían y en lo mejor de la batalla apareció un mono en el cénit

de la inmensa bóveda de lona, punto en que el mástil central sostiene todo y a donde alguien desesperado lanzó el llavero, para que nadie lo alcanzara.

El mono se apoderó de ellas. Los combatientes quedaron paralizados, prontos a huir. Temían que el animal coludo bajara con la rapidez de un fruto que cae, hasta las jaulas y las abriera. Pero éste, entre muecas y gracejadas de bufo, tras sacudirlas a la altura de su cabeza para oír el retintín metálico y soltar algunos gritos de gusto muy agudos, paseó los ojos en busca del negro.

Un silbido y el mono se deslizó desde lo alto de la carpa por los trapecios, antes que los otros se repusieran de su sorpresa, hasta el hombro de su reluciente amigo de tiniebla lustrada.

Una mano negra, chiquita, peluda, puso en otra mano negra, sin pelos y más grande, las llaves de las jaulas.

Ana Tabarini y el payaso solicitaron una tregua.

—¡Tregua! ¡Tregua! ¡Tregua! también por mí —anunció a gritos el negro que era del partido del Domador.

Todos dieron un respiro al oír que el negro accedía a la tregua. El Domador, enderezando el cuerpo en el malparado esplendor de su uniforme de gala —el mordisco lo había dejado sordo—, le pedíos las llaves al negro, pero éste con el mono siempre en el hombro negóse a entregarlas.

—¡Tregua! ¡Tregua! ¡Llave conmigo! ¡Yo lo galantizo a todos!

Los chinos de los juegos de salón, aliados de la Tabarini, atacaron al mando de la Mujer Barbuda lanzando a los ojos de los contendientes puñados de serrín y arena.

El Domador y sus partidarios se arrojaron cara al suelo. Por la cabeza de musgo negro del feliz poseedor de las llaves, pasó un bolazo blanco que después de medio golpear al payaso dio en el cachete del Domador ario en el momento en que levantaba la cara para cerciorarse si había cesado el ataque de los chinos coletudos como los criados del Alhajadito.

—¡Tregua no! ¡Seguí así yo ablí la jaula! —gritó el negro con el mono siempre en el hombro.

El Domador, mascado de la oreja y con serrín en los ojos, incorporóse decidido a todo, tembloroso y escupiendo de rabia.

El negro le adivinó la intención y apoderóse de la fusta que yacía por tierra.

Un galope de caballos los paralizó a todos. Cosacos sobre caballos de fuego parecían los caballistas. La pista quedó limpia. Un golpe con los herrados cascos de las bestias al galope, era terrible. Y a esa velocidad, casi mortal.

La Mujer Barbuda que llevaba el sexo en la cara, se desplomó inánime bajo un golpe de aquéllos.

—¡Pispís...! —increpaba el Domador al negro, sin acercársele mucho, temeroso de que le fuera a dar un fustazo—. ¡Pispís traicionero, dos caras, bandido, maldito, era de los míos y se me volteó al final!

—¡Pispís no traiciona Domadol!

—¿Entonces?

—Entonces, Domadol glita: ¡Pispís jefe bueno, jefe de todos, jefe cilco, jefe mío! ¡Negro Pispís, jefe con jota de jolilo, y pol eso jefe!

Los parciales de Ana Tabarini aclamaron a Pispís como jefe del circo. El payaso Juan Zarco, los chinos y otros lo rodearon para apoyarlo. El Domador y los cosacos agrupados en una sola respiración anhelante, no salían de aquella pesadilla. Los manotazos de las fieras. Sus bramidos como una tempestad lejana. El Alhajadito se había refugiado en lo más alto de la casa, a juntar el brillo de la noche para su traje de luto.

XIII

Una huella de sangre hasta el corredorcito. Surilo estaba herido. Surilo el contrahecho pescador que preparaba la carnada para los anzuelos. Picaduras de tripas y menudos de vísceras que a veces engullía riendo, babeando, estornudando moscas. El pelo le brotaba de la cabeza y de la cara, por todos lados. Casi no tenía cara. Un hombre sin cara. Sólo cabeza. Ni cuello. El coco peludo pegado al cuerpo, a los hombros en forma de alas de galápago. Largo de brazos, corto de piernas. Sólo los ojos. Ojos celestes muy vivos en el pelambre. Lo matan si no interviene el negro Pispís, ahora jefe del circo Tabarini.

Sin ser visto y sin tomar partido, solo él contra todos los circenses, Surilo les lanzaba pedruscos y bodoques de barro con su gran honda de pita, proyectiles que eran verdaderos balazos. Veía los bultos tras la carpa y hacía blanco en cualquiera de ellos.

Un chino fue el primer herido. Lo dejó sin resuello. En medio de la lucha intestina entre los del circo, ninguno de ellos estaba para pensar y menos suponer que aquel contraataque fuera lanzado por un enemigo externo.

Y mientras al chino le crecía el chichón, y repetía —¡Chin-chón...! ¡Chin-chón...!—, rociándose la entrepierna por el ardor y el miedo de que el bodoque de barro le hubiera quedado bajo la piel, así lo sentía, uno de los trapevistas corría, por la maroma saltando en un pie, como ave zancuda, con el tobillo destrozado.

Surilo, sin perder tiempo y con más afinada puntería, colocó otro de sus hondazos en el pulmón de la Tabarini. La desgonzada palideció con movimientos de araña loca hasta desvanecerse.

Alguien, todos los vieron con la honda en la mano, la jeta caliente, los ojos

atónitos, fruncir y desfruncir la cara peluda. En el ardor infantil de la batalla, Surilo no se dio cuenta que se había salido de su escondite y atacaba a la descubierta.

Se defendió valientemente. La honda ya no le servía por la proximidad de sus numerosos atacantes desplegados en guerrilla y entonces echó mano a las piedras. A dos manos, manejaba la zurda y la contrazurda. Instintivo, bestial. Un caballazo de uno de los cosacos, lo derribó. Y allí lo zurraron todos los del circo. Palos, patadas, puñetazos, golpes, latigazos y lo liquidan si el negro Pispís no llega a tiempo. Pispís tenía las llaves de las jaulas, la fusta del Domador, y era el jefe reconocido por todos.

Ana Tabarini, la mano descolorida y helada queriendo alcanzarse el dolor del pulmón que siempre queda lejos, hipo de huérfana y llanto, le pedía al payaso que siguiera majando a Surilo. Juan Zarco fue el que más se ensañó y el negro hubo de amenazar con abrir las jaulas si seguía pegándole.

Protegido por Pispís y el mono, Surilo pudo escapar y refugiarse en el corredorcito.

Un día redondo. Esa sensación de inmensa redondez que da el día visto desde la superficie de una masa de agua encajada entre las montañas, como era la del *Charco del limosnero*.

Los pescadores ajenos como la servidumbre trenzada, a las luchas de los volatineros, echaban las redes desde sus embarcaciones, silenciosos, pensativos, tanto ver el agua los volvía tristes.

En las playas de tierras color rojo oscuro, sangre en polvo, grupos de mujeres con movimiento de nubes lavaban ropas, las tendían, o recogían plantas gelatinosas buenas para los incendios de sangre y el reuma frío, caracolillos vistosos para hacer collares o palito Seco para juntar fuego y calentar la comida. Algunas llevaban a los críos a la espalda, y otras de la mano a los que ya andaban. Desde que llegó el circo, los pescadores bajaban a pescar acompañados de sus mujeres, hijos y perros, temerosos de que los tigres fueran a salirse de las jaulas, los tigres y el león que era el que más bramaba, y se los comieran a todos juntos, sin quién los defendiera, mientras ellos andaban lejos.

Esa noche al regresar de la laguna, bajo los techos de sus ranchos hablarían de Surilo. Ellos daban otra explicación de los sucesos. Cada quien en este mundo se fabrica su verdad. Los del circo quisieron agarrar al pobre idiota para echárselo de comida a las fieras hambrientas y se defendió aquel infeliz, primero con la honda, luego a pedradas, después como pudo y si no interviene Pispís lo arrastran a las jaulas y se lo sirven de banquete a los tigres y al león.

Al día siguiente, los pescadores se asilaron con sus familias en la casona retumbante de silencio, al amparo del Mal Ladrón y del Alhajadito.

Los criados trenzados, colocados en orden de trenza, de la más larga a la más corta, trenzas rigurosamente negras, recibieron a los pescadores, a sus mujeres y a sus hijos, seguidos de sus perros y aves de corral y de estaca, pericos, loros y papagayos, en las gradas de la escalinata de los Alhajados. En procesión de sueño abandonaron

sus ranchos de pobres cañas. El bramido del león los acobardó. Venían a quedarse y a quejarse con el Alhajadito del peligro de tener cerca aquellos animales africanos, y a encomendar sus cuerpos al Mal Ladrón, en cuya presencia, ocupando la espaciosa capilla se acolchonaron en un gran silencio, como si apostaran a quién callaba más y quién de todos hacía más gestos que era la forma de rendirle culto al horrible crucificado.

Los trenzudos y lampiños ayudantes del Alhajadito miraban a las mujeres de los pescadores. Las fieras comiéndoselas a mordisco limpio y manotada desgarrante. No podían pensar en lo que escuchaban —las quejas y lamentos de los pescadores ante el Alhajadito, para que les diera posada—, por saborear el deleite de lo que se imaginaban que no eran tigres ni leones los que se despacharían aquellas hembras con todo y trapos hediondos a pescado, sino ellos, ellos..., si se las echaban desnudas en sus habitaciones.

Los pescadores después de orar con gestos ante el Padrecito de sus cuerpos, como llamaban al Mal Ladrón, sin dar a sus palabras más énfasis que el de su valor silábico, juraron que Surilo sería vengado.

—¡Lo juramos por vos, bendito Padrecito Negador del Alma...! —y besaban los pies uñudos y retorcidos bajo los cordeles que lo ataban a su cruz.

El más alguacil de los trenzudos, pasóse la trenza por el hombro para que le colgara frente al pecho, como la borla de una insignia sagrada y contestó a los pescadores:

—Si las fieras nos cercan reclamando alimento humano, empezaremos por arrojarles a los niños de teta, luego a los menores de edad, en seguida a los ancianos, después a las mujeres y por último a los heridos; así los defensores de esta casa podrán luchar hasta el último hombre.

Dicho esto se echó la trenza a la espalda.

Los pescadores saltaron para alcanzar a gritarle su desacuerdo con un “¡No!”, que fue como escupida de sapo.

El trenzudo cerró los ojos. Sus compañeros mostraban hambre de fieras tras las mujeres, persiguiéndolas como hombres de cuatro brazos, los dos propios y las dos trenzas erectas con movimientos de tenazas de cangrejos.

Pasadizos, cocinas, cocheras, escaleras, pórticos, patios recoletos, habitaciones remotas, por todas partes, jugando al escondite, perseguían los trenzudos de piel erosionada por los años a las pescadoras de sensuales ámbitos, entre el corretear de las ratas y el chisporroteo de los fogones de brasas que se encendían como sobreexcitados con las chorreaduras de la carne que caían de los asadores.

Las mujeres retrocedían, se escondían, se dispersaban. Por lo bajo estallaban vientos pestilentes. Una sola masa de trapos, manos, caras, pelo, mugre, congoja, miedo, en aquel primer día que las dejaron sus maridos mientras salían a pescar, indecisas entre la mueca tiesa de los tronzudos apergaminados y libidinosos, y las jaulas de las fieras untuosas y jadeantes.

Otro día redondo. Las fieras, doradas, cambiantes, con los belfos espumosos, entregadas a limpia de los colmillos, elafilamiento de las garras y las abluciones en los recipientes, siempre estrechos, en que les daban de beber agua.

—¡Surilo! ¡Surilo...!

El Alhjadito sacudía el muñecote de carne vestido de harapos sanguinolentos, en el corredorcito. Allí pasó la noche. Surilo rodaba por las córneas sus pupilas celestes que parecían de otra persona, dado que él era muy prieto, de alguien que por castigo hubiera quedado encerrado dentro de sus deformidades, y al despertar tratara de asomarse a saber lo que pasaba.

Se quejó, no tanto por las heridas y moleduras, como por la falta de su honda, sin dejar de pasear las pupilonas desamparadas, por los medios huevos blancos que le salían de los párpados.

¿Qué mejor paraíso para el que sufre que el alivio de su dolor? La voz del instinto se le oía a lo largo de su cuerpo en que todo era rotura.

El paraíso es el lugar en que ya nada de lo humano duele ni importa, así como el infierno, el sitio en que lodo lo humano duele más, infinitamente más.

Tirado largo a largo en el corredorcito, las moscas comiéndole la sangre de las heridas, como si fuera miel, colorada, Surilo se quejó con la cara pegada a la pared.

El Alhjadito, olvidado de sus antepasados prácticos y positivistas, para quienes sólo existía la materia, se acercó a decirle:

—¡Surilo, mañana estarás en el paraíso...!

XIV

¡Ana Tabarini barré y negro no malo, porque negro barré también!

—¡No, Pispís, los jefes barren con la cabeza, son escobas mayores, la cabeza es la mejor escoba!

—Pues barré negro jefe también con la escoba, no con cabeza, cuando está contento.

—Pero mejor que barrer, si negro me quiere ayudar, vaya trayéndose para acá aquellas redes de pino.

—¿El pino despenicado negro traé aquí, sin la ré...? No, con la ré mejó, con la ré má fácil.

Detrás del negro que arrastraba las redes de pino, mucho bulto y poco peso, el payaso Juan Zarco venía con abrazos de cañas de castilla y ramas floridas .para

completar el revestimiento del circo, adornado como para una fecha magna.

—¡Punción de gala, Pispís! —decía el payaso remedando al negro que no podía decir “función”.

El negro al arrastrar las redes iba dejando la mitad del pino en el suelo.

—Pispís está malgastando el pino... —gritó la Tabarini; vestía blusa blanca, pantalón de montar azul oscuro; en el cabello mojado, un peine; al cuello una toalla de motitas rojas.

—Neglo le cogé después..., ya va le cogé...

El Domador lustraba sus arreos para la función de gala. El sombrero de copa, las botas, los arneses. Todo relucía al sol meridiano. Mientras frotaba las botas juntaba saliva a dos carrillos, para luego escupir y con saliva alegre seguir sacando lustre de lujo a los arreos de charol y botones dorados.

Los chinos de los juegos de salón, ahora de cocineros, estrellaban huevos para el almuerzo, mientras se asaba la carne y soltaba humo tufoso a mar el caldo de pescado. Hablaban en chino o como decía Pispís en “cochino”, porque no se les entendía nada. Ratos se reían entre ellos, ratas se quedaban callados, como oyendo el aire. Al más viejo le hacían ruido los huesos. Articulaba casi palabras chinas con los huesos, vocablos de articulaciones que bajo la piel le conversaban. Era temeroso. Por todo se encogía. Su mirar de soslayo, su timidez, sus labios delgaditos, y su pelo ralo de muñeco en forma de surtidor desde la coronilla, hacíanle inconfundible entre los otros chinos iguales, tan iguales, tan exactamente iguales entre ellos.

—Rapail...

El Domador había juntado al tufillo sabroso del almuerzo más saliva de la necesaria para lustrar sus arreos. El chino Rafael le contestó con los huesos al volverse. Le dijo con las articulaciones algo así como “¿Qué deseá, yó...?”

—Rapail... —repitió el Domador tragándose la saliva que no escupió a los pies del chino—, ¿ya va a estar el almuerzo?

—Pelate latito...

El negro recogía el pino que regó en el suelo por arrastrar las redes, mientras Juan Zarco ataba los manojos de cañas de airoso mechón verde a la entrada de la carpa, donde estaban sembrados los palos negros de hollín para colgar las bolas de trapo empapadas en gas y sebo. Además de las cañas colocaba banderitas de todos colores.

El mono vino en ayuda de Pispís para recoger el pino. Daba gritos cortantes, agudos, insoportables.

—¡La punción de gala no pala changuito! ¡Punción de gala pala mí, negro, Pispís, jefe! ¡Punción de gala para jefe!

Ana Tabarini, la mano en el peine, el peine en el pelo, se quedó contemplando la pareja que formaban el mono y Pispís. Dos hermanos. El chino-conversación de esqueleto, tocó un trompetín agudo para anunciar fajina. El negro y el mono mantuvieron la alegría durante el almuerzo. Todos los demás mascaban embrocados

sobre los platos de arroz y caldo de pescado. El relincho de un caballo. Las moscas fritas en el aire caliente del mediodía. Las fieras bramando, horneadas, dormidas. Soñarían con uno de aquellos opíparos almuerzos de animal caliente, de sangre caliente, pulmonar, de pechuga y gorduras calientes. Lo que se come vivo, vivo queda en el cuerpo y por eso hay que comerse a los seres casi vivos, chorreando la vida de sus cavidades...

Nadie escuchaba la prédica filosófica de Rafael. El mono metía la mano enguantada de pelos negros en el plato de caldo dorado, donde nadaban ojos de pescado, en el plato He Pispís. Extraía del fondo, con la punta de los dedos delgaditos y uñudos, puños de arroz que al llevarse al hocico escupía. Muy caliente. Al chino le enfadaba que el mono desperdiciara el arroz.

—¡Si bota comida, changuito, negro va regañá! ¡Neglo jefe!

Por lástima y asco de ellos mismos, los circenses olvidaban que el negro era el jefe de la compañía y quizá por eso les molestaba tanto oír recordar su desgracia al chino Rafael.

Pispís intervino en apoyo de la opinión del chino, a quien envenenaba aquella forma de comer a cuatro manos en el mismo plato;

—Neglo jefe, changuito ayudante, si no bota el arroz.

En la coronación del sucesor de don Antelmo Tabarini no participó el Mandibulario por estar enfermo; pero ahora, ya sin fiebre, andaba por ahí devorado por el hambre de la convalecencia y rencoroso contra sus compañeros por haberse dejado imponer como jefe a Pispís. Rechinaba los dientes cada vez que pensaba en el negro como jefe, produciendo una especie de crujido de represa de agua. Una avispa había edificado un grano en su cuello de toro humano, ancho y corto. Se rascaba el cuello y la oreja de gigante. Con la mandíbula trajo su silla para el almuerzo. Sobre la silla un baúl, temeroso de que le robaran sus cosas, y sobre el baúl dos enormes piedras para defenderse, caso que libertaran a las fieras.

De ver comer al Mandibulario temblaba el chino Rafael. ¡Vámonos! ¡Vámonos!, le gritaban sus huesos de hombre de espinas de pescado.

Sólo sus omoplatos sentíanse seguros allá atrás. Y habría salido corriendo, si no hubiera llevado oculta, en un escapulario mugroso, una brizna de yerba del Tíbet. Caso de atacarlo el Mandibulario sacaría este talismán del bolsoncito tejido con cabellos sacerdotales y paralizaría al monstruo, hasta volverlo piedra.

Pasado el almuerzo, Pispís asomó en calidad de jefe supremo a dar la señal de partida para el convite que recorrería los caseríos cercanos al *Charco del limosnero*, anunciando la función de gala en honor del nuevo César de tiniebla y ébano, el dichoso sucesor de don Antelmo Tabarini.

Juan Zarco, el payaso, marchaba a la descubierta de todos, adelante, adelante, heraldo en un caballo canelo, sin estribos, colgando en el vacío sus alpargatas pintadas de dorado. Seguía, en una yegua negra, a toda marcha, Ana Tabarini en traje de tarlatana amarilla cubierto de estrellas rojas y cometas negros, escoltada por

cuatro chinos que marchaban en zancos a la altura de ella, luciendo trajes de mandarines de color de azafrán dorado, calzones violetas, medias negras, todos empolvados con harina de arroz igual que ratones de panadería, pelo de pita negra y dientes en un reír que no era de ellos. La risa forzada del que muestra los dientes al dentista o al espejo. El Mandibulario marchaba de mal humor, disfrazado de alemana y seguido por una nube de chiquillos que trataban de acercársele para tocarle el trasero hecho con almohadones gigantes.

—¡Culona...! ¡Culona...! —le gritaban los chicos, mientras el mono que le acompañaba en el convite, saltaba de su hombro de megaterio a su nalgatorio postizo.

Los más dignos del paseo eran los trapevistas, los equilibristas y el albanés tragafuego. Los trapevistas con las mallas carnales ceñidas al cuerpo, semejando mariposas que perdieron las alas en el vuelo de la muerte de trapezio a trapezio. El albanés fumaba y se comía el cigarro conversando a sopapos con la Mujer Barbuda, a quien los brazos le salían de atrás del cuello. Cerraba el paseo la carreta de los bandistas, sucios y hambrientos como nobles llevados a la guillotina.

Pispís se dejó caer. Dar con el cuerpo en el suelo. Celebrar así su gusto de dios negro al sentirse amo y señor del circo. En su piel lustrosa, del mejor charol, vibraban tambores de oscuro y retumbante clamor. Todo él era un solo tam-tam. Las tribus bailaban. ¡*Tam-tam!* ¡*Tam-tam!* ¡*Tam-tam!* Su corona de frutas y su cetro de flores. El bramido de las fieras. ¡*Tam-tam...!* ¡*Tam-tam...!* ¡*Tam-tam...!* De sus párpados esféricos salían las córneas, sin pupilas, y de sus labios, mordidos por sus dientes temblorosos, una especie de profecía llorona:

¡*Amó goró, baragá!*

¡*Amó goró baragá!*

¡*Abongó fangá!*

¡*Fangá...!* ¡*Fangá...!*

XV

La noche empieza a vaciarse desde que salen los luceros. Una pila llena de agua azul muy negro. Válvulas de oro dejan ir la sombra poco a poco y si no hay lúcelos, se varían por los fuegos de las chozas, o por los fuegos de San Telmo, o por los fuegos verdes, saltantes, de los huesos de los muertos.

Pispís, en esta atmósfera de luz de negro, asistía desde su trono al lado del Alhajadito, a quien guardaban las espaldas dos telúricos trenzudos, a la función de

gran gala que se daba en su honor y beneficio. Los ojos del sucesor de don Antelmo Tabarini se salían de cauce para abarcar el espectáculo. La música inflaba sus oídos. Todo él estaba lleno de gente, de luz, de sonidos junto a la pátina de soledad y silencio que rodeaba al pequeño Alhajado, cuyos párpados entreabiertos mordisqueaban con las pestañas sedosas lo que veían y lo que recordaban.

—¡Chaite, don Niño, si é duerme, Pispís lleva!

El Alhajadito oía la mazorca de marfiles que entre los labios color caimito desgranaban largas risas.

—¡Niño dormí, negro va llevá!

Ana Tabarini sobre una bola azul cubierta por estrellas doradas borrosas por el uso, corría de un punto a otro a lo largo de las alfombras que formaban caminos color de vino oscuro, moviendo los piesecitos como alas de carne, lucía en la mano una flor de pascua.

—Un hada... ¡mirá, don Niño...! ¡Y a de pedirle algo, don Niño! ¡Pedirle cosa que dé dinero, moneda! ¡El hada de la Boda del Mundo!

El cuerpo dibujado en el tornasol de la malla, entre hormigas de lentejuelas y una estrella sostenida en lo alto de la frente graciosa, Ana Tabarini seguía rodando la bola del mundo, Pispís decía la “boda” del mundo, y bajo sus plantas de alas rosadas pasaban las estrellas. Ir así como en bicicleta por el cielo, pensó el Alhajadito usando las estrellas por pedales...

—¡Niño no pedil nada... negro va a pelé corona si Hada de la Boda del Mundo no da dinelo, moneda... ojo muy abielto, don Niño!

—Quiero que me traiga una bicicleta...

—¡Quieta está aquí...!

Y Pispís acompañó sus palabras con el trazo de dos? círculos que se tornaron ruedas, al salir de la punta de: su dedo. Antes trianguló la bicicleta y un dibujo de cuernos fue el timón.

—¡No, negro, yo no quiero una-bicicleta así... quiero una bicicleta que en lugar de ruedas tenga esferas azules como la bola del mundo, con estrellas doradas, con bastantes, bastantes estrellas doradas!

—¡Quielo está aquí...!

Y Pispís con rápido ademán de manos, ojos y dientes» blancos en gesto alucinado, borró las ruedas de llantas de humo, del humo que salía de las bolas de gas y sebo que ardían a la puerta del circo, y en lugar de círculos, puso dos mundo a la bicicleta del Alhajadito.

—Quiero ir a pasear con la Señorita...

—¡Quielo está aquí...!

Y en diciendo así Pispís, cuya voluntad se obedecía al segundo, Ana Tabarini envolvió al don Niño en una música perfumada. Don Niño no veía a Ana Tabarini porque viajaba dentro de su cuerpo. Los que caen en el universo íntimo de una persona, como él había caído, extrañanse de verse igual que una sala de enseñanza de

anatomía: los pulmones, el hígado, la tráquea... Don Niño oía dentro del cuerpo de la Tabarini lo que él nunca había oído. Por fuera, el cuerpo de una mujer dice poco de todo lo que esconde. El Alhajadito dentro de Ana Tabarini huía en una bicicleta que en lugar de ruedas tenía don mundo azules. Huía de Surilo que le perseguía con una sola pupila de casimir celeste.

Se detuvo la Tabarini, más bien echó atrás la inmensa bola del mundo y él, por inercia, salió del redondo universo lanzado como las piedras de Surilo. Pispís tenía la mano blanca de la desgonzada entre sus manos negras. Los pescadores echaron a lo hondo de la carpa sus redes. A cada nudillo de red ataron una mosca de tempestad, para que ninguno de los saltimbanquis se diera cuenta y al levantar vuelo las moscas del trueno, todos quedaran presos en las redes ya palpables.

La Tabarini fue la primera que cayó en la trampa con todo y la bola del mundo. Igual que si se hubiera enredado en sus cabellos de sirena rubia, subía los brazos con ritmo de oleaje, sin poder libertar sus movimientos, enredándose más y más hasta quedar presa de aquella red que levantaron para dejarla en el vacío, sin poder rodar su mundo.

El Domador, con apoyo de los pescadores que exigían castigara a los culpables de la golpiza de Surilo, acababa de apropiarse de la jefatura del circo.

Ana Tabarini, colgada de una red, sin poder moverse, y el negro Pispís izado y prisionero en otra, balanceábanse a la luz de las luminarias de las bolas-de trapo, gas y sebo.

Las fieras salieron al centro de la pista para celebrar con su presencia imperial el triunfo del Domador que propinaba al negro eléctricos golpes con su chicote de amansar leones. Los caballistas celebraron el triunfo con las más bellas piruetas sobre sus caballos. El mono filosóficamente levantó la cola, para no sentarse en ella.

—¡Nadir...! —gimoteaba Ana Tabarini desde su red infamante y fácilmente inflamable con la amenaza próxima de las bolas de gas que despedían llamas, humo y escupidas de oro—. ¡Nadir...! —sus ojos de paloma, el cabello alborotado en la cara.

Al escuchar su nombre, el león balanceaba la cabeza melenuda, ensayando eclipses de sol botando lentamente sobre sus pupilas sus párpados mohosos de sueño, y rugía.

—¡Nadir...! ¡Nadir...!

El Domador reía de todos con la bota sobre el lomo de la fiera. A su lado, el Mandibulario también reía a cuatro risas con sus cuatro filas de dientes de bayoneta:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja...! ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo...! ¡Pispís y la desgonzada convertidos en volátiles...!

XVI

Nadir Custodio nació en una madriguera de las estribaciones rampantes donde la tierra conocida en aquel entonces dejaba de ser del Imperio de Diocleciano. Chiquitín, cegatón, parado sobre sus patas y manos grandazas, todos los astros de la noche caliente sabían que era sangre de aquel primer Nadir, león con alas que entraba a los templos a derribar altares en que se adoraba la Sagrada Hostia, hasta que un orfebre tuvo la celestial inspiración de poner melena de leona a las custodias burlando así los ímpetus sacrílegos del felino que a partir de aquel entonces se convirtió en guardián del ostensorio, historia que debió conocer don Antelmo Tabarini cuando bautizó con el nombre de Nadir Custodio, al último de los Nadires.

Joven de pelo dorado sobre la piel de vena, el león se paseaba por la jaula con la sed y el tumulto del agónico al reclamo de la vocecita raspante de Ana Tabarini. A veces se detenía y sacaba los ojos al infinito. Nadie dormía. El Domador había vuelto del camerino en que guardaba sus afeites y vestidos con el cabello de color vermut bajo su sombrero de alta copa, adornada con una plumita de pavo real, leva de botones dorados, encanutadas las piernas en las bolas lustrosas de humedad nocturna, y al extremo de la fusta, un ramillete de nardos.

—Ana Tabarini... —dijo levantando la cabeza hacia la red en que la desgonzada se agitaba como un ave caída en una trampa de hilos—. Ana Tabarini... —cortó al ver que aquélla trataba de escupirle desde la red, mas luego arrodillóse y alargando la fusta con el ramo de nardos en la punta, susurró—: ¡Perdóname, Ana Tabarini, mírame de rodillas presto a hacer tu voluntad si caes de esa red a mis brazos!

Ana Tabarini se revolvía en la red como un avechucho y quiso arrebatarse el fute, pero en la tarascada sólo quedó en sus manos el ramito de nardos que llevaba en la punta. Un aroma de tierra que la hizo gritar con más decisión y más angustia:

¡Nadir...! ¡Nadir...!

Los almendrones de azogue amarillento se adivinaban a lo lejos temblorosos de oscuridades azules, como si con sólo verla acudiera Nadir a su llamado y la libertara de la red en que los pescadores la habían hecho caer con ayuda de las moscas, no lejos del negro que pendía de otra red cerca de la pista, al lado de la entrada del público.

—¡Nadir...! ¡Nadir...!

Los senos. ¡Cómo eran blancos sus senos junto a los nardos! Olía a sal mojada. Había llorado y sudado tanto.

—¡Nadir, la pena me está quitando la sal del bautizo!

—¡Neglo diela los ojos, no ve y colazón no siente, pelo ta despielto...!—se oyó decir a Pispís por lo bajo— ...ta despielto neglo...

El Domador seguía arrodillado junto a la red en que colgaba la Tabarini. De la bolsa de parche que lucía su casaca, a la altura del corazón, le asomaba un cigarro puro.

—Pispís pide una sola cosa... —vio con tal amor la bolsa del Domador, que éste llevóse la mano para obsequiárselo, es caridad darles tabaco a los presos; bien que al tocar sus dedos el cilíndrico habano la risa retenida y cosquillosa del negro le hizo cambiar de actitud y sacudirle un ligero fustazo por las costillas a Pispís.

—¡Negro bandido, de hoy en adelante ya no podré querer más con amor puro a Ana Tabarini, porque has reído, mientras con la mirada decías al verme llevar la mano al corazón... amor puro en forma de puro...!

Restalló nuevamente la fusta entre los ojos de Pispís que parecía mirarle con anteojos, al sacar los ojos de la red en que estaba preso y colgado.

—¡Domado no pegá neglo! ¡Domado légala habano y neglo, contento, ploclama el pulo amol...!

—Atando cabos... —dijo el Domador, siempre con la rodilla en tierra ante la Tabarini, pero Pispís le interrumpió:

—¡No atá cabo, Domado desaté neglo!

Como agua hecha alambre de púas sintió el negro las salpicaduras del latigazo que aquél le tronó en la mejilla. El león pasaba y repasaba su cuerpo como sombra de bronce por los barrotes de la jaula.

—¡Naaa... dir! ¡Naaa... dir...!

Poca voz quedaba en los labios secos de Ana Tabarini.

—¡Anda domá tu male! —berreó Pispís, sin poderse llevar la mano a la mejilla, donde lunares de dolor le hincaban punzones de fuego. Por fin logró libertad una mano de la red que le dificultaba todo movimiento y gritó—: ¡Si el golpe me madula te vaa a matá!

Lloraba. Los negros tienen la risa y el llanto tan a disposición, tan allí no más.

—¡Que me baje de aquí y no te va a quedá güeso güeno!

El Domador con la rodilla en tierra frente a la red de Ana Tabarini que apenas respiraba, borracha de estar colgada, sintióse en ridículo y se habría levantado movido por un resorte si no recapacita a tiempo que cambiar de postura era perder para siempre las posibilidades de ver correspondido su amor. Vertical, a plomo el orgullo, parado, sin ella, ¡No!, ¡mil veces no...! Con la rodilla en tierra, rendido, inclinando su rubia cabeza a distancia para evitar que le escupiera, ¡sí!, ¡mil veces sí!, porque aunque lo escupiera, arrodillado, humillado, le cabía esperanza.

—¿Per qué no dije, per qué no parlé al tuyo padre de este mío amore, per qué...? Porque tu padre era sulfuroso como pocos, y me habría dado un masco con los ojos y escupido con la boca...

—¡Látima! ¡Látima que no hablaste; te come y no te escupe si no te...! —el negro hablaba con la lengua como rebenque, seguro de libertarse de la red, porque entre sus dientes filosos había empezado a ceder con saltitos de cabos sueltos las argollas de su cárcel; lo que procuraba ahora era no caer de golpe, la pena de agarrar las cadenitas que se corrían con sus mordiscos, sustituyó al disgusto de verse atado.

—¡Naaa...! ¡Naaa...! ¡Naaa...!

A lo lejos se oía al león pasearse desasosegado, por los gritos ahogados de Ana Tabarini, agónico de estar preso como ella. De sus antepasados sólo tenía el nombre glorioso y la melena de custodia.

—¡Sirenita, responde al mío tormento, y Nadir vendía a tus plantas y montada en él anunciarás al circo nuestra boda...!

Ana Tabarini abrió los ojos, los abrió más, más, más, para fijarlos en la estampa del Domador arrodillado y arreglándose el pelo, qué dificultad mover las manos en aquella red colgante, gritó:

—Domador, ¿has dicho nuestra boda?

Un salto de muñeco para besarla manos y mejillas, aunque el tímido y temido amante más besaba las redes de aquella cárcel de amor plateada de polvito de escama de pescado, y luego de otro salto atmosférico, hasta la jaula de Nadir Custodio.

—¡Tú, Nadir, eres mi yo de ovo, mi yo león, ven a lamer las plantas de la Domadora, cara mía; y tú, negrito, toma el puro y olvida el látigo!

Pispís, libre de la red de la que saltó sin que lo soltara el Domador, tenía ya cortadas las argollas para *zafar* el cuerpo, recibió el habano y se puso a echar humo, más humo que una locomotora salvando a duras penas el cigarro del mono que también era vicioso y al que se confió ahora que la aflicción se cambiaba en delicia, con estas palabras al tiempo de desperezarse:

—¡Y no me vayas a decil, mono, que así fuman los neglos en las bodas!

XVII

Los pescadores enjutos, más parecían raíces de manglar, vestidos de trapos viejos y cubiertos con sombreros de palma aludos y amarillentos, echaban remiendo a las redes en que se apresó a la desgonzada y al negro, para vengar a Surilo. Un trabajo silencioso. Sólo el movimiento de las manos. La cara pegada a la red, detenían por momentos, con los clientes fuera de los labios recogidos, los hilos que amenazaban irse, mientras los dedos ataban otros. No eran sólo las manos, sino las caras las que se movían entre las extendidas telarañas con peso de postas en los extremos.

A esa hora temprana los acompañaba el gotear de un caño al estanque y el sumergirse de los patos reflejados en un como resto de sueño profundo. La casa grande daba sombra de gallo sobre el patio vacío y los pescadores se divertían pensando que iba a cantar, a contestar a los otros gallos, después de sacudir la tiniebla azulosa de sus murallones como alas negras y alzar su cabeza de cresta roja en la

torrecilla cuyas tejas brillaban al solo pintar el alba, Pero ahora los pescadores completaban su visión al ver avanzar la sombra de gallo del caserón hacia la gallina inmensa de la carpa del circo que los del circo habían echado abajo para marcharle. Apachurrada esperaba el salto del galle negro.

Mendiverzúa, el más viejo de los pescadores, se sacudió las manos, las redes remendadas dejan cierta comezón en los dedos. Había terminado la faena. Luego echóse el sombrero hacia atrás, para dejar su frente caliente al aire y con la punta de la lengua ensalivóse un pequeño rasguño que le sangraba en el pulgar, cerca de la uña.

¡Bueno está que se vayan estos azucarados!, pensó al ver la carpa por tierra, lista para ser enrollada y colocada en los carros. Para Mendiverzúa los saltimbanquis no eran de carne y hueso, sino figuras de azucarillos pintados de colores, porosos, para, deshacer en el agua de la vida diaria y bebérselos con alegría.

Otros pescadores se le acercaron:

—Hay que ir recogiendo ya, Mendiverzúa...

—Yo digo...

Pero en la gran telaraña de red extendida en el patio, remendada, lista para bajar a la pesca, acababa de prenderse una visión inesperada. Ni el gallo negro ni la carpa.

Mendiverzúa timoneó la cabeza lentamente, sus orejas en el viento que empezaba a soplar, y detrás de su cabeza tornó todo su cuerpo con viraje de embarcación, para quedar de frente, el brazo izquierdo colgado en el olvido de su manga de camisa sin puño, rota, deshilachada, y el brazo derecho en forma de asa de jarra a su cintura. Los pescadores que habían empezado a recoger las redes, unos, otros, otros, todos se quedaron inmóviles.

El Domador. Sombrero de copa plateado sobre su cabello color vermut, levita, verde olivo con botones dorados, acanutadas botas de charol brillante y al extremo de la fusta, una varita de nardo. Pispís, habano en la Loca, chaqueta de tela a cuadros negros y blancos, corta de mangas, cuello de celuloide y corbata de gato de fiesta. Ana Tabarini desnuda en la malla pegada a la piel, los senos menudos, estrecha de cintura, largas las piernas, sin mucha nalga. Y tras ella. Nadir, la gran custodia de su melena al viento, ensimismado, dichoso, sin más estorbo que él mismo para sentirse plenamente feliz.

Por las redes de los pescadores tendidas en el patio, mientras éstos formaban grupo de gente que ha perdido el movimiento donde Mendiverzúa seguía clavado, pasaba Ana Tabarini como una diosa sobre la bola del mundo, sin enredarse en aquellas cárceles de argollas en que tampoco se enredaban el aire, la luz ni el agua, obedeciendo al látigo del Domador qué la guiaba con chasquidos de besos en punta de nardo, entre el negro goloso de puro y el célibe Nadir.

La sombra en forma de gallo negro de la casa empezó a recogerse, a dejar sola a la inmensa gallina blanca de la carpa, y por las ventanas fueron asomando los trezudos con ruido de pájaros que se golpean en las jaulas.

La Mujer Barbuda oculta tras uno de los cortinajes de la alcoba en que el Alhjadito dormía, propuso que lo despertaran:

—Hay que abrirle los ojos a ese niño... No puede ser, ábranle los ojos...

Ana Tabarini seguía deshojando sus movimientos sobre la bola del mundo que rodaba al impulso de sus plantas por el patio soleado entre el grupo de pescadores, el trío formado por el Domador, Pispís y Nadir, y los trezudos que bajaban por las escaleras con jaulas de pájaros, regaderas de agua, cañas de azúcar.

Pero se habían ido, se habían ido borrando los del circo hacia el *Charco del limosnero*, seguidos por los carros tirados por grandes caballos en que viajaban las jaulas con los tigres, la carpa, el utillaje, los viejos, las mujeres, los niños. Borroso entre la polvareda, Surilo voleaba la honda sobre su cabeza apuntando a las ruedas de los carros trastumbantes cada vez más hundidos en la cañada.

Sobre la blanca sobrefunda bordada, en lecho de pluma olorosa, dormía el Alhjadito, pálido, cejijunto, y casi adivinábase su vestido negro bajo las holandas de nieve. Hasta para dormir lo vestían de negro.

Detrás de la casa, entre los cortinajes, junto a la Mujer Barbuda, apareció el Mandibulario. Éste movía las quijadas para rechinar los dientes ante los trezudos atónitos y les hizo seña de ahuecar porque él ya se iba. Barrió la mano hacia la puerta para decirles que se fueran y salió tras ellos preguntándoles por el payaso. Lo oyó roncar en el comedor. Dormía con el cachete aplastado sobre el mantel de la mesa. El Mandibulario lo tomó de la nuca y lo bajó por las escaleras, seguido de la Mujer Barbuda.

—¡Mandíbula, Mandíbula... —le iba diciendo la mujer con barbas— cómo te pareces al Mal Ladrón!

El Mandibulario se la quedó viendo con sus ojos de animal. ¡Compararlo con el Padrecito... Adulona. Y no se le movió un músculo. La marmórea indiferencia de los grandes de la tierra.

XVIII

La bola del mundo en que iba, pie de ala, Ana Tabarini apelmazó la arena de la playa rojiza del pequeño lago. Sus cabellos a favor de la brisa amorosa jugueteaban tras los pabelloncitos casi vegetales de sus orejas, sobre sus hombros y su espalda. Nadir Custodio hundió la cabeza entre las linfas para coronar su melena de flores. Manoteaba perseguido por las mariposas.

Sin detenerse más en aquello que parecía la última función del circo al aire libre, Mendiverzúa y sus hombres entraron a sus maderos cavados para internarse en el lago.

—¡Estos muñecos de rosicler acabarán por hacernos perder la mañana, ya lo verán ustedes! —sentenció Mendiverzúa.

Los remos batucaban el agua, grandes como paletas de panadería, grandes al reflejarse en el cristal y verse dobles, sensación visual que facilitaba su manejo, porque en verdad eran pequeños. Se alejaban los pescadores de la playa. El viento soplaba favorable. Pero aún estaban cerca de la tierra, entre el oloroso fresquedal de los árboles sobre las aguas, cuando Ana Tabarini vino de punta de pies sobre la bola azul y estrellas pintadas a buscarlos, alegre, titubeante. Y con ella, burbujas y reflejos, el león, el Domador, Pispís y el Alhajadito.

—¿He venido tarde a la ceremonia...? —preguntó el Alhajadito en forma de disculpa.

Ana Tabarini, a quien los chinos cubrieron con un velo de seda de un solo gusano, echó pie a tierra con gracioso saltito atrás para empujar la bola hacia los pescadores.

Mendiverzúa creyendo que se le había escapado remó tras la estrellada esfera sumergida hasta la mitad del agua, para devolverla a la saltimbanqui y rogarles que siguieran camino; pero la bola del mundo, como si Ana Tabarini la llevara bajo sus pies escapaba veloz al impulso de la brisa o bien, cuando ya Mendiverzúa le daba alcance, se sumergía caprichosa bajo la canoa reflatando más adelante, más lejos.

El sol canicular y su loca empresa empezaron a marear a Mendiverzúa. Otros pescadores se acercaron. Era un juego de frágiles maderos flotantes tras la bola del mundo. ¿Quién infundía voluntad a tan tremenda burladora?

Mendiverzúa se dio por vencido y volvió a la playa donde esperaban los circenses y el Alhajadito. Sus barbas cosidas a latigazos de viento, empapadas en agua dulce, sus brazos faltos de acción de tanto remar, su cuerpo con olor a perejil, siempre que sudaba olía a perejil, ya sin camisa, mostrando su musculatura de titán viejo.

Antes que Mendiverzúa amarrara la barca, saltó Ana Tabarini para salir en persecución de la bola mágica. Sólo que ella no intentó acercársele, tomarla con las manos y traerla. Una de las redes de pescar le sirvió para atraparla. Un monstruo de forma redonda, azul, sin ojos, con estrellas en lugar de aletas.

Cuando Ana Tabarini volvió a la playa empezaba el crepúsculo. Los Nadires del cielo, doradas nubes de la tarde acompañaban como familia silenciosa a Nadir Custodio. Todo el amor del claroscuro buscaba fijeza de escultura en las actitudes del Domador. Mendiverzúa con los ojos anhelantes bajo los algodones de sus cejas canosas, entre las barbas y el bigote, contó el dinero recibido a cuenta de futuras entregas de pescado.

—¡Mendiverzúa!

El viejo pescador levantó la cabeza agobiada por la pena de sus compromisos hacia la Tabarini, a quien de un golpe con el remo habría lanzado de cabeza al

camposanto sin cruces que cubría el agua de aquel lago miserable, cementerio subacuático en que los esqueletos de los muertos se, mueven como en vida; bostezan con las quijadas flojas, alargan y encogen los brazos para ir nadando de un punto a otro, sacuden los pies cuando es mucha la comezón de las burbujas, se encucillan para hacer necesidades que no hacen, alzan las manos como amenazados de muerte, aplauden, cabecean, se abrazan cuando se encuentran, se golpean, toman actitudes de parejas amorosas, atravesados por reflejos y peces que juegan entre sus costillas como en jaulas sin corazón.

Mendiverzúa aplacó sus protestas de hombre práctico al que le duele perder un día, por lo que significa en dinero, en ganancia. Nadir Custodio se le acercaba y sin el auxilio del Padrecito de su Cuerpo de una sola manotada acabaría con él, pero el león se le echó encima con dócil alegría de bruto que juega respirándole en la cara, en las barbas, como un fuelle caliente. No podía ser más amable. En el suelo, pues lo había derribado la bestia, Mendiverzúa hizo promesa de limosna y visitas al Mal Ladrón. Que me maltrate, pero que no me coma... Que me maltrate, pero que no me coma..., decía entre dientes, temeroso de que el león que hasta allí jugaba con él, fuera a oírlo y se enfureciera.

Repuesto del susto, Ana Tabarini lo ayudó a ponerse de pie, rodeado por todos, el payaso, el Mandibulario, la Mujer Barbuda, el chino Rafael, el mono changuito, Pispís, los caballistas, los trapevistas, el albanés tragafuego y el Alhajadito; aquélla le dijo:

—Si eres el más viejo pescador de la comarca, bendice nuestro amor, nuestra boda. Juramos ante este mundo azul tachonado de astros de papel dorado amarnos mientras haya día para nosotros. No juramos por la eternidad que no existe, sino por los días que nos quedan que esperamos sean muchos y todos como el día de hoy.

—Mientras en las ruedas de los carros vaya rechinando los dientes Mandíbula... —agregó la Mujer Barbuda.

—Mendiverzúa, bendice nuestro boda... —suplicó el Domador colocándose a la par de la desgonzada.

—Pues si es así, no me pesa haber perdido el día —dijo el pescador— y declaro ante el Padrecito de nuestros cuerpos que fecundó lo mejor que tenemos que es nuestra muerte, muerte sin más allá, que estos dos son marido y mujer. Faltan los testigos...

—El Alhajadito... —dijo ella.

—El León... —dijo él.

—El Payaso... —dijo ella.

—Mandíbula... dijo él.

Los carros de la comitiva siguieron camino esa noche, al terminar la ceremonia. ¿De qué hondas se desprendían las estrellas fugaces? El hondero dormía despernancado, deforme, los bíceps de sus brazos como nidos de músculos, ni cabeza ni cara, pelo. Había tomado de aposento el corredorcito.

XIX

Mendiverzúa soltaba las manos de las redes para contestar. No le andaba la palabra sin las manos. Hablar, pero con las manos libres, porque el que habla, como el que nada, se ayuda con los ademanes. Un ademán que se va y otro que viene. El Alhajadito se le apareaba para ayudar en remiendos menores. Pero con lo que lo hacía hablar, más que ayudarlo le robaba tiempo. Niño ladrón de tiempo. Todos los niños son ladrones de tiempo. Viven porque se empeñan en hacer suyo el presente que le es ajeno, sólo el presente es tiempo y a ellos qué les importa que pase. Mejor que pase para ellos. El presente de los otros y el tiempo de las cosas. Si no fuera así no crecerían, se quedarían niños siempre. Los días, los días, los días... Se los van apropiando y se van haciendo hombres.

—Mi niño... —Mendiverzúa salió de sus pensamientos entre telarañas de humo de tabaco, en busca de la contestación que necesitaba darle al Alhajadito—. Mi niño, no sabría y aunque lo supiera, no podría decirlo, pues todas éstas son más bien suposiciones, supuestos, suponencias...

—Pues como supuesto... —compungió un poco la voz el Alhajadito, preso de dos y manos en los trasmallos que remendaban, y preso de ojos en los hijos de humo de tabaco que iban formando una red diabólica de pescar pensamientos.

—¿Cómo, supuestos? —paladeó el viejo la frase del Alhajadito en tono de pregunta. Entre sus barbas y el humo se abría y cerraba la boca de labios carnosos, mientras medía la respuesta con las varas de saliva amarilla de tabaco que se le iba por al garguero.

Tragó y adujo:

—Supongamos... ¡Tampoco, mi niño, tampoco! Su... poner es poner el “su” de uno como hecho.

Y luego pensó para sus adentros:

¡Pero, qué otra cosa pretende, este preguntón del diablo, sino alimentar su curiosidad con mis suposiciones!

—Sí, don niño —articuló después—, la radiz es ésa. La radiz de todas las cosas es ésa. Por la injundia se conoce al hombre y la suya es grande y heredada ínfula y enjundia. ¡Ah pero eso sí, que sí, hay que saber diferenciar al enjundioso del infuloso!

Y después de un silencio añadió el viejo, al tiempo de retomar el trabajo de las redes, suelta la voz y el ánimo alegre:

—¡Pues sí que tiene gracia, yo, tamaño lobo de mar y ustecito tamaño preguntón en busca de la radiz de todo lo que pasó aquí en su casa!

El Alhajadito se le acercaba con el pretexto de rematar un nudo difícil en un remiendo, la red anillada de sus dedos, para sentir si estaba vivo aquel santón viejo, barbudo, cejudo, sucio de lodo y agua. Todo lo que respondía a sus preguntas vivas era tan muerto, tan lejano, tan soslayado.

—Hasta aquí se traían mi niño, riquezas de riquezas en muías de gran alzada, a

lomo de indio, o en trenes de carretas tiradas hasta por siete yuntas. ¡Fue el tiempo bueno del liquidámbar y de encandilar barcos en los cayeríos con luces de caña fósil, que semejaban faros!

Mendiverzúa sacó el pecho velludo de su camisa color de sal sucia, sin soltar el suspiro o pellizco de corazón que se le entelarañó en las costillas al tiempo de parpadear en señal de disgusto.

—¡Niño, suénese esas candelas! ¡Bonito estaba, que se fumara los mocos! ¡Chupa que te chupa, como humo de tabaco! ¡Por eso es mejor que humen desde chiquitos, más vale humo que mocos!

—¿Y dónde quedaban esos parajes de acecho? —inquirió el Alhajadito, haciéndose visera con la mano sobre los ojos como si atalayara al enemigo para sorprenderlo, gesto que disolvió en el movimiento de su diestra para atacar con la espada y terminó en un hundir la cabeza en los hombros, como si se escabullera.

—¡En el mar, mi niño, en el mar...! —y añadió recordando los gestos y muecas que el Alhajadito acababa de hacer—. ¡Y mi niño sabe más que yo...!

—Encandilaban los barcos... —soltó el Alhajadito, con la voz esponjosa, porosidad verbal que induciría al viejo a colar otros recuerdos por el trapo gastado de su memoria.

—Sí, encandilaban barcos en la costa con luces que simulando movimiento de faros, los atraían a promontorios de rocas donde la tierra es como un pie calloso y juanetudo. Por eso digo yo, mi niño, que les llaman cayos. De la oscurana o de la neblina azul de la noche, emergían los navíos siguiendo confiados las luces de los fingidos faros, hasta destrozarse en los arrecifes y naufragar, momento que aprovechaban los Alhajados, ocultos y al acecho, para rescatar la carga antes que la nave se fuera a pique con lo que se conseguía llenar esta casona de oro, tabaco, ron, armas y riquezas. Y todo iba muy bien —siguió Mendiverzúa— hasta una noche, ¡malhaya sea!, en que cayó en la trampa, un barco pirata. Cuando se tocó a la degollina, los Alhajados dieron muestra de lo que son los hombres poseídos de rabia de huracán. Y tras la lucha de una noche, y un día de neblina oscura, prolongación de la noche en otra noche, los Alhajados, que seguían invencibles, fueron invitados a conferenciar con el capitán del bergantín de fuego, que se sumergía entre las olas hecho pedazos en los peñascos, sin llegar a desaparecer del todo pues emergía sostenido por una fuerza extraña. No era un barco de piratas. Es decir, si era de piratas, pero lo comandaba el Gran Diablo. Los Alhajados subieron con sus trajes negros destrozados en la lucha, destilando agua y sueño de sus ropas y los ojos, el agua de sal seca les hacía sentirse, al mismo tiempo que ágiles, escamosos, a una canoa que fue por el flanco del barco que se hundía hasta colocarse a proa y subir por una escala sostenida por demonios armados de trabucos y espadones. “Soy el Gran Diablo”, les dijo aquél. “Y con eso, qué hay...”, le contestaron los Alhajados. “Hay un pacto...”, les contestó el malo, “habéis perdido muchas almas y necesito de vosotros.” “¿Y no tenéis bastante con los piratas?”, preguntaron aquéllos. “¡Almas de

perros sarnosos que ya son más, no me tientan! Vuestra cosecha es mejor. Caballeros de alcurnia, clérigos, monjes, obispos, damas, doncellas, todos los que Naufragan cuando vuestras luces, como faros bienhechores los atraen a la costa más brava y solitaria que he conocido.” “Es nuestro comercio, afirmó orondo uno de los Alhajados, y si de ahí deriva ventaja para vos, a qué firmar pacto alguno, ¡re-Dios!”. El Gran Diablo, que vestía de pirata, dio un salto. Ni en salsón de blasfemia, le gusta oír la palabra Dios. “¡Pues nos hundiremos!”, vociferó. “¡Pues nos hundiremos!”, le contestaron los Alhajados, y se supone, se supone —tomó aliento Mendiverzúa— que desaparecieron en las profundidades del mar.

Los perros de los pescadores, chuchos hediondos a humedad con fuego, atrapaban las moscas que atraídas por el olor del pescado dormido en las redes y recalentado al sol, volaban bajo sobre sus cabezas orejadas, sus lomos y sus panzas. Las cabezas de los canes electrizadas por la molestia volátil se lanzaban con el hocico de punta. Lengua y succión al mismo tiempo. Y al quedárseles la mosca entre anhelo y aliento, afuera y adentro, revoloteándoles en la garganta, se erizaban, se sacudían, daban brincos y vueltas, hasta concluir por tragarse aquel cuerpecito que sentían como zumbándoles en las orejas, cuando ya era motivo de basca en su gargüero, tan rápido cazaban a la tarascada.

—¡Mi niño, cierre la boquita, se le puede ir una mosca!

Pero el aviso fue tarde. Cuando el Alhajadito quiso juntar los dientes y apretar los labios, ya una mosca le revoloteaba dentro de la boca, y no la podía escupir por más esfuerzos que hacía. Le andaba sobre la lengua alargada, bajo la lengua encogida, sin poder volar .y sin dejarse escupir pegándose a sus encías salivosas, a sus dientes, a sus muelas.

Hacía la más extrañas muecas, quejoso, babeante. Todo lo que de la mano le cupo en la boca, hasta medio asfixiarse y llamarse vómito. ¿La sentía? ¿No la sentía ya? ¿La escupió? ¿Voló? Por poco la masca. Sin perder tiempo, tras escupirla, sacó el pañuelo y limpióse los dientes, la lengua, el galillo.

—¿Y salió alguno de ellos del fondo del mar? —atrevió el Alhajadito, con la voz gastada por la faena de expulsar la mosca de su boca y la contrariedad de aquel nefasto contratiempo, ahora que Mendiverzúa se mostraba resuelto a entrar en “suponencias”.

—Todos salieron —contestó el viejo con la voz restallante—, sólo que cada uno de ellos, disposición del Gran Diablo, se convirtió en jefe de piratas. Corsarios, bucaneros, un familión de Alhajados repartidos en los mares, salvo los de la raza del Azacuán, que se reintegraron a la casa, con la advertencia de esperar el regreso de sus hermanos, pues todos han de volver. Desaparecieron, pero volverán de un momento a otro. Cada noche se les espera, cada día. Y por eso usted, mi niño, más que Alhajadito, es Azacuancito, pelopluma entre tierra y amarillo, pelo y huesos como su abuelo... qué su abuelo, su tatarabuelo...

—Pensé, más bien creí que era mi bisabuelo...

—¡El penseque y el creique son causa del equivoque...!

XX

Y palabra el viejo, palabra el niño, llegaron al corredorcito.

Mendiverzúa, sin saber que hablaba con el que se creía dueño del múmero espacio techado tan a la intemperie y tan a trasmano, explicó que era lo único que subsistía de la casamata en que los Alhajados guardaban la santa pólvora y que la santa pólvora voló al final de un día de aire de fuego.

—Años después —aprontó el viejo más datos—, olvidada la explosión y el incendio, cada 29 de febrero, Día del Mal Ladrón, Patrono de los Años Bisiestos, los Titiritantes daban funciones de títeres que tiritaban, muñecos de ojos bizcos, hablar tartamudo y temblor de resorte.

Y, contra lo que esperaba el Alhajadito, el viejo pescador no dijo más de aquel pequeño espacio cubierto, lo único que se salvó de la explosión y el incendio, por hablar, haciéndose lenguas de las hazañas del Azacuán, Alhajado del que se contaban supuestos tan singulares, como el de su boda con un barrilete.

—¿Con un barrilete...? —rio, incrédulo, el Alhajadito.

—¡Sí, mi niño, con un barrilete! Parece cuento y no es cuento. Un día se ausentó el Azacuán y ya cuando todos lo daban por desaparecido, criados y pescadores no lo esperaban más, contentándose con repetir “¡Desapareció! ¡Desapareció!”, oyeron detenerse su caballo, sacar chispas con sus herraduras al gran patio de piedra de la casa, y le vieron descabalgar con una luz negra en el pecho, la mujer que traía robada, en el bolsillo...

—Un retrato...

—No, mi niño, mujer de carne y hueso...

—¿En el bolsillo?

—En el bolsillo. Se llamaba Índiga. La conoció en la ciudad al salir de su clase de piano. Colegiala espigada, de ésas que parece que se han tragado una vara de lirio. Vestía blusa blanca y faldita escocesa, la mata de pelo en una trenza en que brillaba el arcoiris de una cinta de colores, medias al tobillo y zapatos sin tacón, redondos de la punta, estilo alemán, comprados en un almacén alemán, propiedad de un alemán casado con una señora alemana.

Mendiverzúa encendió un tabaco prieto de humo loco, rascóse las barbas de pescador, encanecidas de reflejarse en el agua, y dejándose caer en la grada del

corredorcito, el niño sentóse a su lado, continuó:

—La tarde en que el Azacuán, Nuestro Señor, dispuso robar y hacer suya a la colegiala, la siguió al salir de su clase. El sol de media tarde la bañaba de frente, Índiga, cegada por el resplandor solar, no se dio cuenta del personaje misterioso, vestido de negro, que le pisaba los talones para dar caza a su sombra y menos cuando el pie del Azacuán, calzado con borceguí de luto, retuvo parte de esa parte de su personita que avanzaba tras ella. La sombra de su cuerpo quedó presa del pie del Azacuán y se fue alargando y alargando, como talco elástico, como el tacto de su trenza, mientras ella se alejaba, hasta que se rompió. El Azacuán, levantó el borceguí que oprimía contra el suelo parte de la sombra amada y antes de ocultarse el sol, recogió el pedazo, lo enrolló como papel de china negro y, enigmático y silencioso, descalzándose los guantes, lo guardó junto a su corazón.

—El caballo listo —siguió el viejo, plácida la cara tras el humo enloquecido—, el Azacuán, Nuestro Señor, dejó la ciudad al galope en medio de la noche titilante y al sentirse en sus dominios, al solo entrar a la casona vacía, puso manos a la obra en lo que era de hacer, antes que aquella piel dormida al despertar lejos de su dueña, se transformara y echara a andar como serpiente de sombra.

Lo criados trezudos lo miraban atónito, sin creer a sus ojos.

Un Alhajado había vuelto a casa con una luz negra encendida en el pecho. Era el primero que retornaba, pero después quizás regresarían todos.

El Azacuán puso manos a la obra. Cruzó tres varillas de caña de canasto que atadas al centro le dieron seis ángulos, uno más de los cinco que formaban la mano de su estrella, ángulos que cerró después con un hilo tenso fijado en los extremos de las varillas abiertas en doble abanico.

Hecha la armazón del barrilete, girándula sin pólvora, estrella sin luz, la apoyó sobre la tibia sombra de Índiga y con dolor de tijeras fue cortando la forma del hexágono que con mocos de almidón pegó al hilo del contorno, igual que el parche de un tamborcito de papel sonoro.

Le faltaban los flecos. Es decir, los cabellos de Índiga. Se los hizo a tijeretazos con el sobrante de la sombra. Pronto estuvieron la cola de trapo y los frencillos fijados a la espalda del barrilete, a él le parecía haberle puesto frenos de hilo a la espalda amada, frencillos que partían uno del centro y los otros dos de los hombros o extremos de las altas varillas del ángulo superior contrapuesto al ángulo inferior, donde iba la cola y equidistante de los lados revestidos con los flecos ensortijados, volanderos y sin peso, partidos en dos haces, como su mata de pelo.

No quedaba, para que el ensalmo se cumpliera, sino volar el barrilete hecho con el pedazo de sombra de la colegiala, entre el sol y la luna, esa tarde, esa misma tarde.

El viento lo arrebató de las manos del Azacuán. Nuestro Señor, y lo levantó en seguida sobre el horizonte, sujeto al hilo que el Alhajado iba soltando de su corazón, carrizo inacabable.

Hilo y más hilo pedía Índiga convertida en barrilete. Alejarse, alejarse lo más

rápido posible del ladrón de su sombra. Ignoraba hasta allí que su vida estaba atada a las manos del Azacuán por un hilo.

Pronto fue la manchita de una mariposa negra en el claro-azul de la tarde con luna, y más pronto un pájaro de pelo de mujer que conversaba.

“¿Me quieres?”, preguntaba el Azacuán, y el barrilete contestaba a distancia, cabeceando de un lado a otro... “Que sí... que no...”

“¿Me olvidarás”, inquiría el Alhajado con un golpecito telegráfico en el hilo, y el barrilete, agitándose de un lado a otro, hacía tronar sus cabellos en el viento, cabezazos balanceados por el peso de la cola que parecía rubricar sus dichos al recoger y extender, como culebra, su látigo dormido, mientras sonaban como cuerdas tensas los frenecillos convertidos en frenesí amoroso.

No oscurecía y mejor que no oscureciera, la luna iba sustituyendo al sol, claridad de yema y clara de la tarde que se alargaba prolongando el noviazgo del Azacuán y el barrilete.

Pero, por fin se deshuesó el crepúsculo y la carne del cielo sostenida en las vértebras de oro de la noche, hizo suyo el barrilete que siguió volando invisible, como invisible estaba Índiga, en la ciudad, su existencia apenas sostenida de aquel hilo que el Azacuán, Nuestro Señor, además de pulsar con sus manos enguantadas de negro, se anillaba en los dedos como si fueran las argollas de sus desposorios.

“¡Índiga, la llamaba con papelitos que envió a través del hilo como correos: no puedo subir hasta tu cielo, pero baja tú hasta la tierra!”

En el firmamento techado de astros, se recortaba en negro la cabeza de Índiga, con los flecos de los cabellos agitados, revueltos, contestándole que sí.

Un cohete de oro rayó el cielo nocturno. Apareció y desapareció en un instante haciendo lo fugaz del tiempo más fugaz. Desapareció como las esposas de los Alhajados. Pero Índiga no desaparecía, atada de un hilo a su destino. ¡La tenía! ¡La tenía! y empezó a llamarla, a recoger el hilo que los separaba y ataba, a dos manos, a dos manos multiplicadas por cuatro, por ocho, por cien manos llamándola, recogiendo el hilo del barrilete hasta tenerla a la distancia de sus brazos.

Cerró los ojos arenosos de llantos sobre la carne fría de su cautiva. Los flecos de su cabello con olor a nube de agua perfumada. Su cara de piel de papel. Las varillas de sus huesos de caña en las clavículas, las piernas, los brazos, las costillas...

La llevó hasta el oratorio del Mal Ladrón y allí arrodillóse junto a ella, a dar gracias al Padrecito que le había permitido robar a Índiga de su mundo, de su cielo, de su clase de piano, de sus ropas de colegiala, de su sombra solitaria, solitaria en la tarde, de su zapatos estilo alemán, comprados en un almacén alemán, de un alemán casado con una señora alemana.

El barrilete había hecho el prodigio. Fiestas de aguas de colores de día y de fuegos artificiales de noche. Los trenzudos, untados de maldiciones y reniegos, abrieron las ventanas. Todas las ventanas de la casa grande borbotaban de luz, de sueño, de astros y de las pesias de la servidumbre cobriza y melancólica, a pesar del

estreno de ropas y zapatos.

Cerróse la puerta de la alcoba con el Azacuán y el barrilete y todos los invitados se retiraron en silencio; pero qué de músicas afuera, qué voracidad de pueblo enfermo de esperar, resarciéndose esa noche con manjares criollos y aguardiente de caña.

Índiga murió joven. El hilo se cortó una noche y se vio caer un barrilete en *El charco del limosnero*, un gran pez de sombra, los flecos como escamas natatorias, sin ojos, cabeceando en el líquido al compás de la cola de reflejos.

—Ésta es la leyenda —se rectificó el viejo, humo y barbas, ojillos y orejas, pómulos y dientes manchados de nicotina—, la verdad es otra. Al morir Índiga, murió al dar a luz a un infante, su bisabuelo, mi niño, mientras todos la lloraban, a los trezudos que cerraron precipitadamente las ventanas, no les pastaba el temblor de cuerpo, se tendió su cadáver, parecía dormida, sobre un catafalco de larguísimos trapos negros y promontorios de flores, y de allí, en medio de las exequias, la arrebató el Azacuán, cegado por las lágrimas, las manos sin guantes, hueso y pellejo húmedos de sudor mortal, un azabache gigante, como mendrugo de noche negrísima, en el anular, y la llevó hasta *El charco del limosnero*, para depositarla con sus propios brazos en el lecho más blando que pueda pedirse.

Índiga se hundió en el líquido como un sueño y a pedido del Azacuán, Nuestro Señor, le entregaron una cogulla a la que se habían cosido con hilo nocturno grillos vivos que por donde iba él lloraban con melancólico chirrido.

El pesar lo enloqueció. Vestido con la cogulla bordada de grillos, pedía limosna por los caminos y buscándola en los espejos, desapareció una noche en las aguas del *Charco* que desde entonces se llama *del limosnero*.

—Pero tuvo otras minucias. Por el pesar sin duda. Miraba ángeles que pasaban a través de otros ángeles, como las nubes a través de las nubes, embistiéndose, chocándose, sin detenerse en su carrera. Ángeles a través de los ángeles era, para él, la expresión de la poesía pura. Pero, uno de esos ángeles se extravió y cegado, la luz de la tierra en oscuridad profunda para ellos, tomó el hombre por un ser angelical y pasó a través de su cuerpo.

Ni el hombre quedó igual ni el ángel se fue el mismo. En el hombre prendió lo angélico, la poesía, y el ángel se llevó al cielo el mensaje de la prosa humana.

—Véngase mi niño —lo levantó el viejo de la orilla del corredorcito donde estaban sentados— algo que dejó escrito de su puño y letra, el Azacuán. Está en el oratorio del Mal Ladrón, a donde antes del siglo venía el Gran Diablo a decir misa, y no se crea, mi niño, que vestido de rojo con cuernos y rabo, sino de sacerdote, con su gran capa prieta, su sombrero negro tizón y sus zapatos con hebilla, el breviario en la mano y en la cara pucheros de casto.

El Alhajadito lo siguió hasta el oratorio y en un cajón de la sacristía oloroso a cirios quemados, hallaron lo escrito por el Azacuán, en un pergamino.

Antes de leerlo, Mendiverzúa le confió al Alhajadito, que a ese su antepasado, lo apodaban *Mastuerzo*, no se sabe si por torcido o de mala suerte, o por retorcido,

como un resorte, por su manera de ser.

Y he aquí lo que se leía, aunque bastante borroso, en el pergamino:

“...Donde se sueltan las pendientes propensas al ensueño. Donde se olvida un amor antiguo por aducir creencia a uno nuevo. Donde empalman las calles con las calles y se desvanece el presente al choque del aire que viene siendo miedo de las cosas sumergidas en ellas mismas. Donde la oscuridad contenida con madurez perdurable sorteada cada noche las escaleras de lo pálido en las costas de la adaptación a las flores y a los árboles. Donde la Tierra se hace al Norte, señalado por la brújula de los pájaros con_ precisión melódica en los diamantes de la luz. Donde se aviva lo conseguido de afuera adentro por confrontaciones presentidas de adentro afuera, gratas al suceder y jamás devoradas por lo dispuesto. Donde el lirio se ve solo entre los lirios confabulados antes de la venida del invierno con la muerte y se dan semillas de claroscuro y felices equivocaciones de verano. Donde escasean las señales de los sobrevivientes y se recogen el hambre y la sed de la tierra para saludar a los hombres sin sed y sin hambre de las ciudades ecuménicas...”

XXI

Atado al corredorcito por una cadena de pasos infantiles, tantas veces fue hasta allí y tantas no, porque también el recuerdo de las veces que no fue lo ataba, el Alhajadito se relame el gusto a miel de caña que tenía en los labios cuando lo descubrió, aquella mañana, como el único sitio de la casa que por estar abandonado y no tener dueño, podía ser suyo. Fue suyo. En su imaginación, pero fue suyo. ¿Qué otra cosa es la propiedad sino imaginación? Imaginativamente se adueñó del corredorcito. Nadie le disputó el derecho adquirido por su sola fantasía. ¿Qué otra base tiene la propiedad, sino la ficción? Lo mío, lo tuyo, lo del otro, pura fantasía. Suyo. Ahora ya no lo era. La propiedad se pierde cuando se olvida. Ahora ya no corría allá en busca de la rendija que daba al misterio, aunque seguía creyendo que en aquel sitio estaba la entrada a las bóvedas que comunicaban el caserón con el cementerio sumergido en *El charco del limosnero*.

Había buscado tanto. Las criadas rumiantes no lo dejaban dormir. Hablaban en la cocina, pero no lo dejaban dormir. En el galpón todo lo movable fue removido con ayuda de Surilo, cuya masuda humanidad, respondía a una serie de músculos supernumerarios que lo hacían apto para los esfuerzos más brutales. Los barriles con cenizas y monedas, unos bolsones de cuero en que se guardaban residuos de metales

y arenas, cajas inmensas llenas de papeles, esqueletos de recibos, de contratación, de entrega de mercaderías. Surilo con la risa del que juega a echar fuerzas despejaba los rincones que el pequeño Alhajado le indicaba. Luego barría para dejar el piso limpio y que el amito pudiera pegar la oreja al suelo.

Rasgó el silencio en que estaba, ahora ya no iba al corredorcito, un doble trueno de tempestad en seco. Troncos y ramajes de borrosos contornos en el límite del atardecer alineábanse como árboles-fantasmas entre los árboles ciertos y cerros de vaguedades, lejana sombra de las moles de los verdaderos cerros.

Ya no iba al corredorcito, Surilo se lo cuidaba. Una deidad monstruosa. ¿Qué mejor centinela para su propiedad? Antes iba a sus dominios en busca de entradas y salidas misteriosas, pero éstas ahora se le ofrecían en el lindero impreciso de lo nocturno con la tarde, al surgir y asomar las cosas que son y no son, en ese tomar cuerpo de lo que es invisible en la luz y en la sombra y sólo puede entreverse en la penumbra. A esa hora, entre las resistencias secretas de las formas reales, se iban repitiendo las formas irreales. Todo ilusorio, ficticio, pero visualmente cierto. Copas de ceibas, árboles minúsculos, siluetas de cerros, arcos de soportales, torres, ventanas, cercas de piedra, pescadores, labriegos.

¡Cómo podía ser que tanta realidad desembocara en tanto sueño!

Sueño de sueños rodeando a los crucificados en la capilla, el Mal Ladrón al centro, que era también sueños, como sueños eran los criados telúricos, piedras con trenzas en espera vigilante del regreso de los Alhajados que desaparecieron.

Dejó su cabeza, aún con las guedejas tibias de sol, inmóvil sobre sus hombros, mientras oscurecía más y en su rostro triste inmóviles sus ojos alagunados y empapados del alimento amoroso de su sangre, como son los ojos de los adolescentes.

Los pescadores no lo querían llevar. Pero lo llevaron. Era peligroso. Pero lo llevaron esa noche hasta la orilla del *Charco del limosnero*.

¿Dónde estaba la luna? ¿En el cielo? ¿En el agua? ¿Quién la volaría? No se veía quién la volaba. ¿El Azacuán?

Las pupilas del Alhajadito, colgadas de sus pestañas, pasearon su mirada por la superficie y la profundidad. Un doble barrilete redondo de papel de oro antiguo. ¿Miraba el Azacuán, desde el cielo, al que volaba en el agua? ¿Miraba el Azacuán desde el agua al que volaba en el cielo? Un doble barrilete redondo de papel de oro antiguo, con la imagen de Índiga, convertida en conejo de hielo.

¡Imposible, don niño, imposible! En la cima vería que a más subir, más se aleja. De los hilos de los caminos vuelan las estrellas.

¡Imposible, don niño, imposible!, se ahogaría y aun con escafandra, encontraría que a más aguas sobre los hombros, más profundidad bajo los pies, sin lograr alcanzar el barrilete lampiño, sin flecos, redondo, dorado, con ojos chiquitos y boca de risa. El reflejo es el hilo. Se mete para dentro y lo vuela en el agua. ¿Traer a Surilo? ¿Colgarlo de un globo para que fuera a bajar el barrilete del-cielo? ¿Atarlo a

un pescado, para que sacara el barrilete del fondo de la laguna? No vale, mi niño, no vale. Ni el globo aunque subiera mucho por entre las nubes y los astros, ni el pescado, aunque nadara hasta el fondo, alcanzaría los barriletes.

¿El cráter? ¿No sabe lo que pasó? Allí se fundió la campana del Mal Ladrón, reproducción en pequeño de la forma del volcán. Si sabe, entonces, para qué pregunta. No, no sé. Y entonces, por qué hace así la cabecita, la nueve de atrás para adelante, como que supiera.

Entre los dos barriletes de oro se puede contar la historia de la campana del Mal Ladrón, sin peligro de volverse, todo lo que uno se vuelve de noche si se duerme y se sale del sueño.

Llora... ¿Quién llora...? Llora en las alacenas, en los muebles, en los rincones de la sacristía. Primero llora sólo ella. Después todas a moco sin fin. Sobre las caritas lisas, pálidas, la cascada caliente del llanto. La que más llora. No la que más llora... o sí la que más llora, es la que tenía a su cuidado los vasos sagrados y el incensario de oro que sólo se sacaba el día de la Inmaculada. Hubo que darla óleos, se trasponía, erizada, en un interminable temblor, hasta írsele el resuello. El incensario de oro de Nuestra Señora, con nueve cabecitas de ángeles en la peña y entrelazadas las alas de otros ángeles para formar la taza, donde con tanto amor y cuidado se echaban las brasas de carbón vegetal del más fino y duro, del que apenas hace ceniza, y los grumos de incienso y mirra. El incensario que sólo salía de su caja de sándalo, ese día, ese gran día de diciembre fue sustraído, sin que nadie se diera cuenta, del gran armario de doble puerta de maderas chirriantes, imposible de abrir sin el aúllo de las bisagras que lo defendían como perros rabiosos cada vez que se movían sus puertas de caoba de una pieza, descarnada, ya sólo caoba.

¿Quién pudo sustraerlo? Allí sólo las monjas entraban. La congregación acordó diaria flagelación nocturna a las novicias de espalda de begonia, ayunos interminables a las profesas, rogativas, comuniones, rosarios, trisagios, y todo fue en vano, porque el incensario no apareció.

El demonio, se decían. Pero desechaban en seguida la probabilidad de que el Dios sea con nosotros hubiera entrado a la sacristía, sin dejar olor a maderas y ropas chamuscadas.

Sólo que algún Ángel, algún ángel, algún ángel..., se repetían unas a otras para consolarse entre silencios, abstinencia y furtivos llantos porque se prohibió llorar por un bien terrenal que si era precioso ponía en peligro la salvación del alma, único vaso digno del altísimo incienso.

El Ángel del Señor, se repetían, consolándose de la pérdida irreparable del incensario de oro, bajó, no a robarlo, sino a tomar lo propio para incensar a la Virgen en el cielo.

Por las laderas de la montaña donde se fundía, en el cráter, la campana del Mal Ladrón, subían los Alhajados, desde sus naves de piratas que amarraron a filo de las costas fragantes a enriquecer la alianza de los metales y lava con que se fundía la

gran campana, arrojando al crisol, oro en barras, monedas y joyas; y con ellos, en la procesión de sombras que ascendían, los de los presentes pobres. Cual arrojaba a la fundición cuyo resplandor iluminaba de rojo todo el cielo, su argolla matrimonial; cual unos antiguos escuditos de plata en sartales de flequitos de lluvia y perlas; cual una sortija de oro tan delgada como la luna cuando nace; cual una alforja llena de polvos de arena áureas; cual un plato, o una tasa, o una cuchara, también de plata, una cruz, una pulsera, un alfiler de corbata, un dogal trabajado hasta hacer baba de oro mate del metal duro y fulgente.

El Azacuán quiso echar el barrilete, quiso echar la luna en el infierno en que se fundía la campana del Mal Ladrón. Pero no lo consiguió. Se quedó con el hilo de los caminos y el hilo de los reflejos en los dedos fríos; enguantados de negro. Y arriba y abajo, en el cielo y el agua, el doble barrilete volando, ya sin hilo, suelto, sin comunicación con su persona amarilla. Una carcajada de dientes de ceniza lo sacudió. En sus hilos encontró enredado algo que no esperaba. ¿Qué era? Increíble que fuera un barrilete con esa forma. Aunque podía ser. Y de dónde cayó, cómo se enredó en los hilos huérfanos de su doble barrilete, de la doble imagen de Índiga, la real y la soñada.

Las sombras lanzaban al horno del cráter, sus ofrendas. El Azacuán apuró el paso. Pero ¡ay!, se quedaba pegado a la trementina de los pinos. Esa humedad de estrella que llora oro, no lo dejaba avanzar. Pronto se dio cuenta. Índiga en los pinos. Índiga reteniéndolo con su llanto de oro. El Azacuán la habló y lo dejó pasar y a duras penas fue hasta el borde de la gran fundición y arrojó lo que traía en las manos, lo que en lugar del barrilete, alguien puso en sus hilos, como parte de la luna.

Amaneció. Se borró el resplandor cárdeno de la pesadilla y todo se oyó enmudecer, a pesar de que cantaban los pájaros matinales, los piadores del alba, los cejjuntos, los plumarralas, los paticiervos, los mismitos, los picosolos, los tetetes.

El Azacuán dejó caer en el cráter donde se fundía la campana del Mal Ladrón, el presente valioso que traía en las manos y que al caer hizo ruido de barrilete que se viene abajo con el viento en los flecos, y luego soltó una carcajada de dientes de ceniza antes de volver al fondo de la laguna, donde las claridades de la aurora navegaban en las aguas verdosas de penumbra y algas de baba de sueño.

Se sacó la campana, ya fundida, del cráter del volcán, y se trajo a una torre, cerca de casamata, donde quedó expuesta a la admiración de todos y lista para ser echada a vuelo, glorificando al Crucificado materialista que no creyó en el Paraíso, Nuestro Verdadero Señor y Padrecito...

Se tocaría por primera vez el 29 de febrero, día del Mal Ladrón, y ya lucía adornada con trece coronas de espinas. Era una inmensa copa refulgente puesta al revés en una cárcel de espinas. Así se miraba. El sonido la liberaría de las espinas. Al primer golpe de badajo sobre sus paredes de bronce y aleación metálica de lavas, caerían las espinas y quedarían las rosas, antes del sonido invisibles, escondidas, como el sonido en sus metales.

Todo estaba listo para el estreno. Las coheterías, los bailes, los ritos ante el Crucificado que se rio con carcajada de ceniza, de dientes de ceniza, del Paraíso del Vidente.

Se amortiguaron las voces de la multitud, pelechó el sonido de pluma de rumor en el silencio respirable. De un instante a otro sonaría por primera vez la enorme campana, del tamaño de un volcán pequeño, del Mal Ladrón. Todos levantaron los ojos con rapidez de barriletes que se vuelan, sobre los árboles, sobre el horizonte, hasta fijarlos en lo alto de la torre que se alzaba junto a casamata, construcción donde se guardaba la pólvora.

El badajo, atado a la cuerda, parecía llegar hasta la mano del campanero rígida y congelada por la emoción de aquel primer golpe. De un lado a otro arrastró la enorme lengua colgante de la campana, sin atreverse a tocar las superficies sonoras de la inmensa copa de metal. Se dio aviada con el cuerpo de viejo campanero. Lograr un primer golpe contundente, lleno, sonoro, profundo. El badajo fue cobrando fuerza, adquirió, se diría, voluntad de irse contra la campana y romper aquella nueva carne de sonido, en el más enloquecedor de los repiques. Independiente ya de la cuerda, del querer del campanero ansioso que se atragantaba, sin saliva, la boca seca, con un nudo en la garganta, por la propia inercia, con peso de falo, el falo del Mal Ladrón, dio el badajo contra la cresta dorada de la gran boca de la campana que, a partir de ese momento, cantaría eternamente, todos los 29 de febrero, loas de metal y de lava a la gloria del Patrón de los Años Bisiestos.

La muchedumbre se quedó inmóvil, los ojos puestos en la torre, segura de que el gran badajo había alcanzado a golpear la campana y alarmada ante la posibilidad de que todos hubieran quedado sordos, porque no se oyó nada.

El campanero golpeaba el badajo de un lado a otro con renovadas fuerzas de loco furioso, y nada, no había campana, no había metal, no chocaba aquella erecta y rígida parte de varón en la carne femenina de la campana. Los golpes se perdían en algodón sin superficie.

¡No podía ser! El campanero no daba crédito a sus oídos, agujeros peludos en las grandes orejas. Quizá por estar cerca, aturdido por su sonoridad de cascada de cascabeles roncós, no percibía el repique. Pero asomó los ojos a la torre y encontró a todos los asistentes en la espera del sonido de la nueva campana, reclamando airados, con los sombreros y las manos, por qué no empezaba, y más urgencia mostraban los que con tizones de leña chisporroteante, esperaban el repique para soltar los cohetes, y con la misma inquietud los músicos con los instrumentos ya acordados, y los bailarines disfrazados de jaguares, iguanas, lagartos, tortugas y serpientes.

La noticia los destanteó. Todos se precipitaron, gradas, machucones, golpes, codazos, insultos, rabia de torrente que sube, hacia lo alto de la torre.

El campanero yacía, mareado, bajo el vacío redondo de la gran circunferencia sorda, funeral, rota la cuerda en su mano callosa. Los primeros en llegar al escaso espacio, casi todo ocupado por la campana, se disputaron el cabo de la cuerda y

echaron el badajo contra la campana. No llegaba a parte alguna, no chocaba, se perdía. Cada quien, de los que lograban llegar a lo alto, asía la cuerda deshilada, húmeda de sudor mortal y lanzaba, de nuevo, el falo del Mal Ladrón contra la superficie escamosa del interior de la gran boca callada. Era increíble que, a pesar de los martillazos que uno, otro y otro, arrebatándose la cuerda, daban contra la campana, no surgiera el relámpago diamantino, envuelto en redoblado trueno, de su voz.

Era increíble. ¡Sorda! ¡Una gigante sorda...!

El que no lloró, se embriagó y el que no se quedó callado, sufriendo la humillación de una campana que en lugar de sonar vaciaba como ventosa todo el ruido vivo que en derredor había: el ruido de las moscas, el coro de los sapos, el tiritar de los chiquirines sorprendidos de no oírse, de no oír sus alas que vibraban a la velocidad de la luz.

Cundió la noticia y con la noticia alguien recordó la risa de dientes de ceniza del Azacuán, en el momento de arrojar un como barrilete de cuatro cadenas en el crisol del cráter donde se fundía la campana.

Pero, de dónde lo sacó, si el doble barrilete redondo con Índiga en la cara volaba en el cielo muy alto y en el fondo del agua de la laguna muy profundo, ambas imágenes para él inaccesibles, ya que ni a través del hilo podía disponer de ella, estar en contacto, mandarla correos, hablarla para que le contestara con la cabeza, entre las matas de flecos y el peso de la cola, porque se le habían roto los caminos, hilos que atan la luna hacia afuera, y los reflejos lacustres, hilos de plata que atan la luna hacia dentro.

Hombres y mujeres se frotaban las narices, hasta dejárselas limpias, como bocas de candeleros, húmedas y calientes, y poder respirar a pleno pulmón el aroma que la campana despedía, cada vez que la tocaban, en lugar de sonido.

—¡Incienso...! ¡Mirra...! —clamaban y el aire, a medida que el campanero arreciaba sus golpes de badajo enloquecido, ciego, iracundo, se llenaba de perfume y más que campana parecía un inmenso incensario colgando al revés de los cadenajes de oro, un incensario con la sombra carbonosa de su interior oscuro y las brasas vivas del cobre que por dentro regaba lamparones en sus superficies curvas.

¿Quién robó el incensario de las monjas para arrojarlo al crisol en que se fundía la campana del Mal Ladrón?

¿Entró la luna-barrilete a medianoche hasta el gran armario de caobas fragantes y sustrajo, con las manos de Índiga, el incensario de oro?

¿Fue Índiga la que lo arrojó después al agua del *Charco del limosnero*, para que cayera en manos del Azacuán que no se consolaba de la pérdida del barrilete?

—Son preguntas, mi niño, son preguntas; lo cierto es que cada 29 de febrero, al tocarse la campana del Mal Ladrón, en lugar de sonar, perfumaba como un incensario.

El Alhajadito atrevía:

—¿Y dónde está esa campana de olor?

—Ah, mi niño —le respondían los pescadores—, se hizo pedazos con todo y la torre el día en que la santa pólvora voló la casamata, allí donde ahora está su corredorcito.

Los pescadores fingían tomarlo en serio, era tan dulce, tan alfeñique amarillento en su traje negro, y por eso, sin duda, lo deprimía volver a casa, donde la servidumbre de las mil trenzas seguía tratándole como al niño que cuidaron de meses, cuando gateaba de cajete, es decir arrastrando una piernecita y con la otra ayudándose, antes de erguirse para dar los primeros pasos con la ayuda de pesados muebles vetustos, cayendo y levantándose, porrazos de carnicita contra maderas duras seguidos de berridos y llantos, cuando estaba a la vista de algún trezudo, ya que cuando se caía a solas, por fuerte que fuera el golpe, apresuradamente se llevaba el dedo grande a la boca, para chupar y chupar hasta mitigarse el dolor. A veces la succión del pulgar, no sólo le adormecía el golpe, sino el cuerpo entero y entonces se dormía igual que un muñeco abandonado.

Crecer. Salir de él, ese él que en potencia guardaba su organismo y que tal como echan fuera tallos y ramas las plantas, su cuerpo de niño iba soltando con el apuro de la adolescencia. Montar a caballo lo hizo sentirse gigante. Correrías por los alrededores y más tarde, cuando empezó a sentirse joven, cacerías de venados, escopeta mechera en mano.

Volvían los Alhajados. Los señores de la casa regresaban. Así lo decían a todos, los trezudos barbilampiños al ver pasar al Alhajadito, jinete en un caballo negro, ir de cacería con su escopeta al hombro, arrodillarse y persignarse ante el Mal Ladrón, moverse en la casa, hablar con ellos, reír de todo, vivir en una palabra como vivieron sus antepasados. Para los criados, desde que desapareció el Azacuán, temerosos de los espejos, los Alhajados, menos el Azacuán que dormía con Índiga en el fondo del *Charco del limosnero*, los Alhajados volvían en la manera de ser del Alhajadito, en sus gustos, en sus modales, en sus preferencias, en un guiño de ojos, en la forma como su mano se levantaba las guedejas de la frente para llevárselas como tirabuzones hasta atrás de las orejas.

Pero este decir y redecir que el Alhajadito era el retrato de sus padres y abuelos, tíos y abuelos-tíos, no quitaba que la casa grande se moviera siempre en espera del regreso de los desaparecidos. Salones, comedores y alcobas los esperaban. La servidumbre procedía como si ya tuviera noticia de la vuelta de los enlutados personajes. Noche tras noche mullían las camas profundas, espaciosas de silencio y de pluma, no sin ocultar en ellas rajas de madera olorosas, en verano, para que se astillaran el corazón con el recuerdo, y piedras calentadas al fuego de las brasas y envueltas en trapos, en invierno. Noche a noche se encendían candelabros y lámparas hasta que el seguido arder de las luces solitarias, los consumía. En las cocinas se preparaban viandas a todo tren, igual que si de un momento a otro los recién llegados patronos fueran a sentarse a la mesa con sus invitados. Los vinos, las aguas frías,

refrescadas al sereno, las frutas, las cajas de habanos, los licores, el café...

Sólo en el corredorcito no se esperaba el regreso de nadie. De allí se habían ido todos definitivamente y el último, el Alhajadito.

SEGUNDA PARTE

Es necesario ir muy lejos. No alcanzan la vista ni el mar. Allá fuimos. Bajo las estrellas que comparadas con las arenas de la playa se veían grandes, habló el Párroco. En la noche, al concluir su prédica, quedó su cara como una roca. Párroco llamaban a aquel hombre, mezcla de pájaro y de hombre, porque había sido nombrado por el Obispo para dirigir la parroquia de donde salimos hacia esta playa que no alcanzan la vista ni el mar.

El Párroco era sordo, pero nosotros le hablábamos quedito y quedito nos oía mejor. Sordo para las voces duras, los sonidos desagradables, los gritos, los ruidos estridentes. El Párroco era ciego, pero nosotros asomábamos a sus ojos, tranquilos y sonrientes, y él nos veía. Ciego para las malas miradas, las luces artificiales y los gestos de ira o de enojo. El Párroco era insensible, muerto para los que no lo querían, muerto como las piedras, insensible a las heridas, a los golpes, los escozores, pero nosotros nos calentábamos las manos con el huelgo de nuestras bocas para tocarlo y que nos sintiera.

—¿Quiénes, sois? —nos decía.

Y le respondíamos en voz baja, para que nos oyera:

—Nosotros... —por no confesarle que no sabíamos a punto fijo quiénes éramos y no preguntarle si él sabía.

Es necesario ir muy lejos. No alcanzan la vista ni el mar. Allá fuimos. Bajo el sol que comparado con las estrellas se miraba grande, habló el Párroco. Al concluir su prédica quedó su cara como una roca frente al mar.

Nos asomamos a sus ojos sonrientes y tranquilos, le hablamos con palabras suaves y nos calentamos las manos con el huelgo de nuestras bocas para tocarle los brazos enjutos.

—¿Quiénes sois? —nos decía.

Y le contestábamos en voz baja:

—Nosotros... —por no confesarle que no sabíamos a punto fijo quiénes éramos y no preguntarle si él sabía.

Una noche y un día, después de nuestra partida, vimos pasar Un barco. No alcanzamos a saber si era agua o aire la superficie por donde navegaba en la neblina indecisamente iluminada por la luna. Sus mástiles sin banderas llevaban las velas hinchadas de llorar. A lo largo de sus puentes iban y venían luces, como atendiendo a la llegada de nuevos pasajeros o al descargo de algún comercio prohibido. No vimos ni supimos más. La sombra de un barco en la neblina. Y para eso venimos tan lejos.

Antes no sabía quién era ni ahora sé quién soy, pero entre la tripulación del barco he creído reconocer al Párroco. No come, no habla y trabaja como negro. Es él. Él nos llevó a ver pasar aquel barco. Debe saber algo de lo que aquella noche acaeció. Esa vez, al concluir su prédica, quedó su cara como una roca frente al mar. Párroco le llamábamos a aquel hombre mezcla de pájaro y de hombre, porque había sido designado por el Obispo para dirigir la parroquia de donde salimos...

Poco a poco, han ido cesando las canciones y los ronquidos de los tripulantes remedan al estrellarse de las olas dormidas en el casco de la nave que parece marchar inmóvil. Tan amplia es la noche en el mar que la nave avanza sin que se le sienta moverse.

Encuentro al Párroco junto al palo de proa. Sus ojos a la inmensidad, sus manos sueltas, abandonadas a su propio peso.

—¡Párroco...! —mi voz le sacude un frío por la espalda que le hace temblar— ¿qué haces aquí...?

—Soy el capitán del barco...

Su respuesta me turba.

—¿A dónde vas, es decir a dónde vamos?

—No vamos, venimos...

—Pues de dónde venimos...

Su cara quedó como una roca. No respondió.

—¡Párroco...! —había pasado tanto tiempo que sin duda me tenía olvidado, mi voz vuelve a sacudirle frío por la espalda y le hace temblar—. Si eres el capitán del barco, dime ¿cuál nuestra ruta?, ¿cuál nuestro objeto?, ¿cuál nuestro destino...?

—No tenemos ruta ni puerto de destino...

—Pero dejas entrever un objeto...

—Navegar...

Su rostro quedó como una ciudad de metal frente a una tempestad lejana. El viento nos hería los labios salados y el sueño nos cerraba los ojos.

—¡Párroco...! —al oírme, había transcurrido tanto tiempo en un segundo, le sacude frío, tiembla—, recuerda que conmigo y otros a quienes no conocía ni supe si existían, vimos pasar un barco borrado por la niebla, no sabemos dónde, no supimos cuándo...

—¿Y entonces, por qué preguntas qué hacemos en el mar...? Aquella vez pasó tan lejos...

Entre la gente de mar tatuada hasta los dientes, bestias con risa de chasquido, me informé que el Párroco había fletado el barco en que bogábamos y que desde hace tiempo proaba sin rumbo fijo.

En las noches junto al palo de proa, le encontré siempre, los ojos de ciego que ve en la inmensidad clavados en el mar, y sus manos buscando fondo con peso total de anclas. Nos saltaba por el cuerpo el miedo de que fuese un fantasma y que en aquel navío sin comitre nos llevara a realizar nuestros pobres sueños.

—Párroco...

Y el Párroco ya era el mar, un gigante con pies de arena. Nos asomamos a sus ojos, sonrientes y tranquilos para que nos viera, y le hablamos muy quedito para que nos oyera:

—Párroco, ¿a dónde vamos, di...?

No contestó. Su cara quedó como una ciudad apagada.

Anoche vimos pasar un navío sin luces, ni a babor ni a estribor, y habríamos jurado que era un barco muerto flotando a la deriva, tal vez el barco que buscábamos, de no haber oído a favor del viento una voz humana que partía del mascarón de proa, clamor de lengua dulce.

—¡Ay, humanos —plañía—, cuán diferente es la sombra de la muerte de la oscuridad luminosa de la noche!

Alguien de nosotros gritó:

—¿Quién eres?

—...Quién... —casi fue el eco y tras una larga espera contestó:

—¿Quién soy...? No sé quién soy... en el cuenco de mis manos recogía la sombra que gotea de los párpados del hombre para acrecer la noche, pero ahora ya no tengo manos, y los hombres ya no tienen párpados donde juntar por poquitos la tiniebla y el ensueño. Siempre están despiertos, despiertos como el práctico que conduce nuestra nave.

El Párroco nos oyó llorar de miedo hacia la madrugada, junto a las estrellas delgadas.

Mediodía. Alguna gente de fatiga, otra de naranjas y confidencias. Bernardo el Niño, labios y dientes destilándole por las barbas jugo de oro dulce, hacía el relato de sus amores. Estuvo enamorado de seis mujeres que, según el oráculo, eran sólo imágenes de la mujer que ahora buscaba en el mar.

—¿Qué tienes en los ojos que no se te ven azules?

El hermano de Bernardo, Joper el Niño, se preocupaba de los ojos de su hermano, como de sus propios ojos.

—Es una lágrima... —respondía Bernardo, enjugándose en la mejilla con el vello del brazo desnudo, musculoso tostado a sol y viento.

Entre gajos de naranjas de oro nombres de mujeres como semillas húmedas. La mano de Luis Pino, otro de los tripulantes, se abría y cerraba, mientras sus aventuras, como las fauces de un león hambriento, de un león que en lugar de rugir soltase palomas, decía él mismo, inquietas las burbujas de sus ojos, pupilas de mundano que no encontraban nivel.

A la entrada de la noche sorprendimos iluminado el barco fantasma. Ni mar ni cielo había separado, todo era sombra. Las luces del barco se alargaban sobre el casco, delgadas, blancas, temblorosas. Cebrá gigante a rayas trémulas. Joper el Niño amaneció contando-que había soñado lo que todos vimos en la realidad de la noche.

—Es posible que yo no haya soñado, la realidad de la noche se parece tanto al sueño —convenía Joper el Niño, por no contradecir a Bernardo, su hermano, el cual reía desde el fondo de sus ojos azules hasta el filo parejo de tus dientes blancos como espigas de pescado.

Jamás olvidaré, mientras viva, la hora de las naranjas dulces, cómplices de las confidencias; las siete mujeres en los labios de Bernardo el Niño; el cuidado de Joper por el azul de los ojos de su hermano que medio empañaba una lágrima; las

discusiones sobre la cebra de mar, ¿existió en el sueño de Joper o en la realidad de la noche que se parece tanto al sueño?; las aventuras amorosas de Luis Pino, solfeadas con su mano de galán joven-viejo, hermosa mano diestra que a veces se nos antojaba con melena dando dentelladas de león.

—Párroco —se acercó a decirle alguien con la cara sonriente para que le viera a través de la rejilla de sus pestañas espesas— ¿por qué desaparece con el día el barco que buscamos?

—Desaparece —repuso sin titubear, roquiso— como se borra a nuestros ojos el templo cuando estamos dentro.

Esta inesperada alusión, la palabra *templo* la decía más con “b” que con “p”, para comunicarle un poco de temblor sagrado, *tembló*, nos hizo recordar la iglesia parroquial de donde partimos aquella noche, bajo las estrellas, hacia el mar.

Bernardo que había oído mi pensamiento abrió los ojos azules.

—¿Has hablado? ¿Has dicho también...?

—No, Bernardo, he pensado decirlo, pero no lo he dicho, y qué linda palabra: *también*.

El Párroco seguía en su puesto, junto al palo de proa. Su presencia hacía desaparecer nuestros temores.

—¡Es un témpano... no es una cebra!

—¡Calla —grité a Bernardo— es él barco que buscamos!

—¡No lo veas! ¡No lo veas!

Joper que nos había seguido, le cubrió los ojos a Bernardo con las conchas gruesas de sus manos.

—¡No lo veas, hermano, puedes perder los ojos!

Joper se preocupaba de los ojos de su hermano como de sus propios ojos.

El barco pasó tan cerca de nosotros que pudimos distinguir imágenes de retablo conservadas en hielo, y alcanzamos a oír que hablaban.

—¿Su Señoría dejó el pasaje en el otro barco?

—No prestaba seguridades, fue construido hace mil quinientos años y convengamos que navegar en una colección de himnos litúrgicos es bastante expuesto. La liturgia es porosa como un terrón de azúcar.

—Pero no olvidemos que es una embarcación eterna —intervino un Patriarca, rehaciéndose los pliegues de la túnica.

—Sacerdotal, querréis decir —arguyó su Señoría— el espejismo con que los sacerdotes distrajeron la mente de los neófitos.

—Párroco, oye, oye lo que van diciendo...

—Sí. El culto carcome las divinidades y es una forma diabólica y ficticia.

—¡Qué magia, Párroco! ¡Qué magia!

Navegábamos hacia la aurora. No fueron horas, fueron años. No fue una mañana, fue una infancia.

—¡Qué magia, Párroco! ¡Qué magia!

Loca, la sombra, toma el hacha
del abordaje y el incendio
y hacha la estela de la espuma.

¡Ah, qué temblor de aguas de plata,
espuma blanca, rumorosa,
a cada golpe, a cada golpe,
del hacha en manos de la sombra!

¡Quiero destruir, gritaba y daba
con filo fatuo en los cristales
que tras el barco iba bogando,
quiero destruir toda atadura...!

¡Quede la tierra donde queda,
nosotros vamos mar adentro
y no queremos que nos siga
cadena alguna, ni de espuma!

—¡Qué magia, Párroco! ¡Qué magia!

—¡Qué fácil es la vida cuando se tiene el cielo adentro y qué difícil cuando afuera dejamos el cielo y el mundo ocupa nuestro interior!

El mar infuloso se cubría de unas olas muy pequeñas, como risitas y risitas... Una leve claridad quedaba en el puente de embarcaciones, todo lo demás era, mientras amanecía, una sola masa oscura.

—¡Párroco, nosotros quisiéramos ser felices, que no existiera el Diablo!

Fui en busca de Bernardo al camarote del piloto. Seguía afirmando que no era un barco, sino un témpano de hielo hecho de lágrimas, lo que habíamos visto. Un témpano iluminado interiormente un grupo de figuras humanas con los ojos vacíos.

—¿Hombres sin ojos, Bernardo? —se atemorizaba su hermano Joper, que se veía en los ojos de su hermano, como en sus propios ojos.

—Sin ojos, como los dioses paganos...

—¿Y oíste lo que hablaban? —le corté.

—Cuando Joper me tapó los ojos hablaban del aire, del agua, del fuego. Una voz lejana definía el amor y la discordia. Otra más lejana negaba la unidad. El ritmo de sus voces entrelazadas por momentos, hacía el discurso amable, cálido... La más convincente de todas era la del que nombraban sus contertulios: música ambulante.

—Bernardo, más vale oír, esta noche cerraremos los ojos...

—Pero entonces será un sueño —intervino Joper— como cuando yo soñé la cebra de mar.

—¿Y qué más da —dije yo— soñar o ver en la irrealidad de la noche?

Volvimos la cabeza como los ciegos cuando oyen voces a su espalda. Nos llamaban en la Rifa de Ánimas. Volvimos a ver sin ver liada. Nos llamaban entre la»

personas fallecidas, huyendo de nuestros nombres, gritándolos a la inmensidad para que se perdieran con nosotros.

El mar entraba a la iglesia con ruido de gárgara. Las olas formaban, por momentos, curvadas espaldas y cabezas incontable de feligreses. Poco se veía. Las columnas. Las bancas. Los altares. Los ventanales como carbones ligeramente vivos en el horno del ábside. La llama de un cirial que desanillaba círculos de humo espumante, y en el pulpito o cucurucho de papel dorado, inestable zozobante, en medio de todos y de todo, una sombra humana, vestida con roquete de escamas de pescado y tocada con un bonetillo de tres picos, cada pico con dos ojos redondos.

En ausencia del Párroco, el Coadjutor hacía sus veces y sacaba de un bolso negro, manchado de goterones de cera, los nombres de los fieles difuntos, escritos en fichas de marfil, que esa noche participaban en la Rifa de Ánimas, e iba contando los nombres de los difuntos, entre los que oímos nuestros nombres. El último de todos era premiado con misas y jaculatorias. Dios permitió que siempre fuera el premio para el alma más necesitada.

Las campanas resonaron con golpes de parpadeo de almádana yunque en la tiniebla, acompañando las letanías que entonaba el coro:

ítenos, Señor, morir de nuestra muerte!

ue hay otros que mueren de muerte extraña!

ítenos, Señor, imitar a Jesucristo, el perfecto condenado a muerte!

ue hay otros que mueren de muerte extraña!

ítenos, Señor, que apartemos los ojos de la muerte de Sócrates, el pagano que murió olvidado de sí mismo!

ue hay otros que mueren de muerte extraña!

ítenos, Señor, que muramos en presencia de nosotros!

ue hay otros que mueren de muerte extraña!

ítenos, Señor, el escrúpulo de la muerte, la duda y el arrepentimiento!

ue hay otros que mueren de muerte extraña!

ermitas, Señor, que admiremos el valor de los que desprecian la vida!

ue hay otros que mueren de muerte extraña!

ermitas, Señor, que sanemos de todas las enfermedades, porque desde que nacimos estamos enfermos de muerte!

ermitas que la sangre se nos haga gusanos durante el sueño!

mpestad no mata sólo a los tempestuosos; el mar no mata sólo a las navegantes; las armas de fuego no matan sólo a los que las usan!

otros que mueren de muerte extraña!

otros que mueren de muerte extraña!

otros que mueren de muerte extraña!

ros que desaparecen en el mar...

Siete noches seguidas conversamos en rueda junto al palo más grueso de la proa, hasta que se ocultó la luna. Afre, hombre de la tripulación al que faltaba un ojo, escondía el ojo vacío bajo un escapulario, nos seducía con la belleza de sus relatos. Habían vivido en China. ¡Esa mujer con trenzas de letras que se llama China! Sus palacios, sin escaleras adonde los príncipes que eran como trapevistas llegaban ejecutando el salto mortal.

—Mujeres, opio y suplicios —seguía Afre, y, volviendo sobre sus pensamientos, agregaba—: ...la mujer es inolvidable por el aroma a jazmín de sus cabellos, por el olor de su carne con frío de diente de elefante y por sus venas, de color de té.

Recapacitaba y seguía:

—Mujeres del Imperio Celeste que van y vienen, sin hacer ruido al andar con sus pies diminutos y. envueltos. Mujeres que se mueven, como las cartas de una baraja de seda.

Le quitaba la palabra un irlandés de nombre español: Pablo Figo. Conocía la India como la palma de sus manos, sin haber salido de Dublín.

Joper el Niño, geógrafo y mareador del barco, se pasaba la lengua por los sabios, profesoralmente, antes de hacer el elogio de la Geografía, ciencia que permite conocer los países, sin haber ido a ellos.

—Déjese de Geografías, Joper —alzaba la voz Pablo Figo—, conozco la India, porque he leído los crímenes de Inglaterra.

El Párroco se acercó a decir, como sonámbulo:

—...“cuando los que nos rodean mueren por falta de alimentos, la única ocupación que no es permitida, es la de darles de comer. Para un pueblo hambriento e inactivo la sola forma en que Dios puede aparecer es en la de trabajo y comida. Dios creó al hombre para que se gane su alimento con su trabajo y es su ley que los que comen sin trabajar, roban, son como los ladrones. Vivimos de la explotación de nuestros compatriotas, porque comemos lo que no nos pertenece. Seguid las trazas de las piezas de dinero que llenan vuestros bolsillos y os convenceréis que es cierto lo que os digo”.

La voz del Párroco se oía, como la voz de Gandhi. Una congoja que nos era extraña. Hablaba frente a la inmensidad, como colgado de una percha invisible, sin mover los brazos, en contraste con Luis Pino, el mundano, que hablaba con las manos:

—¿La Geografía...? ¿Los crímenes de Inglaterra...? ¡Bah...! los países se conocen por sus mujeres. La española que se entrega con tristeza de árabe, de nave y de templo; la francesa insaciable con el cuerpo y saciable con las ideas, se entrega riendo y termina perezosa y lánguida, y en Picadilly... ¡qué crímenes de Inglaterra ni qué Geografía!, conocí a una irlandesa católica que se desnudaba y decía: “¡Comulga conmigo que soy blanca como la hostia!” Se ponía en cruz y rezaba, y después, al volver a la calle se quejaba: “Si se pudiera entrar a estas horas en los templos, la sombra nos comería los ojos... los ojos humanos son dulces... ¡ay, Señor, qué letanía

de quimeras...!” Luego, me reñía: “¡Un beso decapita como una espada! ¡Ya no, ya no me beses! ¿Por qué?, ¿por qué lo hiciste? ¡La caricia, el beso en la boca es malo, porque hace demasiado bien! ¡Bésame las manos que son más agradecidas! ¡No, en la boca no! Un bienestar que dura tan poco, mejor no conocerlo... No lloro, ay, Señor, porque esté triste, lloro porque ya perdí mi alegría. ¡Ay, Señor, me siento como una novia sin manos!”

Pero los relatos de Luis Pino, no se quedaban en estas anécdotas inocentes y al final refería faenas amorosas con todos sus detalles. Perversos encuentros con cortesanas, rifas de vírgenes italianas y contactos con varones turcos. Al callar Luis Pino se sentían los alientos de la gente de mar, como mordidas. Cada quien sufría al recrear imaginativamente aquellas escenas. Bernardo el Niño, vio al Párroco hecho un mozalbete angelical desnudo. Y estaba como loco Joper, su hermano, al notar que Bernardo no parpadeaba, clavados sus ojos en el cuerpo del Párroco. Otro de los tripulantes se mordía los dedos sintiendo a la distancia de sus brazos, la carne de una doncella que no era otro sino Afre. Éste, sin apartarse la pipa de la boca, le dio tal empujón que aquél rodó con su deseo sobre cubierta.

—El hastío —dijo Afre a Pablo Figo— preserva de todo esto. Contra la droga, contra el pecado, contra la mujer, contra la vida, el hastío... No reencarnaré, porque me hastío de todo, otra manera de llegar al nirvana.

—Párroco... ¿nos oye? esta noche sólo tú esperarás el barco en la neblina...

Lo primero que hicimos al (lía siguiente fue informarnos con el Párroco, si había visto pasar el barco que buscábamos.

—¿Lo viste anoche que te dejamos solo? ¿Pasó...? ¿Qué hubo?

—Pasó muy lejos... Habíamos pecado... Unos a otros nos deseamos... yo te deseé a ti... —todos, al escucharlo, retrocedimos, la mano huesuda del Párroco me señaló a mí—. Después, Dios mío, acerqué los dientes de mi deseo a un racimo de mujeres. Temblaban y saltaban, ante la amenaza de mi mordisco, como peces que se sacan del agua. Y de mi banquete no quedaron sino las cáscaras en la noche oscura.

Y continuó el Párroco:

—Cuando ya estábamos cerca del barco que buscamos, cuando principiaban nuestros pobres ojos a distinguir quiénes eran sus tripulantes y nuestros oídos a escuchar sus palabras, lo perdimos.

Y cambiando el tono de voz, encolerizado, sentenció a muerte a Luis Pino, causante de tamaño daño.

—Y debe ser hoy, antes que el sol se ponga, si no vemos aparecer de nuevo, el barco que buscamos.

Sus palabras nos cortaron la lengua. Nos quedamos sin habla, arrinconados y medrosos.

La muerte sonreía detrás de los hombros del Profeta. Parte de la mañana la pasamos recorriendo el barco. Hasta ahora, en presencia de la muerte, después de quién sabe cuántos días y noches de navegación, nos dábamos cuenta exacta de las

cosas, apreciándolas por sus dimensiones reales, por sus colores, por ellas mismas, y no por la sombra que proyectaban.

Pronto fue de noche. Oscureció el cielo una tempestad fragante. La cabeza del sentenciado a muerte se iba humedeciendo al descender el sol entre nubes de fragua y de borrasca. Se cortó la tempestad, sustituida batía poniente por un crepúsculo de rosada melancolía. Las velas de la nave hinchadas, parecían grandes globos cautivos.

Una mirada amplia, negra, generosa tendía en redor suyo, el sentenciado a muerte.

—¿Qué quieres de nosotros? —Pablo Figo, el irlandés, le preguntó conmovido.

—Que si volvéis a encontrar el barco fantasma, lo abordéis y os apropiéis de la sombra que viste a sus tripulantes, hombres de pies verdes, sin cabeza, con las facciones de la cara en el pecho.

Más tarde, ya para cumplirse la sentencia, Luis Pino, sería arrojado al mar, Pablo Figo señaló algo que surgía del fondo del océano, como un pez monstruoso.

—¡El barco...! ¡El barco...! —gritamos todos, menos Bernardo, a quien Joper, el Niño, le tapó los ojos.

—¡Párroco...! ¡Párroco...! —corrimos gritando todos—. ¡El barco...! ¡El barco...! ¡Párroco...! ¡El barco...! ¡El barco...!

Luis Pino se había salvado, pero nosotros estábamos perdidos.

La visión del barco creció al acercarse a nuestros ojos tan rápidamente que toda nuestra alegría se fue al mar. Su presencia nos abarcaba, nos arrastraba. Sentimos el aguacero negro de sus velas enlutadas y apartamos la vista del inevitable choque de su cáscara de fantasma de los mares con nuestra pobre embarcación... Un instante más y... al ir a dar contra nosotros empezó a reducir sus dimensiones hasta desaparecer de nuevo.

Joper el Niño, al cubrirle los ojos a su hermano, nos salvó a todos de ser abordados y destruidos por una embarcación de sueño qué acaso sólo existía en la mente del Párroco, nuestro capitán.

En los ojos azules de Bernardo el Niño, bajo sus párpados, nuestra nave mantuvo sus proporciones normales y eso nos salvó.

—¿Qué habría sido de nosotros, Párroco...? —le interrogamos después.

—Habríamos desaparecido... —exclamó, la cara a la inmensidad, al horizonte en que se borró la nave fantasma por un mar lechoso, sobre el que caían las estrellas que se fugan del cielo a buscar barcos perdidos en el mar.

—Párroco, pasaremos esta noche junto a ti, junto al palo de proa...

Y hablando más quedo para que nos oyera, el Párroco era sordo para las voces fuertes, los ruidos estridentes y la tempestad; hablándole bajito nos escucharía mejor:

—Párroco, los hombres cuando sufren se quejan como niños. ¿Dónde estás? ¿Por qué nos dejas solos?

Al amanecer, con un ligero parpadeo nos advirtió que oía y al sentirlo de nuevo entre nosotros, Párroco y Capitán de un barco en mar abierto, al ir surgiendo la aurora

nos sentimos con los ojos rosados.

—Las almas no se juntan sino en el pasado —exclamó el Párroco—. Sólo los cuerpos se juntan en el presente. ¿Veis las estrellas? Las estrellas doradas contra la aurora, brillaron hace siglos y su luz nos llega en este amanecer. Así como la noche reúne para formar su cielo, las estrellas pasadas, nuestra tiniebla reúne para formarnos el alma, los instantes pasados junto a seres con quienes estuvimos unidos.

—A mi pipa —comentó Figo— le hace falta una de esas estrellas que brillaron millones de años antes de llegarnos su luz para quemar el tabaco, memoria pulverizada que se va como humo blanco.

—Yo —dijo Joper el Niño— no me casé con mi primera novia y, sin embargo, siempre estuvimos unidos en el recuerdo.

El Párroco habló en seguida:

—Las constelaciones y la felicidad humana se conjugan en pretérito. ¿Cómo explicar nuestra inclinación juvenil por los placeres, sino como intuitivo acaparamiento de goces para recordar? Amargo es el labio de los que no recuerdan haber comido una fruta dulce; sordo el oído de los que no recuerdan el canto de un pájaro; ciego el ojo que al cerrarse no encuentra bajo sus párpados, la sonrisa de una cara adorable, tal vez ya muerta, o los colores del paisaje en que fue dichoso. ¿Por qué copian las aguas corredoras del río, los panoramas por donde fluyen, sino para recordarlos, al irlos dejando atrás, reflejando en el espejo efímero de sus cristales, o en el cielo, al evaporarse y formar las nubes, o al mezclarse con las aguas saladas del mar? ¿Qué fue el Paraíso sino el recuerdo de una felicidad que existió antes? El Paraíso fue el recuerdo de otro Paraíso...

—¡Qué magia, Párroco, qué magia!

—Los puertos —machacó el hierro dulce de sus pupilas azules con los martillazos de su parpadeo, Bernardo el Niño— se marchan con cada barco que se va y vuelven con cada barco que regresa; mas, cansados de ir y volver, algún día se marcharán todos definitivamente y se juntarán en la memoria del mar.

El silbido de un pez pasó por una flauta de llaves doradas.

—A mí se me antoja —dijo Bernardo el Niño— que los peces que cantan han aprendido en los puertos, tienen tal tristeza en el grito; parecen vagabundos barbudos con ojos de plata sucia.

—Párroco, mira cómo ese pez redondo como la luna, respeta a ese pececillo insignificante. Mira cómo lo ve. Diríase que se lo quiere tragar. Es un pez que canta. Se lo quiere tragar para su corazón. No le hace daño, juega con él, el pececillo se ha amilanado, más apenas el pez redondo, reflejo de la luna, se aleja, vuelve a cantar. La noche huele a agua que no duerme.

Luis Pino se destrozó la mano zurda. Hachaba un mástil Sin conocimiento lo llevamos a su cama. En el trayecto botó los dedos que luego sirvieron para carne de anzuelo. Pablo Figo, el flemático irlandés, mientras preparaba los anzuelos, decía riendo:

—¡Ea, vamos a meterles los dedos en la boca a los habitantes del mar!

A medianoche Luis Pino recobró el conocimiento y viéndose la mano vendada, al sentir que no tenía dedos, preguntó afligido:

—¿Quién tocará el acordeón?

Le hicimos callar, disgustados por su preocupación, aparentemente, porque en el fondo, su pregunta era la misma que nosotros nos hacíamos a cada instante:

—¿Quién tocará el acordeón...?

—¡Párroco, yo tengo una angustia! —se arrojó a los pies de aquel que ahora parecía ausente—. ¡No sé qué es, Párroco, pero tengo una angustia, una angustia...! ¡Párroco, con esta mano herida, con esta mano sin dedos le pegué a mi amante! ¡Yo le pegué a mi amante con esta mano que el filo del hacha castigó! ¡Si todo aquello, si todo esto fuese solamente un sueño! ¿Qué es lo que nos pasa, Párroco, Párroco, que nos persigue como sombra el dolor de lo que hacemos? ¡Párroco, yo le pegué a mi amante y no hay angustia mayor! No sé qué es, pero desde entonces me duele la cara en el lugar donde golpeé aquella carne morena con esta mano que en buena hora el cercén del filo castigó. Estoy arrepentido y quisiera que sólo fuese un sueño. ¿Qué es lo que nos pasa que no podemos perder el recuerdo de lo que nos aliviaría olvidar, de lo que nos duele, de lo que nos sangra, de lo que nos mata? ¡Párroco, pon tu mano en mi mejilla, en el sitio donde yo le pegué a mi amante!

El Párroco lo oía con los ojos puestos en la inmensidad.

—¡Soy un cobarde —siguió Luis Pino arrodillado ante el Párroco—, cobarde, la palabra que repta, que se arrastra antes de ahogarnos! ¡Soy un cobarde pero mi angustia es mayor...!

Y tras un largo silencio quemado a flor de agua por los peces fosforescentes que alumbraban la carrera de los peces voladores, insistió Luis Pino, de hinojos, su mejilla confundida con los pies del Párroco.

—¡Párroco, yo tengo una amante y yo le pegué a mi amante, le pegué en la cara, con la mano empuñada...! ¡Tú sabes cómo se pega, Párroco! Así... se estira el brazo en un como salto de conejo y al final del brazo que el bíceps extiende, la mano convertida en una masa ciega choca contra la superficie que queremos golpear. ¡La mía chocó contra la cara de mi amante, le pegué en la mejilla, le pegué a mis besos de otros días, a mis caricias, y esto aumenta la angustia llena de lágrimas que ahora siento! ¡Quisiera que me perdonaran los que no perdonan!

Su voz de poseso se iba diluyendo y apenas escuchábanse sus palabras entre el bocadear de sus sollozos.

—Párroco, no me duele nada, éste es mi mal; quisiera que me doliera algo para tener de qué quejarme y no hacerlo como lo hago ahora que me duelo de la vida, de este confuso no sé qué, que es la vida. ¡Qué favor me haría Dios si me enviara una de esas enfermedades que lo pudren a uno en pocas horas, en pocas horas lo dejan a uno sin amigos, sin más compañías que moscas negras y gusanos!

Alzó de nuevo la voz:

—¡Párroco, yo tuve una amante y yo le pegué a mi amante! ¡Cómo poder decir que no fui yo! ¡Cómo engañarme! ¡Cómo mentirme! ¡Cómo deshacer la verdad, el hecho, lo real...! Después de golpearla, Párroco, me sentí fuerte, altivo, capaz de seguirle pegando, pero más pronto me sentí vencido, ruin, sin voluntad para nada. Cien veces la quise acariciar y cien veces me retuve, ya no era un niño. Los niños golpean, pero luego acarician.

El Párroco apenas movió los labios para decir:

—El amor es cosa de bestias...

—¡Párroco —se oyó la voz de Luis Pino, ya de pie—, quisiera repetirte todo lo que te he dicho, que me escucharas, que me comprendieras, aunque es verdad que no es lo mismo oír que sentir...! Aunque te gritara mil veces “¡Yo le pegué a mi amante...! Yo le pegué a mi amante...!”, no lo sentirías como yo. ¡Párroco, yo le pegué a mi amante y por qué esto que estoy gritando no quiere decir otra cosa, algo así como yo perdí el tren! Pero, qué importaría, si el hecho sería el mismo, el mismo, el mismo sí, pero al menos para expresarlo emplearíamos otras palabras, no éstas, que aborrezco y me repito sin conseguir vaciarlas del sentido que encierran, vasos llenos hasta los bordes de la misma agua amarga. Los hechos no se pueden destruir. Párroco. Esto lo aprendemos los hombres demasiado tarde. ¡Se destruyen los sueños, se despierta de las pesadillas, los personajes de las novelas se borran, dejan de existir al doblar la página, pero los hechos, los hechos no se pueden borrar, si con sólo decir no es lo que fue, se borrarán, yo gritaría: “¡No le pegué a mi amante...! ¡No le pegué a mi amante... no le pegué... no le pegué Párroco”, y esto me llenaría de gusto el corazón!

—¡El amor es cosa de bestias...! —repitió el Párroco, la cara como una roca frente al mar.

—¡Párroco, yo tuve una amante y yo le pegué a mi amante! Recuerdo que la primera vez que en la escuela me di de golpes con otro muchacho, sentí la misma angustia. ¿Por qué no fue al revés, por qué no me pegó ella a mí, por qué fui yo el que pintó en sus mejillas dedazos negros como la pez? ¡Afortunadamente, ya no tengo esos dedos... mi mano fue castigada... esta mano... esta mano... esta mano, Párroco, con que le pegué a mi amante...!

—¡Oh, flor! ¡Oh, espuma! ¡Oh siglos de oro!, ayudadme a contar... —gritaba Pablo Figo, el irlandés— picó un pez de ruido silencioso, ojos de sueño y carne de sirena, el anzuelo con la carnaza de los dedos del amante que le pegó a su amante...

—¡Párroco, yo tuve una amante y yo le pegué a mi amante!

—¡Oh pez, señor helado de marfil y luna, ojos de cristal, ciego de mármol! —gritaba Pablo Figo— fuera del agua, ya no verás la mirada ladrante del lucero...! ¡Dadme un día sin muertos...!

—¡Párroco, yo tuve una amante y yo le pegué a mi amante!

—¡Dadme un día sin muertos...! ¡Dadme un día sin muertos!

TERCERA PARTE

I

Dos mujeres pasan por mi vida al mismo tiempo. No son interesantes. Mi tragedia se aumenta cuando pienso que no son interesantes. Ambas ocupan un mismo lugar en mi memoria; es extraño, pero es así: un mismo lugar en mi memoria. Como dos fotografías tomadas una sobre otra. Sus caras y sus cuerpos se confunden, hasta me parece que tienen la misma cara y el mismo cuerpo.

Viví con ellas en habitaciones sin ventanas. A esos días les falta el recuerdo de sus pasos: andaban como sombras sin hacer ruido y hablaban en voz baja. Pasé mi infancia con dos mujeres que tenían miedo de despertar a alguien o de que nos despertásemos nosotros encerrados en aquel recinto sin luz. No supe cuál de las dos era mi mamá. Una, decían que era mi hermana. En el recuerdo de aquellos días las distingo porque cuando me acariciaban, la que más me quería me hacía daño con sus besos largos. Ésta digo yo que era mi mamá y la otra mi hermana, aunque me confundo porque también decían que la que yo creía mi hermana, era mi mamá.

No conocí a mi padre y mi madre fueron dos mujeres tan suaves que su memoria me entristece, deprimiéndome igual que si me pusiese a pensar en cosas tristes. En las fiestas de los amigos que se alargan cuando están borrachos, me fastidió no poder reír, cantar, hacer bromas, pues algo superior a mí, una musiquita dejada y melancólica me amarga incomodándome. No soy feliz, pero no soy desgraciado: mi felicidad consiste en pensar en las personas con quienes habría sido feliz y mi alegría en no alegrarme, en sentir una especie de cosquilla reumática, de acabamiento estomacal y sin apetito. ¡Vaya un hombre como no hay dos!

Las habitaciones en que pasé mi infancia se encontraban en una sala larga, sin ventanas, sin muebles, de ladrillos que se iban hundiendo. Dormitorios donde faltaba el sol y, lo que es más triste, la luna. La luna da a las habitaciones, por humildes que sean, un sabor asiático. Se llegaba a ellas por una puerta grande que caía a un jardín. Sus hojas de madera muy gruesa ostentaban talladuras de la vida de San Cristóbal y dos cabezas de leones, sobre las que golpeaban aldabas de hierro. Siempre vi estas melenadas figuras con temeroso respeto. Me infundían miedo sus ojos cerrados. Ocho bisagras en forma de serafines, cuatro de cada lado, sostenían la puerta. Estas bisagras me falsearon la idea del cielo.

Del jardín tengo muchos recuerdos. Desde la puerta no alcanzaba a ver gran cosa, a pesar de la insistencia con que miraba los follajes, creyendo que a fuerza de contemplar un mismo punto, mis ojos iban a penetrarlos para ver detrás. Algunas veces el viento separaba las ramas y entonces a trechos se me ofrecían las calles de arena blanca, las estatuas, yo creía fantasmas, los arriates de flores y el agua que saltaba de no sé dónde a las canastas redondas de las pilas. Me era prohibido salir a la puerta y para ver el jardín aprovechaba los momentos en que me dejaban solo. No siempre vino el viento en mi ayuda. Desearlo era inútil, porque llegaba cuando menos lo quería. Infinidad de veces esperé en vano hasta la noche.

Una noche de luna vi un bulto negro entre los árboles. Recuerdo sus pasos sobre algo que se quebraba, frágil y tostado. Fue y vino, se detuvo mucho tiempo en la vecindad de un tronco y se marchó en seguida. Al desaparecer dejó ardiendo un gran fogarón. Ocho días más tarde hizo lo mismo, y ocho días después, tras encender el fuego, se dirigió a la puerta donde yo estaba. Era un hombre, cuando le tuve tan cerca que le miraba hasta los botones de la camisa, escapé, dejándole plantado... (te van a robar si sales a la puerta, me habían advertido mis mamás).

Apenas el hombre se marchaba, entraban ellas con las lágrimas en los ojos. Volvían de la calle enrojecidas de llorar, *como siempre*, y en la cama, antes de acostarse, lloraban conmigo.

II

Los sábados visitaban la casa cuatro señoras con aire de tontas. Por sus conversaciones supe que eran miembros de un instituto de caridad y que nosotros éramos pobres vergonzantes. Esto lo repetían muchas veces. Después de las señoras llegaba un grupo de caballeros ceremoniosos. Besaban la mano por compromiso a mis mamás. Y más tarde el cura.

Al lado de un cancel se improvisaba el saloncito juntando las sillas de la casa. Mis mamás recibían la visita con sus mejores trajes, los menos remendados, tratando de ocultar los zapatos viejos en las faldas. Junto a las ropas de las señoras, nuevas y brillantes, y las levas de gran valor de los señores y la sotana del cura, bellísima sotana, ellas parecían personajes históricos escapados de un museo o maniqués ostentando trajes descoloridos de la moda antigua. Conversaban del tiempo mencionando a Dios a cada instante. De la boca del cura salía la palabra Dios seguida de una bocanada de humo. Conversaban de la inmoralidad de las costumbres, anuncio del fin del mundo, clamando contra la concupiscencia de las gentes que se acuestan y se levantan como los animales. ¡No rezan, no ayunan, no piensan en Dios! Y volvía el cura a decir la palabra Dios seguida de una bocanada de humo. Conversaban de la muerte y de las Escrituras pasaban a lo anecdótico. El cura contaba las escenas más espeluznantes de la última hora de los pescadores, comparándolas con la agonía tranquila de los que mueren en el seno de Dios. Y volvía decir la palabra Dios seguida de una bocanada de humo. Los caballeros agregaban palabras sueltas y las señoras, que extrañaban el asiento duro de las sillas, comentarios más o menos largos, según conviniera. A mí me parecía que conversaban por solfa.

Durante la visita mis mamás subían y bajaban los párpados con resignación, el único recurso que les queda a los que sin poder moverse quieren dar a entender que están vivos. A su falta de ánimo, natural en ellas, se agregaba la tiranía del traje viejo, que se rompe fácilmente con un ademán cualquiera.

Llena la casa de Dios y humo, venían las despedidas. El cura alargaba la mano de gorila, que las señoras estrechaban a medias. Los señores inclinábanse por ceremonia y las señoras se abrazaban sin acercarse mucho. Mis mamás, conteniendo la respiración por temor a romper el traje, se adelantaban enseñando a las visitas el camino de la puerta de calle que siempre era el mismo. En la última luz de la tarde, me gustaba verlas pasar: la que yo creía mi hermana con la boca roja como una fruta de café, y la que yo creía mi mamá, ligeramente pálida, con las pestañas vueltas. En la puerta se despedían de nuevo. Los señores usaban sus sombreros y a lo largo de la calle, por un instante, oíamos rodar el carruaje del instituto de caridad.

Mucho tiempo vinieron a casa estas personas. Sin saber lo que significaba *pobre vergonzante*, presentí la cobardía que el concepto encierra: tener vergüenza de ser pobre, por haber sido rico, y recibir, casi como ofensa, la limosna que disimuladamente se nos da.

Un sábado faltaron las visitas. En la puerta pasé la tarde solo, sin ver el jardín porque el viento no movió las ramas de los árboles. No hubo luna ni estrellas. Sin saber, corrí a separar las sillas, diciéndome: ya se fueron las visitas...

Llegaron mis mamás y al cerrar la puerta sobre la noche negra, las oí decir que el Instituto no auxiliaba familias con hijos ilegítimos. Ellas lloraron y yo me dormí. Cuando me desperté, sin duda a medianoche, creí escuchar en la calle el carruaje del instituto de caridad, que se alejaba para siempre.

III

En esos días concluí el libro primero de lectura. De sus ilustraciones, recuerdo un niño vestido con una especie de mandil, que volaba un papalote. Gabacha y barrilete llaman en mi pueblo al mandil y al papalote. No ser aquel niño me hizo sufrir por primera vez: el cielo, el aire, la tierra, la luz, el sol, todas las cosas en aquella página estaban hechas para él —dichoso—. Hubiera querido arrancarlo y ponerme en su lugar.

Al concluir el libro me agasajaron. La que yo digo mi mamá, retuvo mis ojos, uno después de otro, bajo sus labios, largo tiempo. Y la que suponía mi hermana, me

obsequió un libro con estampas en colores, que aún conservo en mi biblioteca. Mejor se lo hubiera guardado: por él me convencieron que yo sólo sabía leer en el libro primero de lectura, o, en otras palabras, que no sabía leer. Mi primer triunfo se ahogó en sus páginas.

Una tragedia. Yo no conocía ni la O por lo redondo, como se dice vulgarmente, y *leía* de memoria con puntos y comas las lecciones del libro de lectura. Esa noche me acosté solo, quejándome quedito con San Antonio, y me dormí pronto.

A la mañana siguiente vino a casa un señor. Entró viéndolo todo: los muebles sin barniz, los pisos sin alfombras, los muros sin papel, las vigas sin techo, y concluyó por vernos a nosotros de la cabeza a los pies. Era un tipo: tenía las manos tiñosas: una mancha colorada que se me figuró el infierno. Sin saludar ocupó todas las sillas de la casa: en una puso su sombrero, en otra su paraguas, en otra su cartera, en otra sus guantes, y él instalóse en la última, obligando a mis mamás a recibirle la visita de pie.

Muchos años después estuve a punto de desvanecerme en un teatro de Londres. Asistía con amigos a un acto de hipnotismo y de pronto, vi que se transformaban el hipnotizador en el visitante de aquella mañana y la que servía de sujeto para las experiencias en una mis mamás. La decoración era gris, azulosa, indecisa como la luz en la casa de mi infancia. El hipnotizador ordenaba a la *médium* que le trajese la caja de sus joyas, y esta obedecía. Una de mis mamás, aquella mañana, vino con el cofrecito de sus alhajas a donde estaba el visitante, bajo la acción de una fuerza extraña. Y no sé más. Al marcharse aquél y desocuparnos las sillas, ellas se dejaron caer abandonadas con el cofre sin nada y las lágrimas en los ojos. Era dueño de un montepío, dijeron: una casa de caridad, supuse, que auxiliaba familias con hijos ilegítimos.

Por este tiempo, tócame recordar, mis mamás se sacaron la lotería. Volvieron las alhajas empeñadas, se cogieron las goteras para preservarnos del invierno e insensiblemente nos fuimos quedando otra vez pobres. Los pobres dejan escapar el dinero como los jugadores malafortunados. Hicimos mucha caridad y se dieron, además, corona de espinas y clavos de oro al Cristo de la parroquia; puñales de plata a la Dolorosa, espadas de bronce dorado a San Miguel Arcángel y saetas de níquel a San Sebastián.

Entre todos aquellos instrumentos de tortura principió a enseñarme la doctrina cristiana, una mujer de costillas de paraguas, pelo crespo y cara de calavera con pecas.

Pronto aprendí el catecismo y, en acción de gracias, cuando hice mi primera comunión, la Virgen María tuvo un nuevo puñal y el Señor de la cruz a cuestras, una cruz más grande.

De mi primera comunión guardo un recuerdo triste: el cura no se emocionó.

IV

Días después, a la misma hora me asomé a la puerta atraído por el peligro de que me robara el hombre que me había hecho correr. Y asomé. Lo divisé desde que se fue formando entre los árboles. Sus barbas, sus ojos, sus pasos brutales sobre algo débil que se quebraba dolorosamente. Lo vi agacharse y encender de nuevo sus fogarones. El humo se mezcló a la neblina triste del atardecer. El viento separaba las ramas hojosas para dar paso a una visión más completa del jardín, aunque ya borrada por la sombra del anochecer. Masas informes que a mi recordar imaginativo aparecían como elefantes, jirafas, camellos. Estos follajes con formas de animales se recortaban cada vez más negros en la dulce azulocidad del cielo que pringaban estrellas curiosas y chiquitas como yo. Las estrellas rezan el *Ave María* y el sol, el *Padre Nuestro*, me había dicho la que yo digo que era mi mamá. Y realmente, en la grandeza del cielo, me fue dable esa noche escuchar su *Ave María*, dulce de silencio de oro, como jamás la volveré a escuchar.

Entre tanto anhelo incomprendido, alargué una mano hacia el jardín para entrarlo conmigo a casa y recortar alguna de sus estatuas, yo las creía fantasmas, algunos de sus pinos, alguna de sus fuentes, de sus calles, de sus casitas adornadas con flores caedizas. De una estampa vieja, yo había recortado la luna y un cometa y podía pegárselos en el cielo a este jardín náufrago en la oscuridad.

—¡Toma la luna, jardín, tómala, te la doy por nada, la recorté con fas tijeras de mis mamás, pero no lo cuentes, porque me regañarían: las tijeras no son para cortar cartón!

Alargué la mano hacia la sombra y no grité porque no pude. Alguien me había agarrado la mano para dejarme en ella una flor. Examiné el regalo, sólo me habían tomado de la mano para depositar la flor entre mis dedos. Era suave como un trapito perfumado, el olor a maderas de aroma indefinible, como la presencia ausente de mis mamás, a quien oí venir por todo mi interior de niño, sin más ruido que el de sus sedas viejas, o el de sus penas de dinero, o el de las otras que yo no comprendía y que ellas llamaban al clamar con Dios, penas que estrujan el corazón.

Me volví a preguntar a la flor:

—¿Por qué callas? Lo mismo da. Sé que has venido a mi llamado y debo cumplir con lo que le ofrecí al jardín, de quien espero eres la representante. ¡Toma la luna...!

Y de la bolcita de mi blusa, donde cabía con dificultad una moneda, saqué la luna y se la di a la flor.

La flor ya tiene la luna, pensaba yo y por pensar y pensar en la misma cosa, me confundí... ¡La luna ya tiene la flor...! ¡La flor ya tiene la luna...! ¡La luna va tiene la flor...! la flor, la luna, la luna, la flor...

Me habría vuelto loco, gira que gira mi cabeza entre la flor y la luna, la luna y la flor, la flor y la luna, igual que trompo, si no me hablan con vozarrón tan ronco que creí que era el rugido de uno de los leones, sobre los que golpeaban las aldabas, a los

dos lados de la puerta.

—¡Cómo te llamas...! —me preguntó el hombre que encendía los fogarones.

—¿Que cómo me llamo? —le respondí. Mi miedo fue grande al ver que chupaba una brasa, caramelo del diablo, y echaba el humo por las narices, como un ferrocarril. Los botones de su camisa me calmaron un poco. Tiene botones, tiene camisa, no debe ser tan malo. Tiene camisa, tiene botones... camisa... botones... botones... camisa... y ya me enredaba como me pasó con la flor y la luna, cuando el hombre que encendía los fogarones volvió a hablar:

—¿Y la flor? —me preguntó.

—Se la di a la luna...

Mi rápida respuesta obedeció al temor que me embargaba.

—¿Y la luna dónde está? —agregó desconfiado.

Me llevé la mano a la bolsita de la blusa, mientras él reía estruendosamente.

Mi ansiedad por oír rodar el carruaje alquilado en que algunas tardes, cuando se les hacía muy noche, volvían mis mamás, creció a la par del miedo que me inspiraba aquel hombre. Quería que mis mamás llegasen y que no llegasen. No sé. Quería que vinieran pronto para que me salvaran de aquel que parecía un árbol con cara de gente. Quería que no asomaran a fin de que aquel hombre-árbol me contara otras cosas del jardín. ¿Qué había más allá de las gruesas cortinas de follaje? ¿Cómo se formaban las flores y las alegrías del agua? ¿De qué eran esas figuras de tierra blanca que en grupos amorosos se alineaban de distancia en distancia, y qué era lo que él quemaba en sus fogatas?

Vamos, que ya no me conoces y yo fui el que te trajo la flor. Soy Eduvijes...

—¿Eduvijes...? —repetí en voz alta, y el viejo me contestó casi automáticamente:

—Sí. Eduvijes...

Rodó el carruaje por la calle empedrada, bajaron mis mamás con los ojos llorosos y Eduvijes se desapareció en la noche.

Ocho días después volví a conversar con él. Vaya una inocencia, decíame a cada paso, o bien que le valga el ser inocente. Le pedí que me llevara al jardín, pero no quiso. La noche era fría y el viento pasaba silbando enfurecido.

Mi amistad con Eduvijes fue más y más estrecha. De su mano conocí el jardín y algunas veces me llevaba hasta su casa. Tenía un hijito ciego. Ahora ya sé que Eduvijes, el jardinero, pisoteaba las hojas secas al andar, que las estatuas son de mármol y que encendía fogatas para quemar hormigas. Sólo del estanque no sé nada, pues no deja que me acerque, porque el agua es traicionera.

V

Eduvijos —yo le llamaba “Ebuvijs”—, me contaba los *Cuentos del Cuyito* con el humo de su pipa hecha con lo de adentro de una mazorca de maíz, y por eso, tal vez, antes de cada cuento, repetía: éste es otro contar, hablar con el humo es otro contar...

CLARÍN CLARINERO

Don Claro, clarinero, y Doña Clara, clarinera, familia de clarineros, parientes de los luceros por el brillo de su pluma, húmedo azul en espuma, el dibujo de su estampa, de ágil acero templado, sus picos negros, muy negros, y sus ojos de oro tul.

Don Claro, era un caballero avaro, de smoking azul oscuro; y Doña Clara su esposa, una pájara ambiciosa, y su hija Clarirosa, a quien buscaban marido, una muchacha preciosa;

Clarita y Don Clarinero hablaron de emprender viaje, para consultar al Buho: quien se debía casar con Clarirosa, su hija.

La llevaron de equipaje, es decir, del puro pelo de la pluma del güergüero, porque no estaba hecha al vuelo de distancias y distancias.

—Shí, sheñorón —decía don Clarinero, con su ronquido de embudo, al consultar al Gran Buho, con quien debían casar a Clarirosa, su hija—, en eshta cueshtión de amores, conshultamos a las floresh y ellas nosh dieron la clave de casharla con un ave poderosha...

Los Buhos aconsejaron, por el pico del Gran Buho, que Clarirosa amarrara su destino de turquesa, con el Viento Huracanado, que es un ave poderosa.

Pues sobre el ya, a buscarlo. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba? Ocupado como siempre en labrar vigas mayores que soplabá con su aliento, como si fueran espigas o palillos de tambores.

—¡Tu mano vengo a pedir... —habló Doña Clarinera, moviendo la movedera como si fuera soltera.

Huracanado les dijo, luego que ellos se explicaron, qué el Pájaro Nubarrón era más fuerte que él y muy propio para esposo de Clarirosa, porque tenía sabido que para ser buen marido preciso es ser cegatón, un poco sordo y panzón.

—¿Y dónde encontrar a eshe? —preguntó Don Clarinero, molesto como marido por lo dicho y ya oído.

—¿Por las señas, qué me empeñas?

—¡Somos pobres, lo único que tenemos y que nos vale un tesoro, es la niña ríe las alas azules de cielo y los ojos casi de oro! Mas te empeño mi palabra, que se abra la abracadabra, si en lográndole marido poderoso, no eres correspondido; hablo en nombre de mi esposo y en el mío, ¿Has oído...?

—Si es así la seña es ésta: el Nubarrón hace siesta en hamaca de celajes, más allá de esos follajes...

Los Clarineros siguieron hasta dar con Nubarrón, de horrible aspecto de vaca, paja y melcocha a la vez y la cabeza en los pies, en forma de una nubita con su pelito de caca.

Despertó, echó carbón por sus narices soplona, antes fie poder decir:

—¿Qué quieren las mis personas?

—¡Bushcándolo andamosh, Don...!

—¡Se ha de saber para qué, porque no tengo tres pies!

—¡Porque el Señor Nubarrón es lo más fuerte que hay, y Clarirosa Azulmar, debe casarse con él!

—Menos palabras, Señora: volanderos se metieron a mi casa dos amigos de lo ajeno...

—¡Sus suegros!

—¡Cangrejo, cuánto me alegro... de que sean mis suegros! Y como soy adivino, al pan, pan y al vino, vino: no creo que a mí me quepa la suerte en esa maroma, porque tenemos al Trueno, que es más fuerte y es más bueno.

Don Trueno poco veía, era más que cegatón; salió de una nube fría, con gran ruido de cañón.

—¡Po-ron, pon-gon... pongon... pongon... dónde me ponpongon...!

Doña Clarita, antes de hablar al que era más que Huracán, más fuerte que el Nubarrón, se sacudió toda entera.

En la bocota del Trueno, el nombre de la doncella sonaba muy bronco y feo.

—¿Casarme yo que hablo duro, que tengo lenguaje altivo con una niña que lleva un nombre de jerigonza? Y además, soy menos grande que el Relámpago que expande sus polvorines de oro, cuando se nos suelta el toro.

Don Claro y su fiel costilla, siguieron camino arriba con su hijita la doncella.

Lloviznas de Abril y Mayo y en un pico de montaña, Don Relámpago.

—¡Cuidado, mamá, el rayo! —alcanzó a decir la nena con su lengüita de vena; pero ya la clarinera estaba como tostada.

—¡Don Relámpago, por Dios, por poco nos deja ciegos!

—Palabras traen de tierra, mi señora, pero la pluma es de cielo. Bienvenido si es en paz, y si no, ¡viva la guerra...!

—Y del cielo le traemos, por ser quien todo lo puede, á Clarirosa...

—¡La boda debe celebrarse hoy!

—¡Sé la intención de los dos! Yo soy un cofre de oro. el cielo entero es mi arca, poseo lo que poseo y no sé lo que poseo, ni exagero mi riqueza: de los pies a la

cabeza soy de áureo resplandor... ¿Clarirosa casaría con mi dinero o mi amor?

—¡Que ella lo diga, Señor!

—¡Yo... —dijo Clarirosa— debo casarme con el ave superior!

—¡Y qué superioridad, fuera de una gran fortuna! —adujo Don Clarinero, mientras salía la luna.

—Pues no hay superioridad, sino engaño en los sentidos: mis riquezas y caudales, son cual todos los caudales, pasajeras explosiones de metales...

El Rayo saltó y dijo:

—¡Aquí estoy! ¡El Ave más fuerte soy, todo lo vuelvo ceniza, nada resiste mi furia! ¿Quién es ella? Voy a soltar la centella...

En lo más alto de un pino, ¡picú...! ¡picú...! se oyó un trino.

El Rayo, pluma de fuego, saltó al momento furioso, hirió al árbol, lo hizo un trozo, y fue a chocar en las piedras.

El pajarito del trino volaba dulce y divino, y tras él los Clarineros más ligeros que ligeros.

Por fin detuvo su vuelo y Clarirosa Azulmar vio que se le abría el cielo, para decirle: “¡Te quiero... yo soy Clarín Clarinero y soy más fuerte que el Rayo, el que a su vez es más fuerte que el Relámpago y el Trueno, el Pájaro Nubarrón y el Viento Huracanado!”

La boda no fue en la iglesia. Ella y él en un trapezio de azules quiebracajetes. En lugar de hablar de amores, hablaron de sus juguetes. Dos miniaturas azules y un día como bendito.

LA PALOMITA VERDE

Doña Palomita, que es muy tortolita, y Don Palomón, que es muy picudón, hicieron su nido en una casita plantada en el patio de un gran caserón.

Doña Palomita sintió un coliquito y Don Palomón —¡Pon! ¡Pon! ¡Pon!—, le dio tres palmadas en la barriguita. Y puso un huevito Doña Palomita, redondo, blanquito.

Doña Palomita calienta el huevito y Don Palomón le alimenta el pico: que un maícito rico, que un migajón y... siempre Un besito.

¡Calambre! ¡Caramba!

Del huevo redondo salió un pichoncito. Doña Palomita le echó salivita y don Palomón le dio un aventón para que acabara de salir luego.

Se habló a la Madrina —¡cu-ru-cu-cu-cu!— para bautizarlo; y se habló al Padrino

—¡co-ro-co-co!— para bautizarlo. Y vino el bautizo seguido de fiestas, visitas al vuelo; participaciones, y creció el infante, hasta que su padre, el Don Palemón, lo sacó a las ramas de un arbolito.

—¡Este es un huevito! —gritó Palomín—. ¡Ya no Soy pichón, se lo llevo a mamá, quiero un hermanito!

Y Don Palomón le dijo muy serio:

—¡Eso es un limón, y no me hago cargo de un muchachín de cáscara amarga!

Lloró Palomín, como si fuera a ir a la escuela. Vino su Padrino —¡co-ro-co-co-co!— a ver qué pasaba, y oyó su deseo: cortar el limón; y la Madrinita —¡cu-ru-cu-cu-cu!—, oyó su deseo: cortar el limón.

Doña Palomita que andaba en la iglesia, oía la misa desde el campanario, llegó muy a tiempo porque los Padrinos y don Palomón iban a dar al chiquito su buena lección.

Doña Palomita sacudió las alas húmedas de brisa y muy menudita se puso a buscar si en el ala blanca de Don Palomón había un piojito o una pulguita, mientras le decía:

—¡Don, Don, Don... qué le pasó al lloroncito!

—¡Es un remalcriado, ya no me hace caso! Le habló su Madrina, le habló su Padrino y no hace caso... ¡Quiere un hermanito de ese limón!

—¡Dios guarde, chiquito, de ese limón no nace hermanito!

La escuela... La vida... Palomín Genario, tal el apellido de sus familiares, apellido extraño. Los otros amigos eran Benavides, Montejo, García...

El joven palomo, la color de plomo, los ojos celestes, las patitas rojas con plumas en forma de escamas o botas, era un caballero que usaba corbata, bastón y sombrero. , Con las alas rotas de cruzar distancias, llegó hasta su casa.

Su madre le dijo:

—¿Qué pasa...? ¿Qué pasa...? Tu padre ha salido...

—¡Ay, madre —le dijo—, hoy encontré un nido con un pichoncito color ambarino, un palomín verde hijo de un limón!

Doña Palomita se quedó chiquita ante el notición y en eso el ¡pon! ¡pon! de Don Palomón. Volvía del prado un poco cansado. Se caló las gafas para oír atento, mas mirando-viendo que oyendo entendió mejor lo que le decía con gran alegría, Palomín Geranio.

—¡Don, Don, Don... —dijo la mamita— nació de un limón!

—¡Color verdecito! —gritó Palomín.

—¡Pues no es caso extraño! —repuso el papá.

—¡Anda por allá! —cortó la mamá.

—¡Porque es periquito...!

—¡Por poco me muerde!—terció Palomín.

—Y por eso dije que yo no quería ningún muchachito de cáscara verde.

CORAZÓN DE AGUACATE

Periquito Verde nació a la limón de Doña Perica y Don Pericón. El pico filoso, como un abrelatas, y uñas en las patas, empezó él Perico a sacar las uñas y a buscarse piedras para darse filo de clavo en el pico.

Trepar y picar era su trabajo. Allá se encumbraba por un palo seco, aquí daba un tajo cortante en un fruto, gritando, chillando:

—¡Yo soy el Perico y tico-tu-tico... tu-tico... tu-tico...! Yo soy el Perico, vuelo como vuelo, trepo como mico...!

—¡La cosa está que arde! —pió volandero su padre a su madre, y Doña Perica y Don Pericón abrieron las puertas de sus alas verdes y alzaron sus cuerpos con prisa de espacio.

Sólo Periquito volaba despacio...

—¡Apúrate, niño: ¿no ves el incendio? ¡Se quema lo verde! ¡Lo verde se quema! ¡La cosa está que arde...!

Y el Perico chico, decía entre dientes:

—¡Yo no soy cobarde!

Más luego que el fuego llegaron sus padres a una colina, y Don Pericón, sudosas las alas, enterró el piquito en la pluma verde de Doña Perica, y le dio un besito.

Vida de milagro tenían los tres. El incendio ardía desde hacía un mes. Y sólo quedaron, en el campo muerto, los aguacatales con las ramas altas cargadas de frutos.

Periquita madre entornó los ojos, mientras su marido decía a su hijo:

—Sé, por experiencia, que en el aguacate se esconde la ciencia. Tú eres obediente y cuídate mucho de enterrarle el diente.

—¡Muy bien, papaíto; pero yo quisiera saber de esa ciencia!

—¡Lo sabrás más tarde, cuando estés más verde!

—¡Sí, hijo, paciencia!

—¡Papá Pericón —chilló Periquito—, ciencia de aguacate para mi piquito.

Un temblor de tierra botó un aguacate. Doña Periquita se esponjó del susto, como una lechuga.

—¡Es un disparate! —regañó a Perico, Papá Pericón—. ¡No es para los niños ciencia de aguacate!

—¡Papá Pericón —lloró Periquito— nunca me dan gusto; ciencia de aguacate para mi piquito! ¡No sea malito! ¡No sea malón!

Y en esto diciendo voló hacia la fresca gramita de un prado, donde el aguacate, más que un fruto, era un perico echado.

Doña Periquita voló más ligero, cubrió el aguacate, se hizo la dormida. Debajo del ala puso la cabeza y medio echadita escondió patitas.

¡Eres mi pariente, por verde—parló Periquito—, pero eso no quita que te entierre el diente!

—¡Muerde!

—¿Habla el aguacate? —recluyó Perico recontrasustado.

—¡Habla!

(Era su mamita la que contestaba).

—¡Esa voz me pierde! ¡No te veo pico! ¡Dime pronto, pronto ¿dónde está tu ciencia...?

—En mi alma redonda, redonda es la ciencia...

—¡Más vale que sepas que no soy un tonto!

—Y tú... ¡Más vale que sepas que es mejor prudencia!

—¡Voy a picotearte, hasta desangrarte, o hablas cabal!

—¡Perico animal!

—¡Y no contradigo: tú eres vegetal!

—Además, tu amigo...

—¿Corazón redondo se llama mi amigo?

—¡Acerca tu oreja! Oye cómo late corazón redondo.

Doña Periquita reía por dentro. Había testigos: seis hormigas negras y un moscardón.

—¿Y dónde lo tienes, Señor Aguacate? —preguntó Perico.

—¡Lo tengo en el centro, es mi corazón!

Las frutas no hablan. Medio desconfiado, tapó sus oídos con las alas vueltas y en ese descuido voló la Perica y sólo quedaron Perico y el fruto botado en el prado.

—¡Nunca se ha oído que habla el aguacate! ¡Pero, habla, contesta!

Periquito iba, venía, volvía, sin que se moviera el fruto del suelo. Por fin, a lo malo le dio un picotazo.

La fruta no dijo esta boca es mía. Otro picotazo y otro le daría, si no contestaba.

La cáscara dura de Don Aguacate quedó perforada por mil agujeros, como regadera, y más agujeros, y más agujeros. Periquito estaba dispuesto a que hablara. No era Periquito sino era una fiera.

Por fin del silencio del verde aguacate, rodó tina pepita color chocolate.

—¡Corazón redondo! —exclamó el Perico y le enterró el pico; pero fue en un grito, porque dio en tabla, metal o granito...

—De dónde regresas... Ya casi no vuelas...

—¡Me duele el oído! ¡Me duelen las muelas!

—¡Periquito lindo, mi hijito precioso —dijo la Perica—, ven a que te cure con mi salivita!

—¡Ay, ay, mamaíta, piqué una pepita!

—¡Ay, ay, Periquito —dijo Pericón"-, querías la ciencia, ya está la lección. Corazón redondo tiene el aguacate y el mundo también, y ¡ay del que los pica, como yo sé a quién...!

ZOPILOTES BLANCOS

—¿Y esos toquidotes?

—¡Son don zopitales!

La puerta del cielo se abre poquito y nunca de prisa. La puerta del cielo es una sonrisa.

—¡Pasen mis Señores! —les gritó el guardián, sentado en el fondo de un largo zaguán.

Doña Zopilota se limpió los pies, antes de la alfombra, y Don Zopilote, su marido-sombra, lo hizo después.

—¡Don Chevo...! —exclamaron las dos gallinotas, al ver al portero barbado y con botas.

—¡Soy Pedro! —contestó San Pedro—... y en la portería me puso el Señor, Pedro el pescador...

—¡Queremos entrar!

—Pero han de pagar...

—Traemos tabaco... —en desanudar un pañuelo sucio, donde le traían tabaco curado, pasaron los zopes un rato apurado.

Luego Doña Zopi, preguntó entre dientes:

—¿Popí, no está Santo Dios?

—¿Qué es eso de Popí, si se llama Pedro? —gritó el Zopilote con voz de garrote.

—¡Perdone, Zopito!

—¡No hay de qué, Zopita!

Y Don Zopilote y la Zopilota, esponjan la gola, remueven la cola y dicen los dos:

—¿Está Santo Dios?

—Como en todas partes... —contestó el portero, mientras en su mano olía el tabaco curado con higo.

—¿Estará en el cielo? Venírnosle a hablar...

El viejo portero movió la cabeza:

—¡Lo que dije, digo! ¿Cómo no ha de estar?

Vino Ángel Pistolas. Las nubes formaban tumbitos y olas. Dos eran sus pies, pero al ir andando se veían más. El Ángel Pistolas tenía cien pies.

El Gran Grandote de Don Zopilote, preguntó si estaba visible el Señor y Ángel Pistolas, como hablando a solas, contestó que estaba, pero no visible. Dios es invisible.

Doña Zopilota se puso más negra, tragó salivota y Don Zopilote dio un salto hacia atrás. Ella lo detuvo:

—¿Para dónde vas...?

El Ángel Pistolas les daba esta seña:

—Donde vean fuego, no vean la leña... El que ve la leña, se fija en lo feo y Dios es muy lindo, hay que ver el fuego...

—¡Vamos viento en popa! —dijo Doña Zopa.

Y los tres siguieron, el Ángel con ellos, y al ver una hoguera abrieron los zopes las alas en cruz de palmera. Y ante Dios hablaron:

—¡Cru-tru-ó...! ¡Cru-tru-ó...! ¡Cru-tru-ó...! Ser negro es muy triste. El luto en el cuerpo, el luto en el alma, el luto en las alas. Señor, tú vestiste de blanco las y aves risueñas y los zopilotes no son aves malas, no son tecolotes. ¡Nos duele lo negro tan negro en la cara, tan negro en el cuerpo, tan negro en las alas!

¡Yo sé lo que hice —contestó el Señor, su voz en el fuego como soplador—; pero sea, sea que además de Dios, soy un servidor: os visto de blanco y ¡ay! de vuestra especie, sufrirá accidentes de vuelo muy graves; ¡adiós, pobres aves...!

—¡Cru-tru-ó...! ¡Cru-tru-ó...! —salieron gritando de gusto y de susto. Don Zope y su Zopa, volvían del cielo vestidos de blanco, cambiaron de ropa.

—¡Pidamos un niño! —graznó el Zopilote; su pescuezo era como hecho de holote.

Doña Zopilota le repuso al punto:

—¡Mejor hacer cuche, que yo traje al niño, del cielo, en el buche!

Y el Zopilotito ya nació blanquito, igual que un pollito, y Don Zopilote, fuera adonde fuera, lo contaba a toda la zopilotera.

El Ángel Pistolas asomó a la puerta del cielo, un buen día, para ver qué había de las aves negras y vio, con San Pedro, pasar como nubes de ángeles mancos, zopilotes blancos.

Día de Difuntos de los Zopilotes. Un mitin mitote de tope y rebote, con un zopilote se daba otro zope. Se formó el molote. Unos en barrena, otros como hojas, con las alas flojas, caían al suelo desde el cielo azul. Como eran blancos, cuando iban volando muy alto, ya no se veían a la luz del día.

—¡Por blancos! ¡Por blancos! ¡Por blancos! —gritaban las viudas, los quebrantahuesos y los tecolotes, junto a los despojos de los zopilotes.

—¡Cru-tru-ó! ¡Cru-tru-ó! ¡Cru-tru-ó...!

—¡Ya nadie alborote...! —chilló una zopota—, iremos al cielo a pedir a Dios que hizo bien las cosas, que nos deje negros con tal que podamos volar hasta el sol.

—¡Cru-tru-ó! ¡Cru-tru-ó! ¡Cru-tru-ó! —clamaban los zopes—. ¡Zopilote blanco, zopilote muerto! ¡Zopilote blanco, zopilote muerto! —y Dios les dio oído a su pedimento.

—¡Pero habrá castigo, por desobedientes, y aunque echen pelo! —dijo Ángel Pistolas.

Y apuntó San Pedro, en un libro negro:

—¡Los zopilotitos, hijos de los zopes, serán blancos, blancos, para que sus padres se recuerden siempre, al ver sus pichones, que lo que Dios hace no tiene mejor, y serán belitres como hijos de buitres, y con mal olor!

LA MAQUINITA DE HABLAR

Perniles de carne verde, sombra de sombra en el agua, mostraba Felicianita por debajín de la enagua, alargada en el diván de una hoja de nenúfar y la cabeza en almohada de cebollas que no olían a cebolla sino a corazón de anís.

Felicianita, la Rana, era hija de otra rana, una Doña Felicianita Arope. Viuda feliz.

—¡Ranita, la más galana, por verde y por haragana! —le piaban en el agua, las corolas de las olas de viento, tierra y amor. Y Felicianita, la Rana, la gentil Felicianita, sin despertarse sacaba de sus párpados de arrugas, los dos globos de sus ojos de alcanfor.

—¡Ranita, la más galana, por verde y por haragana...!

Pero soñar, no es soñar, si no se mira la luna, mientras se nada de espaldas. Felicianita la vio como alcanzaba de plata.

—¡No hay nada como el oro macizo —se dijo. Felicianita— y ésta mi enorme fortuna, fortunita de la luna, servirá para comprar una máquina de hablar!

Y se marchó a la ciudad.

—¿Hay máquinas de hablar? —preguntaba por aquí...

—¿Hay máquinas de hablar? —preguntaba por allá, con su boca de besito, sobre el hombro la sombría, la ropa, la pantorrilla, sombrero en la coronilla.

Mi Señorita, no hay, si quiere Usted de escribir hay máquinas, y si Usted quiere de ver, máquinas para leer...

Mas, después de mucho andar, preguntar y preguntar por máquinas para hablar, en el mercado encontró y sin mucho regatear al momento la compró. Tenía para pagar, porque sacó de la luna, dinero para botar.

Doña Felicianita Rana, y su Abuelo Don Rancual estornudaban fatal.

—Esto está peor que el catarro... —se sonaba Don Rancual en el pañuelo de seda un gran mocote de barro.

—¿Y Felicianita di...? —removía Felicianita, bajo un quitasol de sapo— si dijo que iba al mercado, ya debía estar aquí, porque no somos de trapo... A mí...

—Sí, a ti...

—Me dijo que me iba a comprar una máquina de hablar...

—¿De hablar? —saltó Don Rancual.

—Por eso le di permiso...

—¡Querrás decir de escribir...!

—¡Más vale que la esperemos pues no tardará en venir!

—Yo ya me siento morir...

—¡No escupas, Rancual, no escupas!

—¡No me dejas ni escupir!

—¡Nacerá otro renacuajo, y más nietos más trabajo!

En el agua cristalina, peces de todos colores, lagartos recién nacidos y pájaros con los picos con estuches de navajas. Don Rancual y su jaqueca y Felicianita Arope, el

apellido de Arope le venía del rompopo que tomaban sus papas.

—¿De dónde sale esa niña?

—¡Fui al Mercado de San Blas!

—¿Y qué nos trajo?

—¡Chancaca!

—¡Y qué más...!

Feliciana, Doña Rana, entreguaba silencio, porque con la boca seca paladeaba el aire tibio, como hablando para ella con silbidito de anfibio.

—Y qué más... quiero saber —estornudó don Rancual—, porque me ha puesto curioso el dicho de Feliciana, no porque sea mujer; pero me pica saber, si encontraste en el mercado, una máquina de ver...

—¡Yo la compré la otra vez —articuló Doña, Doña—. la máquina para ver que sirve para leer; y no rujas: ¡Tú lees con esa máquina el periódico de burbujas...!

—Yo no hablé, tú no hablaste, Felicianita no habló... Perdón por mi insensatez, pero soy viejo y ¿qué es...?

—¡Abuelito, fui a comprar una máquina de hablar y lo que acabas de oír como si fuera una quejido...

—¡Es la cuerda que hace ruido! ¿Máquina que habla con cuerda, me está llevando la Diabla de tu abuela, rana y sapo que murió...? Pero ¡ea!, mi Dios... si también oigo una voz!

—Un aparato moderno —dijo Doña Feliciana, rascándose la cabeza con su manita de rana.

—¡Me voy a ir al infierno, si no sé por fin qué es!

—Una máquina de hablar, Abuelo...

—Pues... pues, pueesss... —masculló la señorona, le colgaba la papada como que era ya jamona.

—¡Santo cielo, ya fuiste por perdición a comprar una trompeta con ruidos de indigestión!

—¡Qué lata la dé esta niña! —trinchó doña Feliciana.

—En la feria del Carrizo entramos en competencia ciento diez ranas a coros con un aparato de esos...

—¿Y qué pasó, abuelito?

—¿Qué pasó? Tu media-nana, una rana que te crio, de puro gritar: ¡a-ó, a-ó, a-ooooo... oooo... oooooo!, como un bolsón reventó.

—¡Allí fue la de Chinchín —dijo Doña Feliciana—, aquel precioso ranín, mitad flor, mitad juilín, que acabó en un estertor, porque aunque llegó el Doctor, no le pudo destrabar de la garganta aquel “in”; se le tapó la nariz; se le tiró de los pies y, nada murió de “in”, “in”, “in”... y de ahí la enfermedad que se llama inanición...

—Y Doña Sergia Turbina, de once ruidos, quince ecos por delante y doce por el tracero, que murió diciendo lero: lero-lero, lero-lero...

—¿Y el aparato? —preguntó Felicianita...

—¡Qué niña, mejor que no hable!

—¡Ay, mi mamá; tan amable!

—El aparato indomable; se recibieron repuestos de ranas recién nacidas, otras mejor entrenadas; pero metía tal ruido aquel traste de Luzbel, que no se oían las ranas...

—Y ahora, enseña tu compra, hija de mi corazón, y nieta de don Rancual, el que sabe el bien y el mal...

—Y si es igual, es molesto; pero tendrás que marchar con la máquina a otra parte...

—¿Con mi máquina de hablar...?

—Con tu máquina de hablar... ¡Afuera con ese chunche de hojalata, plato y cuerda!

—Yo se los voy a enseñar, Dios quiera que no los muerda, costó una bolsita de oro del tamaño de la luna.

Don Rancual y Doña Rana, Felicianita la Mayor, callaron, gran estupor, y después ambos a coro:

—Pero si es un loro...

Y Felicianita Arope, cascabelera de risas, ajustó la explicación:

—¡Una máquina de hablar con cuerda de corazón!

VI

En la casa de Eduvijes, me llevó de la mano una mañana a través del jardín enloquecido de mariposas, tuve la alegría de encontrar a su hijo ciegucecito. ¿Alegría? Sí, la alegría de irle enseñando todo lo que no veía con palabras más o menos precisas, aunque raras y muchas veces de mi cosecha imaginativa, ya que no podía dejarme acorrallar por un ciego cuando me preguntaba qué era esto o aquello. El mundo de mi amiguito fue un mundo raro, infantil, inventado por mí. No sé, pero ahora me da remordimiento no haberle pintado las cosas más alegres y habérselas entristecido algunas veces.

A menudo tropezaba con graves cuestiones. Los colores, por ejemplo. ¿Qué es azul?, me preguntaba. Azul es azul, le respondía. ¿Cómo...? Pues cómo ha de ser, azul. El cieguito callaba, sin quedar muy convencido. Para explicarle la forma de los objetos, encontré un sistema divertido, es decir que me divertía. Recortárselos en cartón. La luna y el sol redondos. Las estrellas con picos. Las casas, las cruces, la

figura de las vacas, todo. Sólo que después de mis pacientes recortes y explicaciones me decepcionaba, pues al interrogarle, dándole la luna, qué era lo que tenía en las manos, me respondía: tina vaca. No sé por qué razón al tocar una cruz el ciego decía: ésta es una casa, y al tocar una casa, creía que era la luna, y al tocar la luna que era una vaca, y al tocar la vaca que era una estrella. Si, le respondía yo, así es. Qué hermosa debe ser esa gran cruz de oro, exclamaba suspirando, mientras pensaba en la luna. Qué dulce impresión deben de dar estas casas al que las ve, agregaba, tocando las estrellas. ¡Qué vaquita!, concluía tocando una cruz. Todo al revés, mi discípulo tomaba las cosas por no sé qué diablo de extraña gracia, como no eran.

A veces yo cerraba los ojos y con él repetía, qué luna, qué casas, qué estrella, tocando las figuras recortadas de vacas estrellas y casas.

Después de largas meditaciones e intentos frustrados logré explicarle cómo era un árbol. Lo puse de pie y le hice levantar los brazos. Sus dudas fueron muchas. Para explicarle cómo andaban los perros, le pedí que caminara sobre los pies y las manos. Sus dudas también fueron muchas.

¿Los pájaros?, me preguntó un día. Pues es fácil, le respondí y con habilidad recorté un pájaro en papel de china, un pájaro-barrilete con flecos en lugar de alas, y se lo puse en las manos. ¿Lo tocas...? Sí... Éstos vuelan, es decir no pesan, suben en el aire. ¿Y el aire...? Ahí me estrellé. El aire..., es lo que tenemos adentro cuando respiramos. Ah, la sangre... Sí, le dije con remordimiento por salir del paso. El ciegucecito se sacudió al sentarse en una atmósfera de sangre. Después de un suspiro, me dijo: Entonces las casas, las vaquitas, las estrellas, la cruz, los perros, la luna, cuando vuelan son pájaros.

Pasé tantas y tan gratas horas a su lado que llegué a quererlo como algo mío, como a un juguete. Lo besaba, lo apretujaba, besos y apretujones que al ciegucecito le causaban una alegría que lo hacía tiritar, estremecerse. Después de abrazarnos y besarnos, guardábamos silencio. Otras veces, cuando más contento jugaba, se lo oía suspirar. Por qué, nunca supo por qué, aunque a veces me dijo: porque soy ciego, porque no sé dónde está mi mamá, porque no puedo ver a mi papá, porque no puedo verte a ti. Sus palabras descascararon algo triste en mi interior, aunque me halagó oírlo decir que suspiraba porque no podía verme a mí.

En el jardín habíamos esperado la luna. Entre las hojas el ruido del viento dejaba una música de sueño y las nubes, muy altas, se recostaban unas sobre Otras, como almas cansadas.

—¿Dónde están las nubes? —me decía.

—En el cielo —le respondía yo.

—¡Ah, es verdad, es verdad, las nubes tienen forma de vacas, de casas, de árboles, de gentes, de soldados que van a la guerra marchando al compás del tambor del sol, porque eso es lo que se oye entre los árboles, el tambor del sol!

Y tras callar y apretarnos las manos, me preguntaba:

—¿En dónde estamos?

—En el jardín... ¿No sientes?

—Ah, es cierto, en el jardín, el jardín es como el cielo.

—¿Quisieras ver el jardín?

—¡No, quisiera verte a ti ¿Cómo eres? ¿Eres como soy yo? ¿Tú tampoco miras? ¿A ti como a mí otro te lia contado las cosas del mundo recortándotelas en figuritas?

Me estremecí.

—No es triste ser ciego cuando, como dice mi papá, uno tiene amigos como tú que le cuentan cómo son las cosas. Hay personas que aunque miran, ignoran muchas cosas y tienen la desgracia de carecer de amigos, de alguien que les explique cómo es el mundo.

Sus palabras se cortaron y suspiró.

—Suspiró porque no puede ver a mi mamá, que no está en la casa, pero aunque estuviera, para mí su imagen sería ausente. Dichoso tú que la conoces, que la has visto hasta cansarte, hasta parecerte fea, o muy chula, qué sé yo...

La atmósfera tibia del jardín glorificaba las ramazones de los árboles. Sin responder a sus preguntas, con la cabeza baja y los ojos húmedos de un llanto dulce como sereno, le acompañé hasta su casa y volví a la mía en el momento en que regresaban, vestidas de negro, la que yo creía mi mamá V la que creía mi hermana.

Me refugié en un rincón, el más oscuro, y me puse a pensar. Mi ceguera era más triste, mucho más triste... tenía ojos y no podía decir he visto a mi mamá. No es triste ser ciego, había dicho el hijo de Eduvijes, cuando uno tiene amigos que le cuentan cómo son las cosas, y era verdad, porque yo, sin ser ciego, carecía de alguien que me explicase el misterio de aquellas dos mujeres que lloraron tanto cuando se alejó de nuestra puerta, para siempre, el carruaje de la casa de caridad.

VII

Días y días pasó al lado de mi amigo jugando a que era su maestro, satisfecho de mis explicaciones, cada vez más precisas, aunque triste porque si mis ojos veían y miraban, distinguían los colores, las formas cerca y a la distancia, no me era posible explicar, comprender la sombra que me rodeaba, tan igual a mi sombra y a una sirvienta negra, como una sombra, que un día vino acompañando a mis mamás. Este no poder penetrar con los ojos el misterio que me rodeaba, destruyó la alegría de mis días de maestro, al darme cuenta que yo era tan ciego como mi amigo. Los dos éramos ciegos. Se lo confesé una tarde.

Los dos éramos ciegos. Maestro y discípulo. Las comparaciones que yo le hacía de nubes como ejércitos y de árboles como hombres con los brazos alzados, comprendí que no explicaban nada. Comparar no es explicar cuando los medios de que nos valemos para el conocimiento de las cosas también nos son desconocidos. A mí me explicaban lo de mis dos mamás comparando mi situación a la de no sé qué santo romano, yo le explicaba a mi amigo las cosas que nos rodeaban comparándolas a otras cosas. ¿Qué adelantaba él con saber que las vacas andaban como una persona en cuatro manos? Mi entusiasmo decayó y el pobre lo decía a cada paso.

—Explícame cómo están las nubes ahora —me rogaba moviendo debajo de sus párpados carnosos dos pepitas blanquecinas—. ¿Están como las casas donde viven las estrellas o como las vacas de donde se ordeñó la Teche esta mañana?

Mi ansiedad era mi ansiedad, las nubes eran las nubes, no estaban ni como casas ni como vacas. ¡Nubes... nubes... nubes!

Cuando a sus instancias yo le daba las figuritas que en días alegres habíamos recortado juntos, el pobre que no advertía mi desilusión pasaba y repasaba las yemas de sus dedos alrededor de aquellos contornos que limitaban pedazos de realidades inútiles.

—¡Déjame figurarme una ciudad... debe ser muy bonita... —y al hablar de las casas tocaba las estrellas.

Una ciudad de estrellas, pensaba yo, sería, no sólo bonita, sino maravillosa.

Crecí en este ambiente de equivocadas cegueras. En la casa del ciegucecito, cuando Eduvijes nos miraba juntos, decía riendo:

—¡Aquí tengo a Don Ignorolito y a Don Ignorolón!

Eduvijes con la barba hedionda a tabaco, jamás probó tijera, sus manos siempre sucias de tierra, su ropa remendada en los codos, el trasero y las rodillas, era un ser vivo, real, no como mis mamás que parecían figuras recortadas de un sueño. ¿Quién las recortó? ¿Quién las recortó tan iguales y las puso en mis manos para que yo, ciego de mí, adivinara cuál era mi mamá y cuál era mi hermana?

Y vivos los que visitaban la casa del jardinero. Un peón con una cicatriz en la mejilla, le agarraba de la oreja al labio, se sonaba con los dedos. Un leñador, al que faltaba un ojo, más escupía que conversaba. Y la señora que traía la-comida, la señora Nieves, muy peinada y siempre limpia, se santiguaba rada vez que el peón u el leñatero proferían una mala palabra. En mi casa, en cambio, todo parecía no estar. Ni las cosas ni nosotros. Junto a mí se movían dos mujeres impecables, vestidas de suavísimas telas peinadas siempre, con las manos abaciales, que hablaban en voz baja, basta parecer que sólo movían la boca, sin decir palabra, que al andar no hacían el menor ruido, que lloraban silenciosamente, temerosas, asueñadas. Mi recuerdo las encuentra siempre así, siempre sentadas a una mesa, entre retratos y frascos de perfume vacíos. A veces pienso que viví separado de ellas por un cristal que no me dejó oír sus voces ni sus pasos. Y qué decir de la diferencia de ambientes. En la casa del jardinero se alternaban los olores de las frutas con las estaciones. Días en que

todo trascendía a naranjas dulces, pinas y guayabitas agrias llenas de miel y maduras. Días en que toda la casa de Eduvijes olía a carne asada, tardes en que la perfumaba el olor a vapor de agua de la plancha en la ropa que iba tomando tiesura blanca, maúllas de invierno en que se regaba por las dos habitaciones de la casita del jardinero, un tufo a moho, a mangos maduros, a jaula de pájaros, a trampa, a estaca de loro. En mi casa, en cambio, siempre el mismo olor de aire guardado, de llama de candela que se extinguía. En la casa del jardinero, flores y mariposas. En mi casa la misma luz a medias, crepuscular desde la mañana a la tarde, toda en su sitio, vejez sacudidas por la que yo creía que era mi hermana, domingo a domingo mientras la que yo pensaba que era mi mamá contaba los pocos cubiertos de plata que no se habían llevado al empeño o habían sustraído las últimas visitas que nos quedaban.

Alumno y maestro, Don Ignorolito y Don Ignorolón ya no se separaban, o él venía a mi casa o yo iba a la suya. Pobriño, le complacía el silencio, la quietud de aquel túnel con sólo una puerta de salida en que pasé mi infancia. Cuando mis labios le besaban las mejillas, «rilaba de alegría. Él también me besaba. Pero mi beso era suave roce y el suyo un rudo y caliente apoyar su boca en mi mejilla. Hasta esto me entristeció. A mí me habían enseñado a besar mis mamás con incomprensible dignidad, quedo, muy quedo y al ciegucecito lo enseñaron a besar con fuerza, apretando duro, muy duro.

VIII

La puerta cedió y me escurrí a pasitos. Nos habíamos dado cita con el ciegucecito en el jardín, para visitar el estanque. Una aventura. Salir de casa de noche y llegar hasta el agua traicionera. Nadie me seguía. Temí que alguna de mis mamás me hubiera oído salir. Dormían sin saber que dormían. Las camas apareadas. Una de las dos era mi mamá. La más pálida, la de la sonrisa bordada en los labios. Sólo dormida se olvidaba de su tragedia y sonreía. Y la que yo creía mi hermana, en verdad era mi tía, con aire de novia envejecida, sin haber tenido novio, y de madre abandonada con un hijo que no era suyo. Los zapatos en la mano, salí en medias para que no me sintieran, y por las sombras azuladas de las arboledas, eucaliptos, cipreses, jacarandás, pinabetes, escabullí el bulto. Me ahogaba la angustia de sentirme solo, el silencio en polvo que caía de las estrellas, el olor seco, astringente, de los pinos trementinos, el perfume de los jazmineros, la fragancia de las higueras melosas amparadoras de moscardones y hormigueros que combatía Eduvijes con sus

fogarones, a esas horas, casi en brasas que repartían cenicienta claridad y humo lanoso.

Me parecía ir andando sin despertar, sin haber salido de casa, por un sueño respirable. Andar con los párpados. Así avanzaba yo por el jardín, hacia la casa del ciegucecito —¿soñaba despierto?—, sobre mis párpados, extraños pies que sumergía en el aroma inmóvil de los rosales que me herían con sus espinas, si no cuidaba de apartarlos, aroma blanquísimo que la luna pegaba en las estatuas de diosas desnudas que por eso de noche se miraban más gordas.

Apuré el paso hasta la casa de Eduvijes. Al relente, junto al tronco retorcido de una parra, me esperaba el cieguito vestido con un camisón blanco.

Nos besamos con besos mojados, con besos de luceros, sin atrevernos a hablar, sobrecogidos por el temor de vaciar en palabras —del pensamiento se regresa, de la palabra, no—, nuestro propósito de ir hasta el estanque y hacernos amigos del agua.

—¿Hay luna? —me preguntó, le llevaba de la mano, juntando a mi oído su boquita helada.

Vaporoso y encendido en su camisón blanco, no pesaba más que yo sobre la costra de la tierra dormida.

—¿Hay luna? —repitió su pregunta, nervioso.

—¿La sientes?

—Sí, sí, la siento como algodón que me llena los oídos. Dice papá que la luna es ciega. Mucha luz, pero no ve nada.

Al arrastrarse de la hojarasca barrida por su camisón, dejaba detrás de nuestros pasos un tembloroso ruido.

—Los árboles también son ciegos. Muchas hojas, pero no ven nada. Y de las estrellas, esas ruedas con picos que recorté contigo, qué me dices de las estrellas, ¿ven o no ven...?

—Los que las miramos, creemos que nos ven...

—Pues están muy equivocados. Más ciegos no pueden ser. De nacimiento. Si no, serían felices y no fatales guías de nuestros destinos.

—¡Qué aleccionado! —exclamé.

—Sí, papá, desde que somos amigos, me habla de todo para, dice, que no me quede callado cuanto tú me converses.

Ya no me sentía tan seguro en mi papel de guía y de maestro. Mi amigo tenía un sentido más hondo de las cosas, no de las cosas en sí, sino de su trascendencia impalpable.

Almendros, girasoles que giraban solos o seguían a la luna en su desnudez solitaria, grillos de tiempo dormido, luciérnagas de luz verdosa. Corro, mi amigo se detiene, me busca con sus manos igual que si nadara en seco sin atreverse a dar paso. Vuelvo y le cuento que hay unas como moscas luminosas que vuelan. Traje algunas. Le tomo los deditos para que las toque en el cuenco de mi mano. Es seda de gusanos. Las sacrifico y le unto en los ojos, sobre los párpados muertos, aquella claridad

liviana. Aún lo veo a mi lado en su camisón blanco, largo, y la mascarilla de su cara huesosa, con los ojos encendidos, igual que si mirara con aquella luz de gusanos, sonámbula.

—Tengo miedo —dijo un poco para él y un poco para mí—, miedo de que el agua me coma... El agua se come a los niños... ¿No es verdad que el agua se come a los niños...?

—A los niños sucios... —sonreí con una sonrisa seca, pues también yo tenía miedo.

—Sentémonos... —imploró.

Accedí y ocupamos un tronco caído, pero no seco, todo por dentro se le oía trabajar y ya lucía un mechón de retoños, entre enredaderas y moho. El estanque nos quedaba a la espalda. Nos atraía. Sentí su fuerza hipnótica. Nos llamaba con la palpitación viva de un ruido de ese... siss... siss... producido por el viento en el agua... siss... siss...

—¿En qué piensas? —me interrogó angustiado.

—En el agua... —le respondí.

—¡Qué coincidencia! Yo también pensaba en el agua...

Como un ser indefenso encogió piernas y brazos y acurrucóse a mi lado, la cabecita en mi pecho, como ojeras dormilonas, el resplandor de las luciérnagas con que le unté los párpados.

Sentí que me quería hablar, pero no pasaba del gesto. Una especie de búsqueda de sus facciones, de su boca, de su voz que no encontraba.

Por fin se decidió:

—No sé si contarte lo que oí decir el otro día. Conversaban tus mamás con mi papá. Hasta los nuestros se olvidan a veces qué oímos; porque nos ven ciegos, creen que somos totalmente cosas. Tú vivías, según ellas, en una casa muy grande, muy grande, muy grande, rodeado de criados con trenzas, no lejos de un lago, entre pescadores, y jugabas a pirata en un corredorcito. De esa casa donde. ¡Dios sea con nosotros!, se rendía culto al Mal Ladrón, desaparecían los señores que, como tú, vestían siempre de negro. Todos se marchaban, sin regresar nunca, y el único que regresó con el traje raído, amarilloso, arrojóse al lago y se lo tragó el agua...

Puso un suspiro de puente y continuó:

—Cómo temer a un estanque, estando tú que navegaste mucho en busca de un barco que sólo contemplaron pasar muy cerca, uno de esos barcos fantasmas que navegan perdidos en el mar, tripulado por aquellos, señorones extraños, siempre vestidos de negro, que jinetes en caballos negros, escogían para marcharse las noches más negras, sin volver jamás a la casona de la que escapabas también tú al corredorcito, o a endulzarte el alma con el silencio lacustre de los pescadores.

—Uno de aquellos hombres vestido de negro, el más cejudo, cuando se rasuraba le quedaba la cara como tierra arada, sedujo a la más hermosa de dos hermanas casi gemelas. Le robó la honra y desapareció. Temerosas de lo que tu abuelo haría,

escaparon ambas y al volver a la casa paterna, ya venías tú; pero ninguna de las dos confesó a su padre, quién de ellas era tu mamá. ¡Un hijo de dos madres deshonradas!

—De modo que ellas. De modo que yo... —fue todo lo que logré articular, sacudido por un ataque de risa.

El cieguecito seguía hablando. Sus ojos, movilizaban los párpados sobre sus pepitas secas. Me buscaban.

—De modo que ellas... De modo que yo...

Reí, reí, reí. Alejarme, desaparecer yo también por un camino de risa. Presentí estar cerca de un abismo profundo, de un mar de lágrimas, de un jardín de espinas. Presentí, apretado el corazón por aquella cabecita afectuosa que se oprimía a mi pecho, que algo nías iba a pasar, que alguna sombra iba a extender su luto intocable sobre mi cabeza.

—¡Qué larga es una noche...! —exclamó.

Le besé las mejillas, asintiendo a su exclamación. ¡Qué larga es una noche!

—¿Hay nubes?

—Sí, hay nubes... Unas nubes negras, bajas, panzonas.

Al oírme decir así, encogióse y se agarró a mis brazos, como si una mano invisible lo quisiera arrancar de mi lado.

—¿Qué me pasa que tengo miedo...? —desgarró las palabras entre el castañeteo de sus dientes, un temblor apenas perceptible—. Siento ir caminando lejos de ti,-de papá, de mi casa, que me llevan a la carrera, que a veces me golpean...

Las nubes negras ocultaron la luna, ensombreciendo el jardín. De modo que ellas... de modo que yo... seguía repitiéndome, pero ya sin reír...

—¿Cómo es un cementerio? ¿Cómo son los muertos? ¿Cómo es que lo entierran a uno y lo dejan solo...? —amontonó sus preguntas

—Un cementerio es un lugar muy alegre —me burlaba de él, repentinamente había dejado de quererlo, y lo empujaría al fondo del estanque para que se lo tragar el agua, si nos acercábamos; sí, lo empujaría—... Un cementerio es un lugar sumamente divertido —dije por burlarme de él—, donde hay montañas rusas, ruedas de caballitos y los que lo habitan, los muertos, se reúnen a cantar en las noches de luna. Ahora deben de estar cantando. A cantar y a bailar, encamisonados de blanco, como tú. Pero esto solamente lo hacen en las noches de luna, jamás de día, porque el sol borra a los muertos, ni en las noches oscuras, porque entonces los que salen de sus tumbas se vuelven espantos y no regresan más, como señores vestidos de negro que se marcharon en caballos negros de la casa grande, y ahora navegan en alta mar, en un barco muerto, sin luces...

—¿Y cómo lo entierran a uno?

—Como cuando jugamos a que yo te echo paja encima. Sólo que allí es tierra y es para toda la vida.

Al oírme decir así, suspiró.

—Papá me había dicho que el cementerio era como una ciudad muy triste. Los

viejos lo deben ver así. Tú dices que es alegre, y mejor pensar que es alegre, ¿no te parece? Tus mamás dijeron el otro día que en el cementerio se acaba todo y todo comienza, que allí los padres dejan solos a sus hijos, y los hijos solos a sus padres. Yo no quiero que me dejen solo. Tú me acompañarás. Y no quiero, no quiero que se acabe todo sin que yo lo vea, sin que antes concluya, antes de esa nada, esta nada negra en que yo vivo.

La luna mareada entre las nubes, porosa, pálida como piedra pómez en un cielo aceite; las estrellas borradas, ilegibles letras de oro de un himnario antiguo; el ruido de la arena, reloj de triquitraques, al esponjar bajo el relente en las avenidas de grevileas pobladas de pájaros nocturnos, de lechuzas en alarde de galanas de noche, nada tenía importancia para quienes éramos todo oídos para no perder ruido del agua en las acequias y en el estanque... siss... siss... siss...

—¿Qué dices? —apremió receloso.

—No he hablado... —le respondí, decidiéndome a que me penetrara por boca y nariz el olor de la ruda, y sí había hablado—. De modo que ellas... —había dicho en voz baja, tan baja que apenas me oí yo, por eso dicen que los ciegos tienen oído de tísico—. ¡De modo que ellas... de modo que yo...!

—Te pregunté por decir algo. El silencio es la muerte. El silencio de las personas, ya que todo lo demás nos seguirá hablando. ¿Por qué callas? ¿Te disgustó lo que te conté? ¡Perdona! Antes me contabas cosas, ahora no me dices nada. En perpetua tiniebla y en silencio, qué falta para que me sepulsen...

—¡Calla...! —le grité—. ¡Calla, no hables más de la muerte!

Un sapo saltaba cerca de mis pies. Tuve intención de recogerlo y ponérselo en la mano y decirle que era un perico. Lo odiaba. Y debía vengarme. El ruido de las acequias. Los pañolones de la sombra como los que usaban mis mamás.

—Vamos al estanque... —propuso con la voz asustada, temeroso, buscando mi perdón.

—Otra noche. Hoy no. Volvamos a casita...

—¿Por qué no, si salimos para ir hasta el estanque? Quiero tentar, quiero saber cómo es el agua.

Se levantó del tronco en que estábamos sentados y, sin mi ayuda, encaminóse hacia el estanque con andar menudo, igual que el agua en las acequias, guiándose auditivamente por la imperceptible palpitación del viento en la sábana líquida... siss... siss... siss. ¿Qué pájaro cantó? ¿Qué flor despertóse del sueño, la preciosa flor guayabo? ¿Qué estrella se apagó para siempre? El cielo la chupó, y al final se la tragó.

Fui tras él y le detuve antes de llegar al estanque, pero más por detenerme yo. Si damos un paso adelante, lo tomo del brazo y no paro hasta echarlo al agua...

...De modo que ellas... De modo que yo...

Árboles de negro, sin contornos, sombras de felpas en la sombra, viento que multiplicaba las ramas al agitarlas

¡Ahogarlo!

Si lo echo al agua esta noche nadie sabrá que fui yo.

Ahogarlo con mi secreto...

Pero, no sólo él estaba enterado, también Eduvijes, a quien mis mamás, ¡ah lenguas de trapo!, le contaron que ellas... que yo..., aunque en verdad, que lo supiera Eduvijes, no me importaba. Ya lo botaría de la memoria. Los viejos botan todo al irse descascarando para la muerte. Lo que no podía pasar es que lo supiera el cieguito. Me indignaba pensar que iban a crecer conmigo, él y mi secreto...

Y en mi mano estaba arrastrar aquel cuerpecito que se confiaba a mis brazos, temeroso de mi arrebatado no saber, si seguir al estanque o volvernos a casa.

—¿Tienes miedo? —insinuó.

—¡Sí, sí, tengo miedo! ¡Volvamos a casita!

Lo arrastré (De modo que ellas... de modo que yo...), mejor llevarlo hasta su casa, arrojarlo a la cama y que se ahogara en el sueño, horrorizado de pensar que cruzó por mi mente la idea de quitarle el camisón, y arrojarlo al agua desnudo, para que creyeran, de encontrarlo ahogado, que se había querido bañar...

—Y ahora, de punta de pie... —le dije al entrarlo a su casa. Pobrecito, marchaba tan bien, muy recto, sobre la punta de sus dedos que diríase que así andaba siempre, para no hacer ruido, y que no se le sintiera, oyendo lo que no le importaba, eso es, lo que no le importaba (De modo que ellas... De modo que yo).

No le dije adiós. Un corredorcito. Una casa grande. Unos señores vestidos de negro que no conocí y cuyo regreso se esperaba todas las noches, con las velas encendidas en los candelabros, las mesas puestas, las camas listas. Criados trenzudos, con trenzas como trenzas de ajos negros. Los pescadores lacustres, hediondos a agua dulce. Las pupilas de cristal fijas. El corredorcito. ¿Por qué no me llevaron los gitanos? Ya iba de viaje de la mano de una gitana. Los trenzudos me rescataron.

Hasta que por fin yo también escapé en el barco del Párroco designado por el Obispo para dirigir la parroquia, de donde una noche salimos hacia una playa que no alcanzaba la vista ni el mar. Buscábamos, perseguíamos una nave pirata perdida en altos mares, sin tripulación, todos los que la ocupaban habían muerto víctimas de un relámpago venenoso, aunque parecían vivos, porque se quedaron en sus puestos de mando, de trabajo, en los puentes de paseo, tal y como estaban. Mi padre iba entre ellos. Al solo despertar mis mamás, se lo preguntaría, aunque lloraran lágrimas grandes como las piedras, por donde se oía alejarse, para siempre de la casa, el carruaje del Instituto de Caridad, que no auxiliaba familias con hijos ilegítimos.

Fuertes golpes en la puerta. Amanecía. Eduvijes vino con la noticia de que el ciegucecito se había ahogado en el estanque. Salté de la cama. Mis mamás requerían sus batas. Y corrí, vistiéndome, abrochándome la camisa, los pantalones que se me caían, los zapatos sin amarrar, hasta el estanque.

Otros jardineros se habían reunido. Flotaba como dormido enfundado en su camisón blanco. Uno de los jardineros se desnudaba para entrar a sacarlo...

No vi más. Me arrebataron. Una de mis mamás, la que yo digo que era mi mamá, me tomó de la mano y volvimos a casa a toda prisa seguidos de la que yo creía mi hermana.

Entornaron la puerta. Lloraban. Yo me buscaba en los ojos secos una lágrima. Lloraban en silencio, como por solfa. De la punta de sus pestañas desprendíanse a goterones las notas redondas, las breves y las más breves. En la casa de Eduvijes, lloraban a gritos...

La muerte del cieguito no era para mí una cosa real, antes bien se me antojaba como un juego de niños, algo que no había ocurrido de verdad, un sueño. No me dejaban salir ni a la puerta, pero yo sabía cómo escaparme de noche.

¿Quién me seguía? ¿Quién me llamaba?

Estrellas que parecían desenterradas, sucias de polvo, gatos de pestañas de sombra, árboles que aupaba el viento...

Lo odiaba. Lo odiaba. Sentía que lo llevaba de la mano y que lo iba a tirar al estanque, y algo hice: de una de las fogatas encendidas por Eduvijes, tomé un puñado de leños que ardían y lo arrojé al agua oscura...

Nada... Nadie... Se apagó...

De modo que ellas... De modo que yo...

Siss... siss... siss... el viento en el agua...

De modo que mis mamás... De modo que el corredorcito... los criados trezudos... el Mal Ladrón, el circo... Ana Tabarini... el Negro Pispís... el Párroco... el carruaje del Instituto de Caridad, todo había sido un sueño...

El humo de los tizones apagados flotaba sobre el agua, como su camión...

Me persigné... ¡Por la señal de la Cruz!, iba a decir, pero dije, ¡Por la señal de los sueños...!

Siss... siss... el viento en el agua... el viento en el agua...